Bbb

ALGO DE MÍ MISMO

RUDYARD KIPLING



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

RUDYARD KIPLING

ALGO DE MÍ MISMO

PARA MIS AMIGOS CONOCIDOS Y DESCONOCIDOS

CAPÍTULO 1

UNA INFANCIA
1865-1878

Dadme los seis primeros años de la vida
de un niño y tendréis el resto

Al mirar atrás desde éstos mis setenta años, tengo la impresión de que, en mi vida de escritor, todas las cartas me han tocado de tal modo que no he tenido más remedio que jugarlas como venían. Así pues, atribuyendo cualquier buena fortuna a Alá, de quien todo viene, doy comienzo:

Mi primer recuerdo es el de un amanecer, su luz y su color y el dorado y rojo de unas frutas a la altura de mi hombro. Debe de ser la memoria de los paseos matutinos por el mercado de frutas de Bombay, con mi aya y después con mi hermana en su cochecito, y de nuestros regresos con todas las compras apiladas en éste. Nuestra aya era portuguesa, católica romana que le rezaba -conmigo al lado- a una Cruz del camino. Meeta, el criado hindú, entraba a veces en pequeños templos hindúes en los que a mí, que no tenía aún edad para entender de castas, me cogía de la mano mientras me quedaba mirando a los dioses amigos, entrevistos en la penumbra.

A la caída de la tarde paseábamos junto al mar a la sombra de unos palmerales que se llamaban, creo, los Bosques de Mhim. Cuando hacía viento, se caían los grandes cocos y corríamos -mi aya con el cochecito de mi hermana y yo- a la seguridad de lo despejado. Siempre he sentido la amenaza de la oscuridad en los anocheceres tropicales, lo mismo que he amado el rumor de los vientos nocturnos entre las palmas o las hojas de los plátanos, y la canción de las ranas de árbol.

Había barcos árabes que se iban muy lejos por las aguas color perla, y parsis ataviados alegremente, que desembarcaban a adorar la puesta de sol. Nunca supe nada de sus creencias, ni que cerca de nuestra pequeña casa de la Explanada estaban las Torres del Silencio, donde los muertos son expuestos a los buitres que esperan en los aleros de las torres; buitres que empezaban a andar y a desplegar las alas nada más ver abajo a los portadores del muerto. No entendí la pena de mi madre cuando encontró "una mano de niño" en el jardín de casa y me dijo que no hiciera preguntas sobre aquello. Yo quería ver aquella mano de niño. Pero el aya me lo contó.

En el calor de las tardes, antes de la siesta, o ella o Meeta nos contaban historias y canciones infantiles indias que nunca he olvidado, y nos mandaban al comedor una vez que nos habían vestido con la advertencia de «Ahora, a papá y a mamá, en inglés». Así

que uno hablaba «inglés» traducido con titubeos del idioma vernáculo en que uno pensaba y soñaba. Mi madre cantaba maravillosas canciones al piano, un piano negro, y después salía a Grandes Cenas. Una vez volvió muy pronto, estaba yo aún despierto, y me dijo que «al gran Lord Sahib» lo habían asesinado y ya esa noche no iba a haber Gran Cena. Se trataba de Lord Mayo, asesinado por un indígena. Meeta nos explicó después que le habían «clavado un cuchillo». Meeta me salvaba, sin saberlo él, de cualquier temor nocturno o del miedo a la oscuridad. El aya, por una curiosa y servicial mezcla de cariño de verdad y estrategia burda, me había contado que la cabeza disecada de leopardo que había en el cuarto de los niños estaba allí para asegurarse de que me iba a la cama. Pero Meeta le quitó importancia a aquella «cabeza de animal», de la que yo me olvidé como fetiche, bueno o malo, porque no era más que un «animal» sin especificar.

Fuera de la casa y de los espacios verdes que la rodeaban había un sitio estupendo, que olía mucho a pintura y óleo y con pegotes de barro con los que jugar. Era el taller de la Escuela de Arte de mi padre. Y un ayudante suyo, el señor «Terry Sahib», a quien mi hermana adoraba, era muy amigo nuestro. Una vez, al ir solo hacia allá, pasé por el borde de un enorme barranco de dos palmos, en donde me atacó un monstruo alado igual de grande que yo, y eché a correr llorando. Mi padre me hizo un dibujo de la tragedia, con unos versos debajo:

Un niño de Bombay
huyó de una gallina.
Le dijeron mocoso.
Y dijo: bueno, sí,
pero es que no me gustan.

Me consolé con eso y, desde entonces, siempre me han caído bien las gallinas.

Después pasaron aquellos días de luz clara y de oscuridad, y hubo un tiempo en un barco con grandes semicírculos que tapaban la vista a los dos lados. (Debió de ser el viejo vapor *Ripon,* de la P. & O.) Hubo un tren que atravesaba un desierto (aún no se había abierto el Canal de Suez) y un alto en la travesía, y una niña pequeña envuelta en un chal en el asiento frente al mío, y cuya cara permanece. Hubo después un país oscuro y una habitación fría y más oscura en uno de cuyos muros una mujer blanca preparaba un fuego y yo lloré de pánico. No había visto nunca una chimenea.

Vino luego otra casa pequeña, que olía a sequedad y a vacío, y el adiós de mi padre y de mi madre al amanecer, cuando me dijeron que tenía que aprender pronto a leer y escribir para que me pudieran enviar cartas y libros.

Pasé en aquella casa cerca de seis años. Era de una mujer que hospedaba a niños cuyos padres estaban en la India. Su marido era un viejo capitán de la Armada que había sido guardiamarina en Navarino y después había tenido un accidente con la cuerda del arpón mientras pescaba ballenas: se enredó y la cuerda lo arrastró hasta que consiguió desprenderse de puro milagro. Pero la cicatriz se le quedó en el tobillo para toda la vida: una cicatriz negra y seca, que yo solía mirar con tanto horror como interés.

La casa estaba en los arrabales últimos de Southsea, cerca de un Portsmouth que no había cambiado mucho desde Trafalgar. Era el Portsmouth de *junto al cenador de Celia* de Sir Walter Besant. Se amontonaba allí madera para una Armada cuyos acorazados, como el *Inflexible,* estaban todavía en fase experimental. Los pequeños bergantines-

Librodot

escuela pasaban por delante del castillo de Southsea, y el fuerte de Portsmouth era como siempre había sido. Aparte de todo esto estaba la desolación de la isla de Hayling, el fuerte de Lumps, y la aislada aldea de Milton. Yo daba largos paseos con el capitán, y una vez me llevó a ver un barco llamado *Alert* (o *Discovery),* a su vuelta de unas exploraciones árticas y con la cubierta llena de viejos trineos *y* troncos *y* con el timón de repuesto cortado a trozos para que se los llevaran de recuerdo. Un marinero me dio un trozo, pero lo perdí. Después el viejo capitán murió y yo lo sentí mucho, porque era la única persona de aquella casa que me dirigió, que yo recuerde, alguna palabra amable.

Era una casa llevada con todo el vigor de la Iglesia Evangélica revelada a aquella mujer. Yo nunca había oído hablar del infierno, así que allí me adentraron en todos sus horrores; a mí y a cualquier pobre criada que hubiera en la casa, cuyo severo racionamiento la hubiera obligado a robar comida. Vi una vez a la mujer pegarle de tal modo a una niña, que ésta estuvo a punto de defenderse con el atizador de la cocina en alto. Yo mismo me llevaba constantes palizas. La mujer tenía un solo hijo, de doce o trece años y tan religioso como ella. Yo era una especie de juguete para él, y cuando su madre me había dado la paliza diaria, él (dormíamos en el mismo cuarto) me cogía por su cuenta y me daba el resto.

Si se le pregunta a un niño de siete u ocho años lo que ha hecho durante el día (sobre todo cuando está deseando irse a dormir), incurrirá en bastantes contradicciones. Si cada contradicción se considera una mentira y se le afea en el desayuno, la vida empieza a no ser fácil. He conocido bastantes maneras de intimidar, pero aquello era tortura premeditada, tan religiosa como científica. No obstante me sirvió para darme cuenta de las mentiras que muy pronto me vi obligado a decir: es, supongo, el origen de una vocación literaria.

Me salvó mi ignorancia. Se me obligaba a leer sin explicaciones bajo el frecuente miedo al castigo. Y llegó un día en que recuerdo que la «lectura» aquélla ya no era «había un gatillo en un esterillo», sino el camino hacia algo que habría de hacerme feliz. Así empecé a leer todo lo que encontraba. Tan pronto como se supo que esto me daba placer, la privación de la lectura se añadió a los castigos. Fue entonces cuando empecé a leer a escondidas y en serio.

No había muchos libros en aquella casa, pero mi padre y mi madre, nada más saber que había aprendido a leer, empezaron a enviarme volúmenes magníficos. Hay uno que todavía conservo, un ejemplar encuadernado del *Aunt Judy's Magazine* de principios de los años setenta, *y* que incluía el *De los seis a los dieciséis años* de la señora Ewing. A ese cuento, en cuestión de circunloquios, le debo muchísimo. Llegué a sabérmelo, y todavía me lo sé, casi de memoria. Se hablaba allí de personas *y* cosas de verdad. Era mejor que *los Cuentos de la hora del té* de Knatchbull-Hugessen; mejor incluso que *El viejo Shikarri,* con sus grabados de jabalíes que embestían y de tigres furiosos. De otra categoría era una vieja revista donde venía el «Subí a la cumbre oscura del gran Helvellyn» de Scott. Nunca llegué a entenderlo, pero aquellas palabras tenían emoción y me gustaban. Lo mismo me pasaba con fragmentos de poemas de «A. Tennyson».

Un visitante, también, me regaló un pequeño libro de cubierta granate y contenido de moral muy severa titulado *La esperanza de los Katzekopfs,* acerca de un niño malo que se volvía bueno, pero que contenía un poema que empezaba «Adiós, prodigios y recompensas» y terminaba con una invitación «A rezar por la "mollera" de William Churne de Staffordshire». Esto habría de dar fruto.

Librodot

Y, no recuerdo cómo, di con un cuento sobre un cazador de leones en Sudáfrica, que acabó entre unos leones que eran todos de la masonería y con ellos formó una confederación contra unos monos perversos. Creo que también esto se me quedó aletargado hasta que empezó a surgir *El libro de la selva.*

Aquí me viene a la cabeza la memoria de dos libros de versos sobre la vida en la infancia cuyos títulos he intentado recordar en vano. Uno, grueso y azul, describía «nueve lobos blancos» que venían «de las dunas» y me conmovía en lo más hondo; y también ciertos salvajes que «pensaban que el nombre de Inglaterra era una cosa que no podía arder».

El otro libro -grueso y marrón- estaba lleno de hermosas historias en métricas extrañas. Una niña se convertía en rata de agua «de modo natural»; un muchacho le curaba la gota a un viejo con una hoja fría de col y, no se sabía cómo, «cuarenta duendes malvados» se colaban en el argumento; y un «Encantamiento» salía de las tuberías de la casa con una escoba y trataba de barrer del cielo las estrellas. Debió de ser un libro impropio de aquella edad, pero nunca he sido capaz de recordar su título, como tampoco la canción que una niñera me cantaba en la playa, en las puestas de sol de Littlehampton, cuando yo aún no había cumplido los seis años. Pero la impresión de maravilla, fascinación y miedo y las franjas rojas del sol poniente permanecen, más nítidos que nunca.

Uno de los criados de la Casa de la Desolación era de Cumnor, nombre que yo asociaba a la tristeza y a la soledad y a un cuervo que «agitaba las alas». Años después identifiqué los versos: «Y tres veces el cuervo agitó el ala/ cerca de las torres de Cumnor». Pero me resulta imposible precisar cómo y cuándo oí por primera vez los versos que dan esa sombra. A no ser que el cerebro retenga todo lo que roza los sentidos y seamos nosotros los que no lo sabemos.

Cuando mi padre me envió un *Robinson Crusoe* con ilustraciones, puse por mi cuenta un negocio de trata de esclavos (los capítulos del naufragio no me interesaron nunca mucho), y establecí mi solitaria sede en un sótano húmedo. Mi utillaje era una cáscara de coco atada con una cuerda roja, un cofre de lata y una caja de embalar que era la frontera con el resto del mundo. Así protegido, todo lo que quedaba dentro de la cerca era verdadero, aunque se mezclara con el olor de los aparadores mohosos. Si alguna tabla se caía, tenía que reanudar la magia. Después he sabido, por niños que juegan solos, que esta norma del constante volver a empezar en este tipo de juego fantasioso no es infrecuente. Por lo visto la magia reside en el cerco o refugio que uno se construye.

Recuerdo que una vez me llevaron a una ciudad que se llamaba Oxford y a una calle que se llamaba Holywell, donde me llevaron a ver a un dios que, me dijeron, era el preboste de Oriel; nunca lo entendí, pero supuse que era una especie de ídolo. Y fuimos dos o tres veces, todos nosotros, a pasar un día entero de visita a casa de un señor mayor que vivía en el campo cerca de Havant. Allí todo era maravilloso y muy distinto de mi mundo, y él tenía una hermana, también vieja, que era amable, y yo jugaba en el calor de los prados, que olían bien, y comía cosas que nunca había probado.

Tras una de aquellas visitas, la señora y su hijo me sometieron al tercer grado preguntándome si yo había dicho al señor mayor que yo estaba más orgulloso de él que el hijo de ella. Debió ser el final de alguna que otra intriga sórdida, pues el señor mayor era pariente de aquella infeliz pareja. Pero me era imposible comprender aquello. Lo único que me había preocupado era un cariñoso poni que había visto en la finca. No sirvieron de nada mis confusos intentos de aclarar el malentendido, y una vez más la alegría que

Librodot

me habían notado quedó compensada con los castigos y la humillación, sobre todo humillación. Esa alternancia era constante. No puedo sino admirar la laboriosidad infernal de aquellas tramas. *Exempli gratia.* Un día, al salir de misa, sonreí. El Muchacho Diabólico me preguntó por qué. Con sinceridad de niño, le dije que no sabía. Él añadió que *tenía* que saberlo. La gente no se ríe por nada. Sabe Dios qué explicación improvisé, pero fue transmitida a la mujer como «mentira». Resultado: toda la tarde en el piso de arriba a aprenderme oraciones. Me aprendí así la mayoría de las oraciones y buena parte de la Biblia. El hijo, tres o cuatro años después, entró a trabajar en un banco y a la vuelta solía estar demasiado cansado para torturarme, salvo cuando las cosas le habían ido mal. Empecé a saber qué iba a ocurrir por el ruido de sus pasos al entrar en la casa.

Pero todos los años, durante un mes, yo poseía un paraíso que sin duda fue lo que me salvó. Pasaba todos los diciembres con mi tía Georgie, hermana de mi madre que estaba casada con Sir Edward Burne-Jones, en «The Grange», en North End Road. Las primeras veces debí de ir acompañado, pero luego ya iba solo y, al llegar a la casa, alcanzaba de puntillas la campana de hierro labrado de la maravillosa puerta que daba a la felicidad. Cuando de mayor tuve casa propia y «The Grange» ya no era lo mismo, rogué y conseguí que me diesen para la puerta aquel llamador, que puse con la esperanza de que otros niños serían también felices al hacerlo sonar.

En «The Grange» me daban todo el cariño que el más exigente -y yo no era muy exigente- hubiera podido desear. Había un maravilloso olor a pintura y a trementina que venía del gran estudio del piso de arriba, donde mi tío pintaba. Yo disfrutaba de la compañía de mis dos primos y había un árbol con moras, inclinado, al que nos subíamos para tramar juntos. Había, en el cuarto de juegos, un caballo que se balanceaba y una mesa que, inclinada sobre dos sillas, se convertía en un magnífico tobogán. Había cuadros, terminados o a medio terminar, de colores preciosos y, en los cuartos, sillas y aparadores únicos en el mundo, porque William Morris -nuestro «Tío Topsy» adoptivo- empezaba a fabricarlos por aquel entonces. Había un constante ir y venir de jóvenes y mayores que siempre estaban dispuestos a jugar con nosotros, excepto un anciano llamado «Browning», que inexplicablemente no prestaba atención a las peleas que estaban ocurriendo cuando entraba. Lo mejor de todo, sin comparación, era cuando mi amada tía nos leía *El pirata* o *Las mil y una noches,* en tardes en que uno se tumbaba en los grandes sofás, tomaba tofis y llamaba a los primos «¡Eh, nene!» o «Hija de mi tío» o «Inocente».

Más de una tarde, el tío, que tenía una voz magnífica, jugaba con nosotros, aunque en realidad lo que hacía era dibujar en medio de nuestro alboroto. Nunca estaba inactivo. Hicimos que una silla del vestíbulo, cubierta con una tela, le sirviera de asiento a «Norma la cambiante» y le hacíamos preguntas hasta que el tío se metió debajo de la tela y empezó a darnos respuestas que nos emocionaban y nos daban escalofrío, con la voz más grave del mundo. Y una vez bajó en plena jornada con un tubo de pintura «Mummy Brown» en la mano, y dijo haber descubierto que estaba hecha de faraones muertos y que, como tal, teníamos que enterrarla. Así que todos salimos y le ayudamos, según los ritos de Mizraim y Menfis, confío. Todavía hoy yo podría ir con una pala y errar muy poco el punto exacto donde aquel tubo seguirá enterrado.

A la hora de acostarnos corríamos por los pasillos, donde infinidad de bocetos se apoyaban en las paredes. El tío solía pintar primero los ojos y dejar el resto al carbón, lo que hacía un efecto impresionante. De ahí nuestra prisa en subir hasta el rellano de la

Librodot

escalera, desde donde podíamos asomarnos y oír el ruido más agradable del mundo: la risotada grave y unánime de los hombres durante la cena.

Era una mezcla de delicias y emociones que culminaba cuando nos dejaban tocar el gran órgano del estudio para la buena de mi tía, mientras el tío pintaba o «Tío Topsy» entraba con mil pretextos sobre marcos de cuadros o vidrios de colores o acusaciones generales. Era entonces difícil mantener bajo la raya de tiza la pequeña plomada, y si el órgano terminaba desafinando la tía lo lamentaba. Nunca se enfadaba. Nunca.

Por lo general Morris no se enteraba de nada que no tuviera en la cabeza en ese momento. Pero recuerdo una asombrosa excepción. Mi prima Margaret y yo, que tendríamos entonces ocho años, estábamos en el cuarto de los niños comiendo pan negro con manteca de cerdo, que es un manjar de dioses, cuando oímos a «Tío Topsy» que llamaba en el vestíbulo, como solía, a «Ned» o a «Georgie». Eso quedaba fuera de nuestro mundo. Por eso nos impresionó más el que, al no encontrar a los mayores, entrara y nos dijera que iba a contarnos un cuento. Nos sentamos debajo de la mesa que solíamos usar de tobogán y, tan serio como siempre, se subió a nuestro gran caballo de juguete. Así, balanceándose lentamente mientras el pobre animal crujía, nos contó una historia fascinante y terrorífica, sobre un hombre que había sido condenado a tener pesadillas. Una de ellas era la de un rabo de vaca que se movía desde un montón de pescado seco. Después, el tío se fue tan de repente como había venido. Con los años, cuando crecí lo bastante para conocer las angustias del escritor, caí en la cuenta de que aquel día seguramente oímos la saga de Njal el Quemado, que entonces lo ocupaba. A falta de adultos, y con la necesidad de decir la historia en voz alta para clarificarla, recurrió a nosotros.

Pero llegaba el día -uno intentaba no pensar en élen que el maravilloso sueño terminaba, y había que volver a la Casa de la Desolación, y allí amanecer llorando los dos o tres días siguientes. Con la consecuencia de más castigos e interrogatorios.

Muchas veces, con el tiempo, mi amada tía me preguntó por qué nunca le había contado a nadie cómo me trataban. Los niños cuentan casi tan poco como los animales, y es que aceptan lo que les ocurre como algo eternamente establecido. También es que los niños maltratados se hacen una idea muy clara de lo que les puede ocurrir si revelan los secretos de una cárcel antes de salir de ella.

Para ser justos con aquella mujer, debo decir que me daban bien de comer. (Me acuerdo de un regalo que le hicieron, unas «frutas» rojas llamadas «tomates», que, después de mucho pensarlo, hirvió con azúcar, y estaban asquerosos. La carne en conserva de aquellos días era ternera australiana en una manteca que se cuarteaba, y cordero asado, difícil de tragar.) Y aquella vida no era mala preparación para el futuro, en cuanto que requería constante cautela, la costumbre de observar, el reparar en ánimos *y* humores, *y* en la frontera entre las palabras y los hechos, una cierta reserva en la conducta, y la automática sospecha sobre los favores repentinos. Fra Lippo Lippi descubrió en su propia infancia, aún más dura,

> por qué, tan aguzada el alma como el juicio,
> distingue la apariencia de las cosas,
> pero para aprender.

Lo mismo me pasaba a mí.

Librodot

Los problemas se me solucionaron a los pocos años. Se me estropeó la vista y no podía leer bien. Razón por la cual tuve que leer más y con menos luz. La consecuencia fue que se resintió mi trabajo en el pequeño y terrible colegio al que me habían enviado y las notas mensuales así lo demostraban. La supresión de tiempo de lectura fue el peor de mis castigos «para casa» por el mal rendimiento escolar. Una de las notas fue tan mala que la tiré y dije que no me la habían llegado a dar. Pero este mundo es muy complicado para el mentiroso aficionado y la trama de mis engaños fue rápidamente desvelada -al hijo, después del trabajo en el banco, le quedaba aún tiempo para contribuir al auto de fe- y me volvieron a pegar y me enviaron al colegio por las calles de Southsea con un cartel a la espalda que decía *Mentiroso.* A la larga, estas cosas *y* muchas otras parecidas, me anularon toda capacidad de verdadero odio personal para el resto de mi vida. Así de cerca están cualquier pasión, de las que llenan la vida, y la contraria. «¿Cómo le va preocupar el vidrio a quien conoce el diamante?».

Debió de venir después algún tipo de crisis nerviosa, porque yo creía ver sombras y cosas que no había y que me preocupaban más que aquella mujer. Mi pobre tía debió de enterarse y vino un hombre a verme los ojos y concluyó que estaba medio ciego. Esto también cayó bajo sospecha de ser «mentira» y llegaron a separarme de mi hermana -otro castigo- como a una especie de leproso moral. Entonces -no recuerdo que hubiera aviso previovolvió mi madre de la India. Con el tiempo me contaría que la primera vez que subió a mi cuarto a darme un beso de buenas noches, yo levanté el brazo para defenderme del bofetón al que me tenían acostumbrado.

Me sacaron enseguida de la Casa de la Desolación. Durante meses corrí a gusto por una pequeña granja junto al bosque de Epping, donde no había motivos para acordarme de mi pasado culpable. Salvo con las gafas, que eran algo infrecuente en aquella época, era allí completamente feliz con mi madre y con la gente del lugar, que incluía para mí a un gitano llamado Saville que me contaba historias sobre cómo vender caballos a los poco entendidos; la mujer del granjero; su sobrina Patty, que hacía la vista gorda en nuestras incursiones a la despensa; el cartero, y los mozos de la granja. Al granjero no le parecía bien que yo enseñara a una de sus vacas a quedarse quieta para que la ordeñara en el campo. A mi madre no le gustaba que viniera a comer con las botas rojas de haber visto la matanza del cerdo, o negras después de explorar los atractivos montones de estiércol. Eran las únicas restricciones que recuerdo.

Un primo mío, que con el tiempo llegaría a ser primer ministro, solía venir de visita. El granjero sostenía que la influencia mutua no era buena, pero lo peor que recuerdo fue una guerra suicida, es decir, la esforzada guerra que mantuvimos contra un avispero, que estaba en la fangosa isleta de un lago todavía más fangoso. Nuestras únicas armas eran ramas de brezo, pero derrotamos al enemigo sin sufrir daños. En casa, lo único que les preocupaba era el paradero de un enorme pastel de grosella, en forma de rollo, un «brazo de gitano» de medio metro. Nos lo habíamos llevado para que nos mantuviese con fuerzas en la batalla, y acerca de él se oyó más de un comentario de Patty aquella noche.

Entonces nos fuimos a Londres y pasamos varias semanas en una pequeña casa de huéspedes del barrio semirrural de Brompton Road, casa que era cuidada por un ex-mayordomo de cara macilenta y con patillas como de lord y su paciente esposa. Allí por primera vez sufrí insomnio. Me levanté y estuve vagando alrededor de la casa hasta que amaneció y me metí en el pequeño jardín cercado y vi salir el sol. Todo habría salido bien de no haber sido por Pluto, un sapo que yo me había traído del bosque de Epping y que

Librodot

vivía en uno de mis bolsillos. Me pareció que igual tenía sed y entré al cuarto de mi madre para darle agua de la jarra. Pero la jarra se me resbaló y se rompió, y se armó un gran revuelo. El ex-mayordomo no entendía por qué me había pasado toda la noche despierto. Yo no sabía entonces que un desvelo nocturno como aquél marcaría el resto de mi vida, ni que la hora de dormirme sería el amanecer, cuando sale el sol y empieza a soplar brisa del suroeste.

Mi madre, muy preocupada, nos compró a mi hermana y a mí unos abonos para el museo antiguo de South Kensington, que estaba nada más cruzar la calle. (En aquella época no había que preocuparse del tráfico.) Muy pronto ambos, de tanto visitarlo, porque ya habían empezado las lluvias, hicimos nuestro aquel sitio, y sobre todo a uno de los policías. Cuando íbamos con los mayores, nos saludaba muy solemnemente. Recorríamos el museo a nuestras anchas, desde el enorme Buda que tenía una pequeña puerta en la espalda, hasta los grandes coches antiguos de oro viejo, y los carros labrados que había en la oscuridad de los pasillos largos; incluso los lugares que estaban señalados con el rótulo de Prohibido el paso, donde siempre estaban desempaquetando tesoros nuevos. Y nos repartíamos los tesoros como suelen hacer los niños. Había instrumentos musicales con incrustaciones de lapislázuli, aguamarina y marfil; gloriosas espinetas y clavicordios con adornos de oro; el mecanismo de un gran reloj Glastonbury; muñecos mecánicos; pistolas con culata de plata y acero; dagas y arcabuces -los rótulos equivalían por sí solos a unos estudios-; y una colección de piedras preciosas y anillos -nos peleábamos por ellos-, y un enorme libro azulado que era el manuscrito de una de las novelas de Dickens. A mí me parecía que aquel hombre era muy descuidado al escribir; se dejaba muchas cosas fuera y luego tenía que apretujarlas entre líneas.

Estas experiencias fueron una inmersión en los colores y los diseños y, por encima de todo, el aroma del museo en sí; y me han acompañado siempre. Hacia el final de aquella larga vacación llegué a saber que mi madre había escrito versos, que mi padre también «escribía algo» y que los libros y la pintura se encontraban entre los mayores acontecimientos del mundo. Que podía leer todo lo que quisiera y preguntar el significado de las cosas a cualquiera que yo conociese. Había descubierto también que uno podía coger la pluma y poner por escrito lo que uno pensaba sin que nadie le acusara de «mentir» por eso. Leí mucho: *Sidonia la hechicera,* los poemas de Emerson, los cuentos de Bret Harte, y me aprendía todo tipo de poemas por el placer de repetírmelos mentalmente antes de dormir.

CAPÍTULO 2

EL COLEGIO ANTES DE TIEMPO
1878-1882

Llegó entonces el momento de ir al colegio, en la otra punta de Inglaterra. El director era un hombre flaco, lento al hablar, barbudo, con aspecto de árabe y a quien enseguida reconocí como uno de mis tíos adoptivos de «The Grange»: Cormell Price, o «Tío Crom». Mi madre, a su vuelta a la India, nos dejó a mi hermana y a mí bajo el cuidado de tres damas encantadoras, que vivían al final de Kensington High Street, cerca de Addison Road, en una casa llena de libros, paz, amabilidad, paciencia y lo que hoy llamaríamos

Librodot

«cultura». Pero que allí era la atmósfera natural.

Una de las señoras escribía novelas, con el manuscrito en las rodillas, junto al fuego, y sentada lo suficientemente al margen de la conversación, bajo dos pipas de porcelana atadas con un lazo negro, en las que alguna vez había fumado Carlyle. Todas las personas a las que nos llevaban a visitar, si no escribían pintaban cuadros o, como en el caso de un matrimonio llamado Morgan, azulejos. Me dejaban jugar con aquella extraña pintura resbaladiza. En alguna parte, como en segundo plano, había gente que se podía llamar Jean Ingelow o Christina Rossetti, pero nunca tuve la suerte de visitar a aquellas sensibilidades especiales. En las estanterías de libros, había de todo lo que a uno le pudiera apetecer, desde el *Firmilian* a *La piedra lunar* y *La dama de blanco* y, no se sabía cómo, los despachos de Wellington desde la India, que me encantaban.

Fui descubriendo estos tesoros en aquellos primeros años. Mientras tanto -primavera del 78-, después de mi experiencia en Southsea, la idea de ir al colegio no me atraía mucho. El United Services College era una especie de asociación creada por funcionarios, oficiales modestos y así, para que la educación de sus hijos les resultase asequible. Estaba en Westward Ho!, cerca de Bideford. Era básicamente un colegio de casta. Más del setenta por ciento habíamos nacido fuera de Inglaterra y la mayoría quería seguir la carrera de sus padres en el Ejército. Cuando yo entré, no llevaba más de cuatro o cinco años fundado. Se había inaugurado a instancias de Cormell Price, quien se inspiró en Haileybury, cuyo modelo seguía, y yo creo que con bastantes «casos difciles» procedentes de otros colegios. La organización era, incluso para aquella época, bastante primitiva, y la comida hubiera provocado hoy un motín en Dartmoor. No recuerdo ni un solo momento en que, una vez gastada la paga que nos daban en casa, no comiéramos pan duro, si podíamos robarlo de las bandejas que había en el sótano, antes de la merienda. Pese a todo, sólo hubo que usar la enfermería para un accidente fortuito y no recuerdo que muriera ningún niño. Sólo hubo una epidemia, de varicela. Aquella vez el director nos reunió a todos y se condolió con nosotros de tal modo que creíamos que se iba a cerrar inmediatamente el colegio y que empezaríamos a vitorearle. Pero lo que dijo fue que seguramente lo mejor era no hacerle demasiado caso al incidente y que «no apretarían mucho» durante el resto del curso. Así lo hicieron, y la epidemia se pasó enseguida.

Como en cualquier colegio, en el de Westward Ho! reinaba la natural violencia; pero, aparte del repertorio de palabrotas que todo niño tiene la obligación de aprender para luego olvidarlo hacia los diecisiete años, era un colegio más pulcro que todos los colegios de los que me han hablado luego. No recuerdo ningún caso de perversión, ni siquiera sospechada. Tengo la teoría de que, si los profesores no sospecharan tanto y no lo demostraran tanto, no habría tanta maldad en otros colegios. Una vez, ya fuera del colegio, hablando con Cormell Price me confesó al respecto que su única profilaxis contra ciertos microbios inmundos era «procurar que nos acostásemos muy cansados». De ahí la libertad que disfrutábamos y que él hiciese oídos sordos ante nuestras peleas constantes y ante las batallas entre los distintos pabellones.

Al terminar el primer curso, que fue horroroso, mis padres no pudieron venir de vacaciones a Inglaterra y tuve que pasarlas con unos chicos mayores que estudiaban para el ingreso en el Ejército y con los demás niños que tenían lejos a la familia. Al principio me esperé lo peor, pero cuando los supervientes nos quedamos allí, en las aulas con eco,

mientras los demás se iban a la estación en un coche que les habían puesto, la vida empezó de pronto a ser algo nuevo, gracias a Cormell Price.

Los mayores, que habían estado tan distantes, se convirtieron en tolerantes hermanos mayores que dejaban que los alevines anduviésemos a nuestras anchas. Compartían con nosotros las golosinas de su merienda e incluso se interesaban por nuestras aficiones. No había mucho trabajo que hacer y nos divertíamos mucho. Al empezar de nuevo el curso «se cortaron de golpe las sonrisas», como era lo lógico. A mí me compensaron con unas vacaciones cuando mi padre vino a Inglaterra, y con él me fui a la Exposición de París del 78, en la que él dirigía el Pabellón de la India. A mis doce años me dejó total libertad para conocer aquella ciudad grande y amable *y* para recorrer los espacios *y* edificios de la Exposición. Aquello equivalía por sí solo a unos estudios y sentó la base de mi amor a Francia para toda la vida. También, a mi padre le pareció que yo debía aprender francés, aunque sólo fuese para distraerme, y me dio a Julio Verne para empezar. En los colegios de aquella época el aprendizaje del francés no estaba muy bien visto y quien lo hablaba caía bajo la sospecha de cierta tendencia a la inmoralidad. Por lo que a mí respecta,

> Tengo por cierto lo que aquél cantó
> en melodía inédita:
> que quien de joven en París despierta
> ya cerca del verano, despierta al Paraíso.

Para quienes puedan estar interesados en estas cosas, escribí sobre esta parte de mi vida en unos *Recuerdos de Francia* que tienen mucho que ver con lo que viví en aquellos días.

Mi primer año y medio de colegio no fue muy agradable. El fanfarroneo más pesado no es tanto el de los chicos mayores, que se limitan a dar una patada y seguir en lo suyo, como el de los pequeños diablos de catorce años que se ponen de acuerdo para arremeter contra un único objetivo. Por suerte para mí, yo era físicamente grande para mi edad y gané cierto crédito al nadar en el mar o tirarme al agua desde el peñón de Pebble. Jugaba al rugby, pero también en esto se me interpuso el problema de la vista. No llegué a jugar ni siquiera en el segundo equipo.

Nadie se atrevió a meterse conmigo una vez que, a los catorce años, empecé de pronto a estar fuerte. Yo tampoco me metía con nadie, no sé si por mi indolencia natural o por las experiencias que había sufrido. Por aquel entonces ya tenía dos amigos con los que, mediante un sistema de ayuda mutua muy bien organizado, pasé dos años de colegio protegido por principios de cooperación. Nuestra unión, que está en el origen de mis personajes Stalky, M'Turk y Beetle, no recuerdo cómo empezó; pero lo cierto es que nuestra triple alianza era ya muy sólida antes de que tuviéramos trece años. Nos había fastidiado mucho un chico alto y fuerte que nos robaba lo que teníamos en nuestras pobres taquillas. Hasta que fuimos a por él, en una larga operación conjunta de acoso y derribo casi de verdad. Al final ganamos nosotros. Lo habíamos rodeado y aplastado como las abejas bloquean a la reina, y no volvió a molestarnos nunca.

Turkey hacía gala de un perpetuo distanciamiento -mucho más allá de la mera insolencia- hacia todo el mundo, y de una lengua que, cuando se ponía a hablar, parecía haberla mojado de algún ácido irlandés. Por lo demás, se refería sinceramente a los profesores como «ujieres», lo cual no dejaba de tener cierta gracia. Su actitud en general

era la que, por aquella época, mantenía Irlanda hacia todo lo inglés.

En cuanto a nuestra capacidad de acción, a la organización de ataques, represalias y retiradas, dependíamos de Stalky, nuestro comandante y jefe de su propio Estado Mayor. Venía de un hogar muy disciplinado y se entrenaba, supongo, en las vacaciones. Turkey nunca nos contó nada de sus orígenes. Distante, inescrutable, respondón, se incorporaba al curso generalmente uno o dos días tarde, en el paquebote de Irlanda. Se encargó de la decoración de nuestro cuarto, porque él rendía culto a un extraño dios llamado Ruskin. Discutíamos entre nosotros «metódica y fielmente como esposos», pero cualquier deuda que tuviéramos con quien fuese era no menos fielmente pagada por los tres.

Nuestra «socialización de las oportunidades educativas» nos permitió seguir a salvo en el colegio, hasta que quien sirvió de base para mi personaje Little Hartopp, haciéndome con demasiada insistencia determinada pregunta, llegó a la conclusión de que yo no sabía lo que era un coseno y me comparó con las bestias. Le enseñé a Turkey lo poco de francés que llegó a saber y él a su vez nos enseñó a Stalky y a mí algo de latín. Mucho puede decirse en favor de este sistema, si se quiere que un niño aprenda algo: siempre recordará lo que le venga de un igual, mientras que las palabras del profesor se le olvidan. Del mismo modo, cuando Stalky creyó conveniente que yo ingresara en el coro, me enseñó a canturrear «Conozco yo a una guapa señorita» dándome golpes en los riñones mientras dábamos vueltas por el campo de cricket. (Pero algún pequeño problema relacionado con un trozo de mármol que cayó de la faltriquera de una toga, escaleras del coro abajo hasta el tejado de la nave lateral, acabó con la aventura.)

Creo que era su increíble frialdad lo que condicionaba nuestras guerras y nuestras paces. Era capaz no sólo de vernos a nosotros, sino también de verse a sí mismo *desde fuera, y* al correr los años *y* encontrármelo en la India o en cualquier otro sitio, no había perdido esta capacidad. Al final, cuando con una escuadra de dudosos coches Ford y unas tropas muy heterogéneas se marcó un monumental farol contra los bolcheviques en algún lugar de Armenia (lo cuenta en sus *Aventuras de Dunsterforce),* casi lo aniquilan, y escribió a las autoridades responsables. Le pregunté qué pasó luego. «Me dijeron que ya no requerían mis servicios». Naturalmente le dije que lo sentía. «Tan equivocado como siempre», me añadió entonces el ex-jefe del aula quinta. «Si cualquier oficial a mis órdenes llega a escribir lo que le escribí al Ministerio de la Guerra, yo habría ordenado que lo hicieran pedazos». Esta anécdota resume bien al hombre, y al niño que había sido nuestro jefe. Creo que hice bastante de amortiguador entre sus impulsos, sus broncas verbales y las campañas en que éramos una potencia, y el agrio Turkey demoledor que, como he escrito luego, «amaba destruir ilusiones y para ello vivía» aunque a pesar de todo se esforzaba por perseguir la belleza. Me invadieron la mesa de la vocación literaria, irrumpieron en mis sueños, se burlaron de mis dioses; me robaron, arrasaron o vendieron las propiedades que yo tenía descuidadas o a la intemperie. Y no podía pasar una semana sin ellos, ni ellos sin mí.

Pero me vengué de sobra. He dicho que yo era fisicamente precoz. Durante el último curso, en las clases desafié altivamente a C. Un día estalló y me dijo que no podía soportar más la visión y me mandó afeitarme. Me fui con esta orden al director de la Residencia y éste, que ya hacía tiempo que me tenía por una ciénaga de iniquidad, barruntó la confirmación de su sospecha y me escribió una recomendación para que un barbero de Bideford me diese navaja y todo lo demás. Amablemente invité a mis amigos

a venir a ayudarme y luego, por el camino, lamenté la pesadez que para mí suponía el afeitado obligatorio. No hubo *ripostes. No* hubo comentarios de mal gusto. Pero no entiendo cómo Stalky y Turkey no se cortaban la garganta con aquella herramienta.

Volvamos a la vida salvaje en que lo común era ese tipo de sucesos prodigiosos.

Fumábamos, por supuesto: pero el castigo, cuando nos descubrían, era duro porque los prefectos, que eran todos de la clase militar y se estaban preparando para Sandhurst o para el acceso a Woolwich, sólo podían fumar en pipa, y con restricciones. Si uno del montón era sorprendido fumando, debía comparecer ante los prefectos, no por razones morales, sino por haber usurpado un privilegio de la casta dominante. La frase habitual era: «¿Se cree usted un prefecto, no? Muy bien. Haga el favor de pasarse por mi clase a las seis». Esto parecía dar más resultado que las lecturas religiosas y que, incluso, las expulsiones con las que algunas instituciones afrontaban este terrible pecado.

Lo curioso es que nadie «esclavizaba» a nadie, aunque la palabra «esclavo» se usaba bastante, como término despectivo, como signo de la subordinación de los de secundaria. Si se necesitaba un lacayo para limpiar el cuarto o para que hiciera recados, era motivo suficiente para una negociación particular en la única moneda que teníamos: la comida. Algunas veces, el servicio le otorgaba protección a quien lo prestaba, por considerarse una insolencia que alguien molestase a un lacayo acreditado. Por mi poca capacidad de limpieza, nunca hice de tal; pero nuestro cuarto contaba de vez en cuando con alguno, al que explicábamos muy bien nuestras obligaciones de amas de casa. Pero solía ser Turkey quien lo ordenaba todo como la solterona con que siempre lo comparábamos.

Los deportes eran obligatorios, a menos que uno se excusara por escrito ante la autoridad competente. El castigo por abandono voluntario era tres azotes con rama de fresno por parte del delegado de deportes. Una de las cosas más difíciles de explicar a alguna gente es que un chico de diecisiete o dieciocho años pudiera pegarle a otro apenas un año menor y que, tras el castigo, se fueran a pasear juntos sin que a ninguno de los dos le quedara orgullo ni rencor.

En la guerra del 14 a algunos caballeros jóvenes les costaba lo mismo entender que el ayudante que durante la revista los insultaba fuese amable con ellos durante el rancho y que este cambio de actitud no obedeciese a un deseo de compensar la dureza previa.

No recuerdo, salvo en un par de casos, haber recibido sermones o regañinas de índole moral. No siempre es conveniente estimular el sentimiento religioso de los adolescentes: parece claro que los distintos grupos de nervios se comunican entre sí, y quién sabe qué minas puede hacer estallar un sermón. Pero el acceso a los dormitorios, en los que entraba el viento, no eran puertas que se pudieran cerrar con llave, como tampoco las aulas tenían ningún tipo de cerradura. Los profesores, con la excepción de uno que vivía fuera, eran solteros. Los edificios del colegio, que en su día habían sido casas de alquiler baratas, estaban en fila frente a una ladera, y en medio quedaba el espacio por el que se movían los muchachos. No habrían estado mejor vigilados los internos de una cárcel, aunque no nos dábamos cuenta. Por suerte, había conciencia de poco más que la inmediata obligación diaria y la necesidad de ingresar en el Ejército. Del mismo modo creo que, cuando trabajábamos, trabajábamos más que en la mayoría de los colegios.

El director de mi residencia era extremadamente consciente y cuidadoso con su deber. No sé hasta dónde alcanzarían sus éxitos. Sus errores lo eran por pura bondad excesiva. Siempre sospechaba oscuramente de mis compañeros y de mí, que lo sabíamos y que,

pequeñas bestias que éramos, lo hacíamos sudar a la menor provocación.

Quien año tras año me fue interesando más fue C., mi profesor de lengua y humanidades, remero de físico portentoso, y erudito que vivía con la secreta esperanza de traducir dignamente a Teócrito. Tenía mucho temperamento, lo cual no le impedía manejarse muy bien con muchachos acostumbrados al lenguaje directo. Tenía el don de un «sarcasmo» profesoral que para él sería un desahogo y a mí me parecía una auténtica maravilla. Era también un buen director de residencia, de la que se sentía orgulloso. Con él aprendí, ya que me hizo el honor de hablar mucho conmigo, que las palabras pueden ser un arma. Nuestras discusiones de clase, curso a curso, nos dieron mucho juego. Se aprende más de un erudito apasionado que de un montón de ganapanes de ardua brillantez. Y que en clase lo conviertan a uno en blanco de los propios compañeros, no es mala preparación para experiencias posteriores. Tengo entendido que este método se desestima ahora por miedo a herirles la sensibilidad a los jóvenes, pero en el fondo no era más que el tintineo de lata o la bengala con que se estimula a los potros. No recuerdo haber sentido más que alegría o envidia cuando C. me lanzaba sus agudas invectivas.

Intenté dar pálida cuenta de sus maneras cuando se acaloraba, en un pasaje de uno de los cuentos sobre Stalkie, «Régulo», pero ya hubiera querido yo retratar exactamente el entusiasmo que ponía al leer la gran «Oda a Cleopatra», la número 27 del libro tercero. Lo exasperó una vez mi pésima interpretación literal de los primeros versos. Después de aniquilarme, arrasó mi cadáver al llevar a cabo una traducción, inigualable en fuerza y comprensión, del resto de la «Oda». Dejó sin respiración hasta a la clase militar.

Debe de haber aún profesores tan sinceros como él, y la grabación en disco de personas así, casi capaces de llegar a la blasfemia en su lucha con una forma latina, sería mucho más útil para la educación que montones de libros publicados. C. consiguió que me pasase dos años odiando a Horacio, que luego lo tuviese veinte años olvidado y que al final lo amara para siempre y que me haya acompañado en no pocas noches de insomnio.

Fue después del segundo año de colegio cuando me entró la fiebre de escribir. En las vacaciones, las tres señoras -y a mí me bastaba eso- me escuchaban cualquier cosa que tuviera que decir. Me inspiraba en los libros de su biblioteca, desde La ciudad de la noche terrible, que me conmovió hasta lo más hondo de mis tiernas entrañas, a las Parábolas de la Naturaleza de la señora Gatty, las cuales imitaba desde la convicción de ser original. Y muchos otros libros. Pocas atrocidades de forma o de métrica se me quedaron sin perpetrar, y con todas disfrutaba.

Descubrí también las posibilidades que ofrecían los pareados personales y satíricos sobre mis compañeros. En colaboración con uno de nariz colorada y temperamento voluble, exploté la idea, no sin cierto revuelo. Después vino mi hallazgo de que con la métrica de *Hiawatha* se ahorraba uno todas las complicaciones de la rima. Y había existido un hombre llamado Dante, que vivía en un pueblecito italiano y siempre de pleito con sus vecinos, para muchos de los cuales inventó graves tormentos en un infierno de nueve círculos, donde los exhibió para la posteridad. Decía C.: «Debió de hacerse infernalmente impopular». Yo alternaba mis influencias.

Me compré un gran cuaderno de los de tipo americano, forrado de tela, y empecé a escribir un *Inferno* en el que sometí a la tortura correspondiente a todos mis amigos y a la mayoría de los profesores. El trabajo me cundía al no tener más que cantar la futura condena de víctimas que pasaban bajo la ventana del estudio de mis dos compañeros y

mío. Tennyson y Aurora Leigh aparecieron del modo más natural, durante unas vacaciones, y C., una vez, en clase, me tiró literalmente a la cabeza Hombres y mujeres. Ahí me encontré con «El obispo ordena hacer su tumba», «Amor entre las ruinas» y el «Fra Lippo Lippi» que es, me atrevo a pensar, antecendente no demasiado remoto del mío.

Debí de leer por primera vez los poemas de Swinburne en casa de la tía. No conmovieron especialmente mi muy tierno espíritu hasta que leí *Atalanta en Calydon* y una estrofa escogida, que se adaptaba con exactitud al ritmo de mi natación entre las grandes olas. Algo así:

Y quién te buscará y conseguirá
devolverte tu *día* *(media ola)*
en el que la paloma hundió las alas y
los remos se abrieron su camino
(la otra media)
entre islas y estrechos blanqueados por la
espuma *(avanzar con la ola)*

Si se recita el último verso de modo que termine en forma de gran ola que nos rompa en la cabeza, la cadencia es perfecta. Llegué a perdonar a Bret Harte, a quien debía mucho, el que adoptara en vano esta métrica en su *Chinos paganos*. Pero nunca perdoné a C. por ponerme en conocimiento del hecho.

Sólo años después, al hablar un día con «Tío Crom», supe que injusticias así no se cometen sin intención. «En aquella época había que actuar con mano dura», me decía despacio. «C. la tuvo contigo». «Sí», dije yo, «y también H.», el profesor casado al que todo el colegio temía.

«Me acuerdo», contestó Crom. «Sí, conmigo también pasó.» Se refería a una redacción titulada «Un día de las vacaciones» o algo así. C. era quien había ordenado hacerla, pero tenía que corregirla H. La redacción me salió con una variada pero absoluta mala calidad, supongo que forjada en la lectura, en vacaciones, de un periódico llamado *The Pink'Un*. Ni yo mismo había escrito nada peor. Lo normal hubiera sido que H. le enviara sin comentario las notas a C. En esta ocasión, sin embargo (estaba yo en clase de latín), H. entró y pidió la palabra. C. se la cedió de mala gana, y fue entonces cuando H., ante el regocijo de mis compañeros, me puso en evidencia con su mejor estilo, ácido y ofensivo. Concluyó con unas cuantas observaciones generales acerca del «acabar siendo un periodista vulgar». (Y ahora pienso que seguramente H. leía también el *Pink'Un.)* El tono, el argumento y la intención de su discurso fueron de una brutalidad premeditada, como la del tirón del bocado que encabrita a un potro demasiado fogoso. C., a la salida de H., remató con un par de añadidos. (¿Pero quiso Alá castigar a H. al pasar los años? Me lo encontré en Nueva Zelanda; dirigía un colegio mixto en el que daba clases de latín a chicas. «Y cuando miden mal los versos, como *usted* solía hacer, me echan miraditas.» Me acordé de las madrugadas frías en que, de su implacable mano, yo estudiaba el Nuevo Testamento en griego y la verdad es que lo compadecí hasta lo más profundo de mi alma.)

Sí, Crom y los suyos debían de «acunarme» mucho. Por eso, cuando me vio

irremediablemente destinado al tintero, ordenó que yo fuese el director del periódico del colegio y que tuviera acceso a la biblioteca de su estudio. Supongo que también a eso se debió un permiso similar de C., quien me lo daba y quitaba según las fluctuaciones de nuestra guerra particular. También, la idea del director de que yo debía aprender ruso con él (a lo más que llegué fue a saberme algunos números cardinales) y, más tarde, lo que él llamaba la escritura en estilo *précis*. Consistía en la severa compresión del material hasta su sequedad última, sin omitir ningún hecho esencial. Todo quedaba suavizado por el recuerdo de personas que Crom había conocido de joven y, con su hablar lento y grave y el humo de su invariable Vevey, aclaraba el uso de las palabras. Que Dios me perdone, pero yo pensaba que aquellos privilegios se debían a la trascendencia de mis méritos personales.

Muchos queríamos al director por lo que había hecho por nosotros, pero yo le debía más que todos mis compañeros juntos, y creo que lo quería más que ellos. Un día me dijo que, tras las vacaciones, me iba a ir a la India, a trabajar en un periódico de Lahore, donde mis padres vivían, y que ganaría nada menos que cien rupias de plata al mes. Al final del curso organizó, con evidente injusticia, un certamen poético con el tema obligado de «La Batalla de Assaye» y en el que, al no haber competidores, gané con un poema cuya métrica me venía del último «contagio»: Joaquin Miller. Y al entregarme el libro que se dio de premio, *Competition Wallah,* de Trevelyan, Crom Price dijo que, si yo seguía adelante, algún día se hablaría de mí.

Los últimos días antes de embarcar los pasé con mi querida tía, en la pequeña granja que los Burne-Jones habían comprado para pasar las vacaciones en Rottingdean. Desde allí contemplaba el prado de la aldea y el estanque de una casa a la que daban nombre unos olmos y que estaba tras un muro de piedra; también la iglesia que tenía enfrente y -de haberlo sabido entonces- «los restos de quienes estarán en las casas de la Muerte y del Nacimiento».

CAPÍTULO 3

SIETE AÑOS DIFÍCILES

Soy, con la venia, el pobre hermano Lippo.
No me acerquéis al rostro las antorchas.
Fra Lippo Lippi

Así pues, a los dieciséis años y nueve meses, aunque aparentaba cuatro o cinco años más, y con unas patillas que mi madre, escandalizada, hizo desaparecer nada más verlas, me encontraba en Bombay, donde había nacido. Volvía a visiones y olores que me arrancaban frases vernáculas cuyo significado ignoraba. Otros muchachos nacidos en la India me han contado que alguna vez les pasó igual.

Me quedaban aún tres o cuatro días de tren hasta Lahore, donde estaban los míos. Y esos días iban a bastar para borrar mis años ingleses, que creo que nunca han vuelto del todo.

Fue un feliz regreso a casa y es que, imaginaos, me reencontraba con un padre y una

madre a los que había visto muy poco desde los seis años. Podría haberme ocurrido que mi madre no fuese «la clase de mujer que a uno le gusta», como en un caso terrible que conozco, o que mi padre resultase inaguantable. Pero mi madre demostró ser más encantadora de lo que yo hubiera podido imaginar o recordar; y mi padre no sólo era una mina de sabiduría y de valiosa ayuda, sino también un compañero experto, tolerante y lleno de buen humor. Me dieron habitación propia en la casa. El criado de mi padre, con toda la solemnidad de un contrato matrimonial, me cedió a su hijo para que fuese criado mío. Dispuse también de caballo, carruaje, mozo de cuadra, horario de oficina, responsabilidades directas y, oh felicidad, un maletín propio, como el que mi padre llevaba todos los días al Museo de Lahore y a la Escuela de Arte. No recuerdo la menor fricción en ningún detalle de nuestras vidas. Disfrutábamos más en familia que en compañía de los extraños y cuando, algo después, llegó mi hermana, la felicidad fue total. No sólo éramos dichosos, sino también conscientes de serlo.

Pero el trabajo era difícil. Yo era el cincuenta por ciento del «equipo editorial» del único diario del Punjab, hermano pequeño del gran *Pioneer* de Allahabad, que era del mismo propietario. Y un diario sale todos los días aunque la mitad de su equipo esté con fiebre.

Mi jefe me llevó, como quien dice, de la mano y, durante tres años o así, lo odié. Tuvo que adiestrarme y yo no tenía idea de nada. No sé hasta qué punto mi aprendizaje lo hizo sufrir, pero todo lo objetivo que llegara yo a ser, todo el hábito que adquiriese en verificar fuentes y en conseguir trabajar sin moverme del despacho, se lo debo a Stephen Wheeler.

Nunca trabajé menos de diez horas al día, y rara vez más de quince al día. Como nuestro periódico era vespertino, sólo vi la luz del mediodía los domingos. También tuve fiebres, frecuentes y tenaces, a las que se unió durante un tiempo una disentería crónica. De todos modos descubrí que un hombre puede trabajar con cuarenta de fiebre, aunque al día siguiente tenga que preguntar quién escribió su propio artículo. El encargado indígena de la sección de noticias, Mian Rukn Din, caballero mahometano de buen corazón y de infinita paciencia, a quien nunca vi excedido por una situación, se convirtió en amigo mío para siempre. Desde una perspectiva moderna, supongo que aquélla era una vida perra; pero mi mundo estaba lleno de muchachos que, con muy pocos años más que yo, vivían solos y morían de fiebre tifoidea a los veintipocos años. En nuestra casa, si alguien tenía que morir, estábamos los cuatro juntos. Y lo demás se iba en el trabajo cotidiano, y el amor lo atenuaba todo.

No había libros, cuadros, obras de teatro, ni más entretenimientos que los deportes que permitía el invierno. El transporte se limitaba a los caballos y al ferrocarril que buenamente había. Esto significaba que el radio normal de viaje podía ser de unos diez kilómetros a la redonda, y que hubieran hecho falta otros diez para volver a encontrar gente de raza blanca. La muerte era siempre una compañera cercana. Una vez, en nuestra comunidad blanca de setenta personas, se dieron once casos de una epidemia tifoidea. Como todavía no existían las enfermeras profesionales, los hombres cuidaron a los hombres, y las mujeres a las mujeres. Murieron cuatro de nuestros pacientes y pensamos que habíamos hecho lo que teníamos que hacer. Por lo demás, los hombres y las mujeres caían allí donde estuviesen, de lo que se derivaba la costumbre de ir en busca de cualquiera que no acudiese a las reuniones diarias.

Nos acompañaban los difuntos de todos los tiempos, en el gran cementerio musulmán

abandonado, que estaba cerca de la estación y donde, cualquier mañana, el caballo podía pisar fácilmente un cadáver medio desenterrado. Los cráneos y huesos afloraban entre los muros de adobe del jardín. Las lluvias los volvían a desenterrar y había tumbas a cada paso. El lugar de las meriendas campestres, igual que algunas de las oficinas públicas, había servido de monumento a mujeres que en vida habían sido muy deseadas, y Fort Lahore, donde descansaban las viudas de Runjit Singh, era un mausoleo de fantasmas.

Así era mi mundo. Y su centro, para mí -socio a los diecisiete años-, era el Club del Punjab, donde hombres en su mayoría solteros se reunían para degustar comidas de escaso mérito entre hombres cuyos méritos eran bien conocidos. Mi jefe, que estaba casado, no iba casi nunca, por lo que me correspondía a mí escuchar cada noche los defectos del periódico de aquel día, afeados en el lenguaje más directo. Los cajistas, que eran indígenas, no tenían ni idea de inglés y transcribían palabra por palabra, con lo que salían erratas memorables y a veces obscenas. Los correctores de pruebas, de los que llegamos a tener un par, bebían, como era previsible; pero su sistemático y prolongado *delirium tremens* me obligaba a compartir con ellos más trabajo de la cuenta. En el club, y en todas partes, no conocía más que a hombres muy especializados en su trabajo -funcionarios civiles, militares, de la enseñanza, forestales, ingenieros, de aguas, de ferrocarriles, médicos, abogados-, ejemplares de cada ramo que hablaban cada cual de su oficio. Fue así como la «demostración de conocimientos técnicos» que luego se me ha reprochado me vino dada allí hasta la saciedad.

Tan pronto como el periódico pudo confiar un poco en mí, que había hecho bien el trabajo rutinario, me envió primero a hacer informaciones locales y, después, a las carreras de caballos, donde pasé tardes curiosas en el tenderete de las apuestas. Vi una de esas tiendas arder una vez, cuando un propietario furioso le arrojó una lámpara de petróleo a su rival, justo la noche en que el propietario concurría a las elecciones del Club. Fue la primera y última ocasión en que vi cómo se gastaban todas las bolas negras disponibles y los socios pedían más. Después hice informaciones sobre la inauguración de grandes puentes, lo que suponía una noche o dos con los ingenieros; o sobre inundaciones en las vías férreas, y ahí las noches lo eran bajo la lluvia con los equipos de auxilio. Informé sobre fiestas de aldea, con las inevitables epidemias de cólera o viruela; sobre motines populares a la sombra de la mezquita de Wazir Khan, donde las pacientes tropas, tendidas en los parques o en las callejuelas laterales, esperaban la orden de cargar contra la multitud y pegarle a la gente en los pies con la culata del fusil (en aquella época, la Administración civil consideraba que matar equivalía a reconocer un fracaso). Y así la ciudad vociferante, enfervorizada, ebria de sus propias convicciones, era dominada sin derramamiento de sangre o con la comparecencia de un Virrey que gesticulaba mucho. Relaté también visitas de virreyes a los príncipes vecinos, junto al gran desierto de la India, donde había que lavarse las manos y la cara con soda; revistas de ejércitos dispuestas a invadir Rusia a la semana siguiente; recepciones de algún potentado afgano con el que el Gobierno indio quería estar a bien (éstas incluyeron un paseo hasta el Khyber, donde me alcanzó el disparo perdido de un bandido que no aprobaba la política exterior de su Gobierno); juicios por asesinato o divorcio y -tarea bastante desagradable- una investigación sobre el porcentaje de leprosos que había entre los carniceros que surtían de vacuno y cordero a la comunidad europea de Lahore. (Aquí aprendí que la verdad desnuda de los hechos no suele estar bien vista por las autoridades responsables.)

Era el método de enseñanza de Squeer, pero ¿cómo me iba a proporcionar menos estímulo del que yo necesitaba? Me saturaba de material y, si me faltaba algún detalle, el Club se ocupaba del resto.

Recibí el primer intento de soborno a la edad de diecinueve años, cuando me encontraba en un Estado indígena donde, naturalmente, uno de los afanes de la administración era conseguir más salvas de honor para el representante oficial en sus visitas a la India británica, propósito para el que podía ser útil hasta la recomendación de un corresponsal perdido. A esto se debió que, en la *dali* o cesta de frutas que dejaban a diario en mi tienda, me encontrara una mañana un billete de quinientas rupias y un chal de Cachemira. Como el remitente era de casta alta, le devolví el regalo mediante un barrendero, que era de una casta inferior. A partir de este momento mi criado, que se hacía responsable de mi bienestar ante su padre y el mío, me dijo fríamente: «Hasta que lleguemos a casa, come y bebe lo que yo te dé». Y así lo hice.

De vuelta al periódico, me encontré con que el director estaba enfermo y tenía que quedarme al cargo. Entre la correspondencia editorial, había una carta del mismo Estado indígena, en la que se daba cuenta de la visita de «su reportero, un tal Kipling» que, al parecer, había violado uno por uno los diez mandamientos desde el rapto al robo. Les contesté que acusaba recibo de la queja en calidad de director interino, pero que debían comprender en mí cierta parcialidad ya que la persona de la que se quejaban era yo mismo.

Volví a visitar alguna vez aquel Estado y nada ensombreció ni por asomo nuestras relaciones. Yo tenía ya práctica en el insulto a la manera oriental, que *ellos* entendían. Y me devolvieron la pelota a la manera asiática, que yo entendía, y asunto concluido.

El segundo intento de soborno llegó cuando trabajaba a las órdenes del sucesor de Stephen Wheeler, Kay Robinson, hermano del Phil Robinson autor de *En mi jardín de la India.* Con él, y gracias a como me había adiestrado su predecesor, la relación fue magnífica. Nos encontrábamos con el mismo problema de las salvas de honor; y con la misma argucia de la cesta de frutas, los chales y el dinero para ambos. Pero esta vez cometieron el error de dejarlo impúdicamente en la terraza de la redacción. Kay y yo dedicamos media hora bastante divertida a rayar con alfiler en los billetes la frase *«Timeo Danaos et dona ferentes»,* mientras lamentábamos no poder quedárnoslos, como tampoco los chales, y tener que hacer como si nada.

El tercer y más interesante intento de soborno fue cuando cubría un caso de divorcio en la sociedad eurasiática. Una negra enorme me acorraló y me ofreció darme, si omitía su nombre, los detalles más íntimos. Lo cual empezó a hacer en ese mismo instante. Antes de cerrar el trato, le pregunté su nombre. «Ah, soy la demandada. Por eso se lo pido.» Es difícil informar sobre algunos dramas si no hay Ofelia o si no hay Hamlet. Pero me compensó de la ira de aquella mujer el momento en que el tribunal le preguntó si alguna vez había tenido ganas de bailar sobre la tumba de su marido. Ella, que hasta entonces lo había negado todo, siseó un largo «Sssí» y añadió: «Y muy a gusto y muy bien que lo haría».

A un soldado al que yo conocía lo habían condenado a cadena perpetua por un asesinato que, según pruebas no aducidas en el juicio, parecía claro que había cometido. Lo vi después en la cárcel de Lahore, y estaba haciendo una tarea muy complicada a base de plumas de escribir con tinta de distintos colores y clavadas en una especie de lona que,

puesta sobre un papel, decidía cómo había que rellenar los impresos de la declaración de la renta. Aquello parecía tremendamente monótono, pero el espíritu humano es invencible. «Con un milímetro que me equivocara al marcar estas líneas, echaría a perder *todas* las cuentas del Alto Punjab», decía.

En cuanto a los lectores del periódico, eran al menos tan educados como la mitad de nuestro «equipo de redacción»; y a fuerza de llevar la vida que llevaban, no se escandalizaban por nada ni nada les conmovía. No sabíamos lo que era un titular grande o unos tipos de letra especiales, y me temo que la cantidad de espacio en blanco de los periódicos actuales nos habría parecido una vulgar estafa. Sin embargo, los temas que solíamos tratar les habrían proporcionado a los periódicos de hoy noticias sensacionales casi a diario.

Mi verdadero puesto en el periódico era el de subdirector, lo que significaba un eterno extractar originales tediosos, como los discursos sobre cuestiones abstrusas relacionadas con los impuestos y la Hacienda Pública que enviaba un importante y docto ciudadano, cuya caligrafía era la peor que nuestros cajistas habían visto en su vida, o artículos literarios sobre Milton. (¿Y cómo iba yo a saber que el autor era pariente de uno de los propietarios y que creía que nuestro periódico existía para dar salida a sus teorías?) En esto las enseñanzas de Crom Price sobre el estilo *précis* me ayudaron mucho a distinguir el grano de la paja al leer aquellas pesadeces. Manteníamos intercambio con otros periódicos, desde Egipto a Hong Kong, a los que había que echar un vistazo casi todos los días y, una vez por semana, los periódicos ingleses de los que se echaba mano en caso de necesidad. A los corresponsales nacionales, de pueblos apartados, había que leerlos con cuidado por si la inocencia de sus alusiones disimulaba una difamación. No faltaban cartas de broma de algún empleado, contra las que había que estar prevenido (yo piqué un par de veces); quedaba luego, por supuesto, la clasificación de cablegramas, en la que más valía no equivocarse: yo los apuntaba al teléfono, primitivo y misterioso poder cuyo operador indígena decía sílaba a sílaba todas las palabras. Uno de nuestros problemas recurrentes era un maldito periódico moscovita, el *Novoie Vremya,* escrito en francés y que estuvo mucho tiempo publicando, semanalmente, los diarios de guerra de Alikhanoff, general ruso que por aquella época asolaba los dominios de los kanes de la Rusia central. Daba el nombre de todos los campamentos que había asaltado, y contaba cómo sus tropas se calentaban con hogueras de *sax-aul,* que supongo que debía de ser artemisa. Una semana después de haber traducido la última entrega, no recordaba yo ni un solo detalle de la serie.

Diez o doce años después, caí enfermo en Nueva York y tuve un largo delirio que, por desgracia, recordaba luego, ya consciente: en una de sus fases mandaba un batallón montado en caballos rojos ensillados en cuero flamante, a la luz de una luna verde y por estepas tan vastas que permitían adivinar la mismísima curva del planeta. Descansábamos en uno de los campamentos nombrados por Alikhanoff en su diario (yo veía el nombre escrito al límite de la Tierra), donde nos calentábamos con hogueras de *sax-aul y* donde, abrasado por un lado y helado por el otro, me quedaba sentado hasta que mis infernales escuadrones seguían rumbo al siguiente alto previsto, y así toda la serie.

A principios de los años ochenta, llegó al poder un gobierno liberal que actuaba de acuerdo a los «principios» liberales, los cuales, hasta donde yo he podido observar, no es raro que acaben en derramamiento de sangre. Era entonces cuestión de principio que

jueces indígenas juzgaran a las mujeres blancas. Indígena, en este caso, equivale directamente a hindú; y la idea que el hindú tiene de la mujer no es muy elevada. Nadie había solicitado aquella medida, y mucho menos la judicatura afectada. Pero los principios son los principios, caiga quien caiga. Se molestó mucho la comunidad europea, que llegó al extremo de la revuelta, es decir, a que incluso los funcionarios públicos y sus esposas dejaran de asistir a las recepciones del entonces Virrey, hombre orondo y desorientado, preso de tendencias religiosas. Para apadrinar aquella ley se trajo a la India a un apacible caballero inglés llamado C. P. Ilbert. Me parece que también él estaba un poco desorientado. Nuestro periódico, como la mayor parte de la prensa europea, empezó por desaprobar enérgicamente la medida y publicó muchos comentarios e informaciones que hoy serían, supongo, tachados de «desleales».

Una tarde, mientras cerraba la edición, eché el habitual vistazo al artículo de fondo. Era el tipo de artículo desequilibrado, semijudicial, que se había prodigado en los periódicos ingleses en los años 1832 y 1834 con motivo del Documento Blanco de la India y, como todos ellos, exponía con poco disimulo los mismos altos ideales del Gobierno. Con el tiempo se aprendía a identificar mejor aquel estilo, pero en aquel momento me desconcertaba. Le pregunté a mi jefe qué significaba. Me contestó como yo lo hubiera hecho en su lugar:

«¿Y a usted qué demonios le importa?» y, como estaba casado, se marchó a casa. Yo en cambio acudí al Club, que, no se olvide, era todo mi mundo exterior.

Nada más entrar al largo y destartalado comedor, en el que todos compartíamos una sola mesa grande, estalló una pitada unánime. Fui lo bastante ingenuo para preguntar: «¿A qué juegan?, ¿a quién le silban?». «A usted», dijo el hombre de mi lado. «Su maldito periodicucho ha traicionado el proyecto de ley.»

No es agradable seguir tranquilamente sentado mientras a uno, a los veinte años, todo su universo le dedica una pitada. Entonces se levantó un capitán, nuestro ayudante de Voluntarios, y dijo: «¡Basta ya! El muchacho se limita a hacer aquello por lo que le pagan». Cesó la manifestación, pero yo había empezado a ver claro. El capitán había dicho la pura verdad. Yo era un mercenario y me pagaban para lo que me pagaban. No me encantó la idea. Alguien dijo amablemente: «Jovenzuelo, ¿es usted tan burro que ignora que su periódico tiene la contrata de prensa del Gobierno?» No lo ignoraba, pero hasta aquel momento no me había parado a relacionar.

A los pocos meses, uno de los dos principales accionistas del periódico fue condecorado Caballero. Mucho empezó a llamarme la atención la melosidad con que algunos funcionarios veían con buenos ojos la medida del Gobierno y, no se sabía por qué, de pronto cambiaban el calor por el mejor clima del cantón de Simia. Gracias a astutos orientadores, a menudo indígenas, seguí la trama sutil de maneras con que un gobierno presiona solapadamente a sus empleados, en una tierra donde todas las circunstancias y relaciones de la vida de un hombre son de dominio público. Por eso, cuando la importante e histórica Ley de la India se retomó cincuenta años después, me sentí como quien vuelve a recorrer los tortuosos caminos de su juventud. Uno reconocía las frases textuales, las mismas garantías de los viejos tiempos todavía en buen uso y uno se esperaba, como en sueños, las fórmulas con que se excusaban quienes abandonaban convicciones. Algo así: «Puedo servir de conciliador, ya sabe. En todo caso, evito que entre en juego otro más extremista». «Sería insensato oponerse a lo inevitable». Y todos los

demás camuflajes que el Diablo facilita al pecador que no quiere quedar mal con nadie.

En el año 1885, me hice masón por dispensa (Logia Esperanza y Perseverancia 782 E.C.) sin haber cumplido la edad preceptiva, porque la Logia quería un buen secretario. No lo tuvo, pero ayudé y aconsejé al Maestro en la decoración de las paredes vacías con telas, según la norma del templo salomónico. Allí conocí a musulmanes, hindúes, sijs, miembros del Aya Samaj y del Brahma Samaj y a un Gran Vigilante de la Logia que era sacerdote judío y carnicero en su pequeña comunidad ciudadana.

Aún se me abría, de este modo, otro mundo que necesitaba.

Mi madre y mi hermana pasaban la época de calor en la montaña, donde a su debido tiempo se les unía mi padre. A mí me llegaban las vacaciones cuando el periódico podía prescindir de mí. Por eso me pasaba mucho tiempo solo en aquella casa tan grande, donde pedía a gusto comida indígena, menos repugnante que los guisos de carne; incorporaba así el empacho a mis posesiones más íntimas.

En aquellos meses -entre mediados de abril y mediados de octubre-, había que coger el catre y andar de cuarto en cuarto hasta encontrar el de menos calor; o dormir en la azotea y que el aguador le echara a uno de vez en cuando medio odre de agua por el cuerpo abrasado. Así se cogían fiebres, pero se evitaba el desmayo por el calor.

Muchas noches las pasaba tan en vela como las de la casa de Brompton Road, y vagaba hasta el amanecer por todo tipo de sitios curiosos: tabernas, garitos de juego y fumaderos de opio, que no son nada misteriosos; locales periféricos de diversión, de títeres o de danzas indígenas; o me metía por las estrechas galerías que hay bajo la Mezquita de Wazir Khan por el puro gusto de mirar. Alguna vez la policía se me acercaba, pero conocía a la mayoría de los oficiales, y mucha gente de algunos barrios me conocía por ser hijo de mi padre, lo que en Oriente es más útil que en ninguna otra parte. Por lo demás, bastaba con la palabra «periódico», aunque al mío no le facilité mucha reseña de aquellos merodeos. Al salir el sol, volvía uno a casa en algún carruaje noctámbulo de alquiler, que hedía a humo de narguile, a flores de jazmín y a madera de sándalo; y, si el conductor tenía ganas de charla, le contaba a uno un montón de cosas. En la India, buena parte de la vida se hace en las noches de calor. Es la razón de que la plantilla indígena de las oficinas no esté para mucho a la mañana siguiente. Todas las oficinas indígenas cierran como mínimo entre mayo *y* septiembre. Los archivos *y* la correspondencia, del modo más natural, se amontonan sin abrir en las esquinas para ser puestos al día o despachados cuando el tiempo refresca. Pero los ingleses que van a la metrópoli de vacaciones, después de haber impuesto a los hijos de sus hijos las horas fijas de una jornada nórdica de trabajo, se sorprenden de que la India no trabaje como ellos. Es una de las razones por las que sería interesante que la India fuese autónoma.

Y había también noches «húmedas», en el Club o en algún comedor militar, en las cuales una mesa abarrotada de muchachos, medio enloquecidos por el calor, pero con la cordura necesaria para seguir con la cerveza y con unas entrañas que raramente les traicionaban, buscaban diversión y la conseguían como fuese. Me acuerdo de una noche en que comimos *haggis* en lata, cuando había cólera en los cuarteles, «para ver qué pasaba»; y otra en que a un caballo semental asalvajado, con el arnés puesto, le pusieron delante toda una pierna de cordero, justo cuando iba a morder. En teoría es un procedimiento para quitarles esa tendencia, pero lo que hizo fue volverlo aún más caníbal.

Llegué a conocer a los soldados de aquella época en mis visitas a Fort Lahore y, en menor medida, a los acantonamientos de Mian Mir. Mi primer y más querido batallón fue el Quinto de Fusileros número 2, con quienes cené, en temeroso silencio, a las pocas semanas de serles presentado. Cuando se marcharon, seguí con sus sucesores, el 30 de East Lancashire, otro regimiento de la parte norte del país; y, finalmente, con el 31 de East Surrey, confederación reclutada en Londres entre ladrones profesionales, algunos de los cuales se convirtieron en buenos y leales amigos míos. Había, también, cenas fantasmales con los alféreces encargados del destacamento de Infantería de Fort Lahore, donde, entre estancias vacías, revestidas de mármol, que habían pertenecido a reinas muertas, o bajo las cúpulas de viejos panteones, las comidas empezaban con treinta gramos de quinina en el jerez, tal como ordenaba el reglamento, y terminaban... como Alá quería.

Soy, por cierto, uno de los pocos civiles que han hecho guardia con las tropas de Su Majestad. Fue en una madrugada fría de invierno, hacia las dos, en el fuerte, y aunque supongo que me habían dicho la contraseña al irme del comedor, la olvidé antes de llegar a la guardia principal, y cuando me interpelaron me presenté solemnemente como «visita de inspección». El revuelo de los hombres fue tal que le pregunté al sargento si había visto en su vida un grupo de sinvergüenzas más noble que aquél. Esto me costó litros de cerveza, pero mereció la pena.

Libre de un puesto militar concreto, y llevado por mi trabajo, podía andar a mis anchas por la «cuarta dimensión». Llegué a observar en toda su crudeza los horrores de la vida del soldado raso, y los tormentos innecesarios que tenía que soportar a cuenta de la doctrina cristiana, que sostiene que la muerte es el pago por el pecado. Se consideraba impío que las prostitutas del mercado pasaran control médico, o que los hombres tomaran las precauciones elementales en su trato con ellas. Esta virtud oficial le costó a nuestro Ejército de la India el que cada año nueve mil soldados blancos, cuyo sostenimiento era caro, tuvieran que guardar cama por enfermedades venéreas. Las visitas a los hospitales especializados en éstas me hicieron desear, tan sinceramente como lo deseo hoy, disponer de seiscientos sacerdotes -en especial obispos de la autoridad- y tratarlos durante seis meses tal y como trataban a los soldados de mi juventud.

Bien sabe Dios lo rápido que se moría de fiebres tifoideas, que parecían debidas al agua, aunque no podíamos asegurarlo; o del cólera, que era claramente una maldición del Diablo capaz de matar a toda una sección del dormitorio de tropa y dejar vivos a los demás; o de las fiebres de temporada; o de lo que llamaban «intoxicación de la sangre».

Lord Roberts, en aquel tiempo comandante en jefe de la India, que conocía a mi familia, se interesó por los soldados y -yo había escrito por aquel entonces un par de relatos sobre ellos- el mayor orgullo de mi juventud fue ir a caballo a su lado hasta Simia Mall, él en su fogoso caballo árabe de siempre, mientras me preguntaba qué pensaban aquellos hombres de su situación, sus lugares de recreo *y* detalles por el estilo. Se lo conté *y* me dio las gracias tan gravemente como si yo hubiera sido todo un coronel.

Mi mes de vacaciones en Simia, o en cualquier otro lugar de montaña al que fuese mi familia, era diversión pura, sin desperdiciar ni un instante. La vacación tenía un arranque incómodo y caluroso, en tren y por carretera. Cuando se llegaba, de noche ya hacía frío y cada cuarto tenía su chimenea de leña, y a la mañana siguiente -¡con otras treinta por delante!-, una primera taza de té, traída por mi madre, y nuestras largas conversaciones, todos juntos de nuevo. Había tiempo, también, para dedicarse a cualquier tarea que a uno

se le ocurriera por gusto, y se nos ocurrían muchas.

Simia fue otro mundo nuevo para mí. Allí vivía la jerarquía *y* se veía y oía funcionar tal cual la maquinaria de la Administración. Estaban los jefes del cuartel militar del Virrey, el estado mayor *y* sus ayudantes; *y* estaba, jugando a las cartas con los grandes, que le facilitaban noticias especiales, el corresponsal de nuestro hermano mayor en la prensa, el *Pioneer,* que era entonces una institución en el país.

He olvidado las fechas, pero no las imágenes, de aquellas vacaciones. Hubo un momento en que nuestro mundo estuvo lleno de resonancias de la teosofía que predicaba Madame Blavatsky a sus seguidores. Mi padre conocía a aquella dama, con quien discutía de asuntos totalmente profanos y que le parecía uno de los impostores más interesantes y faltos de escrúpulos que había visto jamás. Esto, con las experiencias que había vivido mi padre, constituía un gran elogio. No tuve tanta suerte, si bien conocí a curiosos ancianos, un poco idos, que vivían en un clima constante de «fenómenos» manifestados en sus casas. Lo cierto es que el momento auroral de la teosofía arrasó en el *Pioneer*, cuyo director se convirtió en un devoto creyente y usaba el periódico como vehículo de propaganda hasta un punto que crispaba los nervios no sólo de los lectores, sino también de un corrector de pruebas que una vez, a última hora, aderezó un artículo muy exaltado sobre el asunto con la siguiente frase entre corchetes: *«¿Qué se apuestan a que es una vulgar patraña?»* El director se enfadó de un modo muy poco teosófico.

Durante uno de mis descansos en Simia -había vuelto a tener disentería-, me mandaron a recuperarme al camino entre el Himalaya y el Tíbet, con un funcionario enfermo y su mujer. Mi compañía estaba formada por mi criado -el que me había dado de comer en el Estado indígena del que ya he hablado-; Dorothea Darbishoff, *alias* Dolly Bobs, toda una yegua de temperamento; y cuatro porteadores a los que había que atender o sustituir en las paradas. Conocía las estribaciones de las grandes montañas tanto desde Simia como desde Dalhousie, pero nunca me había adentrado por ellas. Fueron para mí una revelación de «todo el poder, la majestad, el dominio y la energía, de ahora y de siempre», tanto por el color como la forma y la naturaleza indescriptible. Algo de todo lo que vi entonces habría de volver en Mm.

El día de regreso a Simia -mis compañeros seguían camino-, mi criado se enzarzó en una pelea con un nuevo cuarteto de porteadores y le hirió el ojo a uno de ellos. A muchísima distancia estábamos del hombre blanco más cercano y no me apetecía nada que me llevaran ante algún pequeño Rajá de las montañas, sabiendo como sabía que los porteadores jurarían todos a una que el ataque lo había ordenado yo. Así que pagué aquella sangre y me retiré estratégicamente; la mayor parte del camino, a pie, porque a Dolly Bobs le mareaban todas las vistas y casi todos los olores del paisaje. Tuve que dejar que los porteadores, que querían un puesto mejor, como los políticos, fuesen delante de mí por el sendero de apenas metro y medio de ancho. Y, como pasa siempre que uno está en apuros, empezó a llover. Mi principal objetivo era hacer el camino de tres días en uno, cosa de unos cuarenta kilómetros. Los porteadores querían escaparse a su pueblo para gastarse su mal ganada plata. Me tocó la desoladora tarea de dirigir una retirada. No creo que aquel día recorriésemos mucho menos de sesenta kilómetros, montes arriba y valles abajo. Pero me sentó bien y me permitió tomar varias botellas de la cerveza fuerte del Ejército al terminar el día en el refugio. El último día una tormenta que había estado tronando por debajo de nosotros alcanzó la cumbre que estábamos atravesando y nos

cayó encima. Nos tiró a todos al suelo y, cuando pude volver a levantar la vista, observé que medio tronco de un pino grande, sajado longitudinalmente como una cerilla con un cortaplumas, caía pendiente abajo por su propio peso. Como el ruido de la tormenta lo invadía todo, la caída del tronco parecía un espectáculo de mimo. Y cuando empezó a dar saltos -tremendos saltos verticales- el efecto fue de puro *delirium tremens.* De todos modos, los porteadores, a quienes sus antecesores les habían contado mis delitos, matizaron que, si los dioses locales habían fallado el fácil blanco que yo les ofrecía, después de todo no debía considerarme desafortunado.

Fue en este viaje donde vi una familia feliz de cuatro osos, que habían salido juntos de paseo y charlaban entre ellos a gritos. Y también me pasé un buen rato contemplando cómo un aguila, unos metros por debajo de mí y con el brillo del sol en las alas, se cernía sobre el valle en forma de mapa donde tenía el nido.

De vuelta a casa, entregué mi criado a su padre, quien fielmente le regañó por haber puesto en peligro al hijo del mío. Lo que no le dije fue que mi criado, musulmán del Punjab, en un primer momento de pánico, se había abrazado a los pies del porteador montañero herido, que no era musulmán, y le pidió que se apiadase. Un criado, precisamente por serlo, tiene su *izzat* -su honor- o, como dicen los chinos, su «rostro». Si preserváis su honor, se os rendirá. Nunca se le debe reñir delante de otros criados, y si os sabe conscientes del significado de las palabras que le proferís, hay palabras o frases que no deben emplearse. Pero a un joven recién llegado de Inglaterra, o a un viejo a cuyo servicio ha envejecido, se les permite todo. En el primer caso puede que el criado diga: «Es muy joven. Esas palabrotas las ha aprendido de su novia». Y no perderá la calma, incluso aunque el amo use la peor jerga de las mujeres. En el segundo caso, el anciano y consciente servidor dirá: «No es nada. Pasamos la juventud juntos. ¡Había que oírlo entonces!»

La recompensa de esta mínima consideración es un servicio de tal calibre que uno lo aceptaba como la cosa más natural... hasta que lo perdía. Mi criado iba todos los meses al banco local a recoger mi sueldo, en monedas, y lo llevaba a casa oculto en el fajín, como todo el mercado sabía. Luego lo ponía en un viejo armario, de donde yo lo sacaba para mis gastos, hasta que se agotaba.

Sin embargo, para su honor profesional era importante presentarme todos los meses la lista de los gastos que había hecho a mi cuenta -petróleo para los faroles de la calesa, cordones de zapatos, hilo para los calcetines, botones que había tenido que coser-, todo escrito en el inglés del mercado por el escritor de cartas de la esquina. El total coincidía, por supuesto, con mi sueldo, y de cada rupia de esta cuenta mi criado llevaba la comisión de Oriente: la decimosexta o la décima parte de cada rupia.

Por lo demás, nunca se me ocurría vestirme solo ni cerrar una puerta interior de la casa -iba a decir cerrar con llave, pero la verdad es que no había cerraduras-. Me tomaba, eso sí, la molestia de meterme en la ropa que sostenían para mí después del baño, y de salir de ella cuando me ayudaban a desvestirme. Y -lujo con el que todavía sueño- me afeitaban antes de que me despertase.

Todo esto hay que contraponerlo al sabor de la fiebre en la boca; el zumbido de la quinina en los oídos; el estado de ánimo soliviantado por el calor hasta casi el límite, pero sólo hasta ahí para no volverse loco; la lenta llegada de la noche en atardeceres insufribles; y, menos soportables todavía, los amaneceres de un calor atroz y rancio, que

eran así la mitad del año.

Cuando mi familia se iba a la montaña y me quedaba solo, el criado de mi padre se quedaba al mando de la casa. En los detalles cotidianos empezaba a notarse uno de los peligros de la vida solitaria. Conforme el número de asistentes al Club disminuía entre abril y mediados de septiembre, los hombres se volvían cada vez más descuidados, hasta que por fin a nuestro secretario le remordía la conciencia y, culpable él mismo, nos llamaba al orden a empellones y nos prohibía cenar en camiseta y pantalón de montar o poco más.

La tentación era mayor en la propia casa, aunque uno sabía que, si rompía con el ritual de vestirse para la última comida del día, perdía su tabla de salvación. (Los caballeros jóvenes de hoy, más tolerantes, consideran esto de vestirse para la cena una afectación comparable a la «corbata del antiguo colegio». Daría mi sueldo de varios meses por el privilegio de desengañarlos.) De esto se ocupaba el mayordomo. «Por el honor de la casa, debe darse una cena. Hace tiempo que el Sahib no invita a comer a sus amigos.» Yo protestaba como un niño penoso. Y él replicaba: «Salvo de los nombres de los invitados del Sahib, de todo me encargo yo». Entonces uno, con desgana, rescataba del olvido a cuatro o cinco compañeros. Se ponían en la mesa lamentables caléndulas marchitas y, con todo un acompañamiento de cristalería, plata y mantelería, se celebraba el rito, y el honor del mayordomo quedaba a salvo durante algún tiempo.

En el Club se despertaban de repente, entre amigos, odios injustificados que enseguida se disipaban como el humo; se recordaban viejos agravios y se repasaban en voz alta; el libro de reclamaciones se llenaba de acusaciones e invenciones. Todo lo cual quedaba en nada cuando llegaban las primeras lluvias. Después de unos tres días de invasión de unas cosas que se arrastraban por el suelo y trepaban por los muebles, interrumpían la partida de billar y casi apagaban las lámparas en que se quemaban, la vida resurgía con la llegada del bendito refrescar del tiempo.

Pero era una vida extraña. Un día, de pronto, en la sala de espera del Club, un hombre le pidió al que tenía al lado que le alcanzara el periódico. «Cójalo usted mismo», fue la respuesta propia del calor. El hombre se levantó, pero, al ir hacia la mesa, se cayó y empezó a retorcerse del primer ataque del cólera. Se lo llevaron a casa, llamaron al médico, y en tres días pasó todas las fases de la enfermedad, incluida la típica pérdida, primero, del color de las encías y, luego, de las encías mismas. Luego se recuperó y le contaba a todo el que se interesaba por él: «Sólo recuerdo que me levanté a por el periódico, pero después le aseguro que no recuerdo nada hasta que Lawrie dijo que ya volvía en mí». Con el tiempo he oído que a veces la vida nos concede ese olvido.

Aunque me libré de los peores horrores, gracias a la presión de mi trabajo, la disponibilidad para leer, el placer de escribir todo lo que se me ocurría, cada vez me derrotaba más el calor y, en cuanto aparecía, se me venía el alma a los pies.

Es el momento adecuado para contar una experiencia «clave» y colocarla al lado de la que me ocurrió en el Club con el ayudante de Voluntarios. Fue una noche de mucho calor, del año 1886 o así, cuando creí que ya no podía más. Entré en la casa vacía al anochecer y sentí que en mi interior no había más que el horror de una gran oscuridad, contra la que seguramente me había pasado varios días luchando; salí a salvo de aquella oscuridad, pero no sé cómo. Muy avanzada la noche, cogí un libro de Walter Besant, que se titulaba *Todos en un bello jardín* y trataba de un joven que quería ser escritor y

descubría las posibilidades que había en las cosas normales que veía. Al final lograba su objetivo. No sé el valor «literario» que desde el punto de vista actual pueda tener el libro. Lo que sé sin duda es que me salvó en un momento de acuciante necesidad personal. Y que, en sucesivas lecturas, se me convirtió en una revelación, una esperanza y una fuente de energía. Yo contaba, me decía a mí mismo, con los mismos dones que el protagonista *y,* al fin *y* al cabo, no tenía que quedarme en la India para siempre. Podía marcharme y medir mis propias fuerzas contra los umbrales de Londres, tan pronto como tuviera algo de dinero. Decidí, pues, ahorrar, ya que me había dado cuenta de que, fuera de mí mismo, no había razones para no hacer lo que creía conveniente. De hecho, de modo esporádico pero sincero, intenté ahorrar y fui perfilando, siempre con ayuda del libro, el sueño de un futuro que me animaba. Se lo debo única y exclusivamente a Walter Besant. Se lo conté cuando nos conocimos. Se rió, se meció en el sillón y pareció agradarle.

Durante el feliz reinado de Kay Robinson, el segundo jefe que tuve, el periódico cambió de formato y de estilo. Esto nos llevó, durante una semana o así, las veinticuatro horas del día y a mí me costó una depresión debida a la falta de sueño. Pero los dos quedamos orgullosos del resultado. Una sección nueva fue el «folletín» diario -parecido al del pequeño *Globe* rosa de la metrópoli-, de poco más de una columna. Naturalmente, la «redacción» tenía que proporcionarlos casi todos y otra vez me vi obligado a «escribir breve».

Todas las curiosidades del mundo exterior pasaban tarde o temprano por nuestro lugar de trabajo: podía ser un capitán recién dado de baja por sus tremendas borracheras, que nos lo contaba con cara de pena, como pidiendo ayuda, y que luego desaparecía. O un hombre que por la edad podía ser mi padre y al que se le saltaban las lágrimas porque en los honores de la *Gazette* había bajado un puesto. O tres miembros del 9° Regimiento de Lanceros, uno de los cuales, compañero mío de colegio, había llegado a general gracias a su campaña en África Oriental durante la Gran Guerra. Los otros dos también eran caballeros de la reserva, de alta graduación. Los hombres que uno conocía allí recorrían, hacia arriba y hacia abajo, todos los peldaños de la miseria y el éxito.

Una noche hubo un idiota que se encontró una víbora medio muerta y la trajo a la cena del Club en un tarro. Uno de los socios la puso en el mantel y se entretuvo con ella un rato hasta que alguien le advirtió que dejara de tocarla. Unas cuantas semanas después, algunos comprendimos que habría sido mejor para aquel hombre seguir haciendo lo que aquella noche le pedía un ánimo premonitorio.

Pero el tiempo fresco lo compensaba todo. La familia volvía a estar junta y, salvo el ucase por el que mi madre les prohibía a sus hombres comer con tomos del *Illustrated London News* encuadernado -reminiscencia salvaje del calor-, todo era maravilloso. Por ejemplo, en la estación buena del 85 hicimos entre los cuatro un anuario de Navidad titulado *Quartette,* del que quedamos muy contentos y que llamó bastante la atención.

(Después, mucho después, se convirtió en «pieza de coleccionista» en el mercado del libro de los Estados Unidos, hasta tal punto emborronó los recuerdos felices de su nacimiento.) En el 85 empecé a escribir una serie de relatos para la *Civil and Military Gazette,* que se titulaban *Cuentos de las colinas.* Los publicaban cada vez que había un hueco que rellenar. En el 86 publiqué también una recopilación de poemas de periódico sobre la vida angloindia, titulada *Canciones coloniales* que, como trataban de cosas que mucha gente conocía y sufría, fueron bien recibidas. Me habían dado permiso, además,

para que enviase colaboraciones, distintas de las que quería nuestro periódico, a otros de fuera, como al *Indigo Planters' Gazette* de Calcuta. Así empecé a darme a conocer incluso en Bengala.

Pero obsérvese la discreción con que iban saliendo las cosas. Hasta el 87, mi trabajó no pasó de la digna oscuridad del rincón de una provincia remota, en una comunidad especializada que no le interesaba a nadie, salvo a sí misma. Yo era como un caballo joven que llevaban a carreras de pueblos pequeños, para que me acostumbrara al ruido y a la gente y me cayera hasta aprender a correr y a no asustarme con el fragor de otros caballos tras de mí. Lo mejor era ir al paso en mi trabajo de oficina, «demasiado bueno para andarse con preguntas», y cuyo sentido -descubrir existencias humanas de toda clase y condición y hacer posible que otros las descubriesen- no me dejaba tiempo para «descubrirme» a mí mismo.

Ésa era la modesta idea que tenía de mi propia posición, al cabo de mis cinco años de virreinato en la pequeña *Civil and Military Gazette. Yo* seguía siendo el cincuenta por ciento del equipo editorial aunque por un momento llegué a tener a alguien a mis órdenes. Pero, alabados sean los dioses, ese lacayo era «literario» y se empeñaba en escribir artículos al estilo de los ensayos de Elia en vez de ceñirse a lo estipulado. Comprendí, para mi pesadumbre, que cualquier loco se cree escritor. A mí me tocaba el trabajo de corregir lo que hacían y darle cierta forma. Cualquier otro loco podía hacer reseñas de libros (yo mismo, en caso de urgencia, había reseñado las últimas obras de un escritor llamado Browning, y lo que mi padre opinó de *aquello* habría sido impublicable). La información en sí era una sección menor, aunque nunca lo reconocíamos. Yo mismo podía traer como reportero una noticia un día y, al día siguiente, como subdirector, tirarla a la papelera sin remordimiento. Me parecía, así, que la diferencia entre mi caso y el de la vulgar multitud que «escribe en los periódicos» era como el abismo que hay entre el cura beneficiado y las damas y caballeros que contribuyen con calabazas y dalias a la fiesta de la cosecha. Decir que sobrevaloraba mi trabajo es quedarse corto, pero tal vez esto me evitaba sobrevalorarme indecorosamente a mí mismo.

En el 87 llegó la orden de trasladarme al *Pioneer,* nuestro hermano mayor de Allahabad, a miles de kilómetros hacia el sur, donde yo iba a tener como mínimo tres compañeros e iba a ser como el niño que llega nuevo a un gran colegio. Pero las provincias del noroeste, tal como eran entonces, en su mayor parte hindúes, me resultaban extrañas. Me había pasado la vida entre musulmanes y uno elige un camino u otro según sus costumbres primeras. El Club, grande y bien decorado, donde el póquer acababa de desbancar al *whist y los* hombres lo jugaban muy serios, estaba lleno de funcionarios aburridos y de una respetabilidad que para mí era insólita. El fuerte, donde las tropas se acuartelaban, tenía su atractivo, pero uno de los bastiones se adentraba en un río muy sagrado y los cadáveres medio incinerados solían encallar justo bajo los cuartos de los alféreces, hasta tal punto que tenían encargado un experto en apartarlos con una pértiga y empujarlos río abajo. En Fort Lahore, al menos, lo peor con que tratábamos era con fantasmas.

Además el *Pioneer* estaba siempre vigilado por el propietario, que pasaba varios meses del año en una casamata cercana. Cierto que yo le debía una oportunidad vital, pero cuando uno ha sido el segundo de a bordo, aunque sea de un crucero de tercera clase, no le gusta a uno tener al almirante permanentemente anclado a pocos metros. Su amor por

el periódico, que en gran medida había creado él mismo con su genio y habilidad, le llevaba a veces a «echar una mano a los muchachos». Entonces el día era de mucho ajetreo (porque ponía y quitaba hasta el último minuto) y respirábamos cuando el periódico lograba alcanzar el correo del sur.

Pero tenía paciencia conmigo, igual que los otros, y gracias a él se me amplió el campo de visión de la «fuente de inspiración exterior». Se iba a hacer una edición semanal del *Pioneer* para la metrópoli. ¿Quería yo dirigirla, aparte de mi trabajo normal? Cómo no iba a querer. Habría narraciones, que la cadena de periódicos daba por entregas y había comprado a las agencias de Inglaterra, cuyos nombres venían al pie. Iban a ocupar toda una gran página. Pero la «intuición del método para hacer mal las cosas» dio el resultado habitual: ¿por qué comprar las entregas de Bret Harte, pregunté, si yo estaba dispuesto a proporcionar puntualmente las de mi propia cosecha? Y así lo hice.

Puede que mi dirección del *Weekly* fuese un poco superficial -al fin *y* al cabo, me limitaba a rehacer *y* reorganizar noticias y artículos-. Tenía la cabeza llena de ideas que me parecían mucho más importantes. Así que llegué a adaptar al espacio fijo no sólo cuentos sencillos de mil doscientas palabras, sino también artículos de tres mil a cinco mil palabras una vez por semana. Es lo que le pasó al joven Lippo Lippi, de quien yo era hijo, cuando miró las paredes vacías de su monasterio al recibir el encargo de pintarlas. «Fue llegar y topar, y elige porque hay más.» Sólo que de verdad.

Supongo que el cambio de aires y de perspectivas precipitó mi vocación. Al principio tuve una experiencia que, en mi ingenuidad, me pareció que se debía a señales de mi Daimon. Debí sobrellevar una carga excesiva con «Gyp», porque se me apareció en escenas tan nítidas como las de un estereoscopio un *autour du mariage* angloindio. La pluma empezó a correr y yo, muy sorprendido, la veía escribir para mí, hasta la madrugada. Bauticé el resultado con el nombre de «La historia de los Gadsbys», y cuando se publicó por vez primera en Inglaterra me felicitaron por mi «conocimiento del mundo». Una vez que se supo de mi indecorosa experiencia, ya no se habló tanto de ese don. Pero, como mi padre me dijo con lealtad: «No estaba tan mal del todo, Ruddy».

-Sea como sea, seguí con el *Weekly* a la vez que con historias de soldados, cuentos indios y cuentos sobre el sexo opuesto. Hubo uno de éstos últimos que, por una duda, le pasé a mi madre, quien lo rompió y me escribió: «No vuelvas a hacerlo». Pero volví a hacerlo y me las arreglé para terminar no del todo mal un cuento titulado «Una comedia sin importancia», en el que trabajé mucho para conseguir cierta «economía de incidencias» y creí haberla conseguido en una frase de menos de doce palabras. Más de cuarenta años después, un francés que les estaba echando un vistazo a mis primeros libros citó esta frase como el *quid* del relato y la clave de su método. Fue un tardío elogio a la «cocina literaria» que agradecí. De este modo empecé a hacer mis propios experimentos sobre los pesos, los colores, el aroma y los atributos de las palabras en su relación con otras palabras, con la lectura en voz alta hasta que sonaban bien, o disponiéndolas en la página de tal modo que atrajesen la mirada. No hay una sola línea de mi poesía o de mi prosa que no haya saboreado hasta suavizarla con la lengua y hasta que la memoria, después de repetirlas mucho en voz alta, haya eliminado lo superfluo.

Estas cosas me tenían ocupado y contento, pero, aparte de eso, me di cuenta de que yo no terminaba de encajar en los planteamientos del *Pioneer y* de que mis superiores opinaban lo mismo. Mi trabajo al frente del *Weekly* no era verdadero periodismo. Mi

Librodot

ligereza al mando de lo que se me había confiado no era bien vista por el Gobierno ni por el oficialismo colonial, del que el *Pioneer* dependía directamente para las noticias confidenciales o las primicias, que obtenía en Simla o en Calcuta nuestro corresponsal-jefe más importante. Supongo que los propietarios consideraron que yo estaba más a salvo si me enviaban fuera que sentado en la redacción, por lo que me mandaron a ver las minas, los molinos, las fábricas de los estados indígenas. En esto creo que llevaban toda la razón. El propietario del periódico en Allahabad tenía que seguir el juego (que le había valido en su momento la condecoración de Caballero) y, hasta cierto punto, mis caprichos podían ponerlo en un aprieto. De hecho, hubo uno que lo puso. El *Pioneer,* en un editorial, aunque con cautela de perro que rastrea a un puercoespín, había insinuado que rozaban el nepotismo algunos de los nombramientos militares que por aquella época había hecho Lord Roberts. Era una proclama apesadumbrada y serena. Mi comentario en verso, que no sé cómo el director llegó a publicar, decía exactamente lo mismo, pero en menos augusto. Sólo recuerdo que terminaba con dos versos descarados:

Y si está molesto el *Pioneer,*
¡qué molesto estará el Lord!

No creo que le gustaran a Lord Roberts, pero me consta que no le molestaron ni la mitad que al dueño del periódico.

Por mi parte, me encontraba en un buen momento para cambiar de vida y, siempre gracias a *Todos en un bello jardín,* sabía en qué sentido. Haber estado tan metido en los relatos del *Pioneer Weekly,* que quería dejar, me había pospuesto los planes; pero cuando, a finales del 88, vi que acababa al fin aquella tremenda racha de trabajo, retomé mi proyecto. Necesitaba dinero. Hice el recuento de mis bienes. Eran: un libro de poemas, ídem de prosa y-gracias al permiso del *Pioneer*- una serie de seis pequeños volúmenes en rústica, de librería de estación, que recopilaban la mayoría de los cuentos que había sacado en el *Weekly, cuyos* derechos bien podría haber reclamado el *Pioneer.* El hombre que entonces dirigía las librerías del ferrocarril de la India era de una raza imaginativa, acostumbrada a arriesgar. Le vendí los seis libros en rústica por doscientas libras y un pequeño tanto por ciento de la venta. Los *Cuentos de las colinas los* vendí por cincuenta libras y no recuerdo cuánto me dio el mismo editor por las *Canciones coloniales.* (Fue la primera y última vez que traté directamente con editores.)

Con la seguridad que me daba esta riqueza, y con seis meses de sueldo de indemnización por despido, dejé la India y me fui a Inglaterra después de pasar por el

Extremo Oriente y los Estados Unidos. Atrás quedaban seis años y medio de trabajo duro y una razonable cantidad de padecimientos. El encargado de desearme suerte fue el administrador, un señor de gran instinto comercial que nunca había ocultado su certeza de que a mí me pagaban demasiado y que, al hacerme las últimas liquidaciones, me dijo: «Créame, a nadie le va a parecer que usted valga más de cuatrocientas rupias al mes». Por simple orgullo debo decir que en aquel momento cobraba setecientas.

Pero el ajuste de cuentas llegó sorprendentemente rápido. Cuando la fama se me vino encima, les empezaron a pedir los originales, con firma o sin firma, que no había recogido en libro; y hubo búsqueda general, en los cajones de desperdicios, de cualquier papel que se pudiera publicar o vender a particulares. Esto frustró mi esperanza de

publicar mis libros de un modo responsable y digno, y produjo confusión. Pero luego me dijeron que el *Pioneer,* con este tráfico de borradores, había ganado tanto como lo que me pagó en sueldos desde que llegué. (Lo que demuestra que es imposible competir con señores de gran instinto comercial.)

Pero no tenemos más remedio que amar aquello por lo que hemos trabajado y con lo que hemos sufrido. Cuando al final el *Pioneer,* el periódico mayor y más prestigioso de la India, que pagaba el veintisiete por ciento a los accionistas, entró en una mala racha y fue a peor todavía como por embrujo, se procedió a venderlo a un sindicato y recibí una carta que empezaba «Suponemos que le interesará saber que», etc, curiosamente me sentí solo *y* desamparado. En cambio mi primer *y* más sincero amor, la pequeña *Civil and Military Gazette,* aguantó el temporal. Aunque sean míos, es cierto lo que dicen estos versos:

Nadie, por más que quiera, se separa
de su primer amor.
Si le dan a elegir, el marinero
vive cerca del mar.

Pastor y feligreses y monarcas,
lo sabéis como yo:
virginidad sólo se pierde una
y allí donde se pierde se queda el corazón.

Y además, en la que fue mi oficina de Lahore hay, o había, una placa con la inscripción de que allí «trabajé». Y Alá sabe que también eso es verdad.

CAPÍTULO 4

EL INTERREGNO

El joven que se aleja cada día
más y más del Oriente...

Wordsworth

Y en el otoño del 98 entré en una especie de sueño dorado al empezar a levantar, como si nada, los magníficos naipes que el destino quería repartirme. Los viejos referentes de mi juventud aún permanecían. Allí estaban mis queridos tíos, la casita de las tres viejas damas y, en un rincón, la figura que junto al fuego escribía tranquilamente su novela con el manuscrito en las rodillas. Fue en una merienda muy sosegada, en este círculo, donde me presentaron a Mary Kingsley, la mujer más valiente que he conocido. Charlamos largo durante el té y después, de camino a casa, seguimos la charla; ella me hablaba de los caníbales del oeste de África y cosas así. Al final, olvidándome del mundo, le dije: «Suba a mi habitación y allí seguimos hablando.» Ella asintió, como lo habría hecho un hombre; y después, como si hubiera recordado algo de repente, dijo: «¡Huy! Se me

olvidaba que soy una mujer, me temo que no debo». Y me di cuenta de que yo iba a tener que redescubrir todo mi mundo.

Algunos -muy pocos- de los que pertenecían a él habían muerto, pero los demás estaban dispuestos a vivir como mínimo veinte años más. Mujeres blancas se levantaban y le servían a uno. Todo era muy precipitado y difícil de entender.

Pero mi haber de libros era bastante conocido en ciertos ámbitos, y era notable la demanda de originales míos. No recuerdo que moviera un solo dedo para conseguir nada: todo me venía. Fui, a invitación suya, a ver a Mowbray Morris, editor del *Macmillan's Magazine,* quien me preguntó qué edad tenía y, cuando le dije que a finales de año iba a cumplir veinticuatro, no se lo podía creer. Se quedó con un cuento indio y con algunos poemas, que, con buen criterio, retocó un poco. Salió todo en el mismo número del *Magazine, lo* uno con mi nombre *y* lo otro con el de «Yussuf». Todo esto me confirmó la sensación, que luego he tenido más veces a lo largo de mi vida, de que «No soy yo, es la misericordia del Señor».

Después me pidieron más cuentos y el editor de la *St. Jame's Gazette* me pidió artículos sueltos con *y* sin firma. Me resultaba más fácil gracias al entrenamiento de los folletines de la *Civil and Military* y, de un modo u otro, me sentía mejor con un periódico bajo el brazo.

En aquella época me hicieron una entrevista para un semanario, y mientras me la hacían tenía la impresión de que no estaba en mi sitio: era yo el que debía estar entrevistando al entrevistador. Poco después, ese mismo semanario me hizo una oferta que no vi oportuno aceptar, y entonces anunció que estaba «empezando a creérmelo». Pero dejando muy claro, eso sí, que los primeros en darme motivos habían sido ellos. Como en ese momento estaba abrumado, por no decir aterrorizado, de la buena suerte que tenía, aquel apunte me dio confianza. Si eso era lo que el mundo exterior pensaba de mí, estupendo. Porque, naturalmente, yo creía que el mundo entero estaba pendiente sólo de mí, igual que cada soldado cree ser el centro de la batalla.

Mientras tanto, había encontrado alojamiento en calle Villiers, en el Strand, donde hace cuarenta y seis años las costumbres *y* las gentes eran primitivas *y* apasionadas. Mi apartamento era pequeño y no demasiado limpio ni bien cuidado, pero desde mi mesa se veía, por la ventana, el teatro de variedades Gatti y, por el montante de abanico de su entrada, casi hasta el escenario. Desde un lado del edificio, los trenes de Charing Cross me atronaban los sueños. Desde el otro, el bullicio del Strand. Frente a la ventana, el Padre Támesis, al pie de la Torre Vieja, con su tráfico para arriba y para abajo.

Al principio andaba tan confundido y me administré tan mal que, durante un tiempo, me encontré con que me debían dinero por encargos que había escrito, pero estaba sin fondos. Toda reclamación de dinero, por muy justificada que esté, deja mala impresión; mi querida tía, o alguna de las tres viejas damas, me lo habrían dado sin dudarlo, pero pedirlo era como reconocer un fracaso nada más empezar. El alquiler estaba pagado, tenía un traje que ponerme y no tenía nada que empeñar salvo una colección de camisas sin marca, compradas una en cada puerto, así que improvisé para arreglármelas con el poco dinero que tenía en el bolsillo.

Mi apartamento estaba encima de un local de Harris el *Rey* de las Salchichas, que, por dos peniques, daba salchichas con puré de patata como para aguantar todo el día, siempre que uno cenara luego con gente amable que no viviera a base de salchichas. Por otros dos

peniques se podía cenar de verdad. También por dos peniques se podía fumar el excelente tabaco de aquella época, si no se aficionaba uno al «Shag», que costaba tres peniques, o le daba por el «Turkish», que costaba seis. Por cuatro peniques se entraba en el Gatti y el precio incluía una cerveza rubia o negra.

Fue allí donde, en compañía de una camarera, anciana pero muy derecha, que trabajaba en un pub cercano, escuché las canciones, incisivas e irresistibles, de los Lion y los Mammoth Comiques y las no menos «incisivas» estridencias de las Bessies & Bellas, a quienes oía discutir con los cocheros, debajo de mi ventana, cuando corrían de un teatro a otro. Alguna vez, una de las cantantes nos deleitó con una versión de viva voz de «lo que acaba de pasarme ahí fuera, aunque ustedes no se lo crean», para después arrancarse con una de sus improvisaciones. ¡Claro que podíamos creérnoslo! Lo más probable era que muchos de los del público hubiéramos sido testigos del jaleo que había habido a la entrada, al llegar ella.

No podía yo ni soñar con imitar esos monólogos, pero el humo, el estruendo y la camaradería relajada del Gatti me dieron la pauta de cierto tipo de canción. Al Soldado Raso de la India me parecía conocerlo bastante bien. Su Hermano Inglés (por lo general, de la Guardia) se sentaba y cantaba a mi lado cualquier noche que yo decidiera ir, y el coro griego eran los comentarios de mi camarera, profunda y desapasionadamente versada en el conocimiento de toda la maldad que veía desde detrás del zinc que se pasaba la vida limpiando. (Años después escribí un poema titulado «María, ten piedad de las mujeres», basado en lo que me contó de «una amiga mía que se equivocó de hombre».) En aquel momento lo que escribí fue el primero de unos poemas llamados «Baladas de cuartel» que le mostré a Henley, del *Scots* -lo que luego fue el *National Observer-, y* me pidió más. Y así pasé a ser, durante un tiempo, uno de los afortunados que se reunían en un pequeño restaurante cerca de Leicester Square a arreglar el mundo literario hasta las tantas de la madrugada.

Admiraba mucho el verso y la prosa de Henley. Si fuera posible un comercio así en una próxima vida, de buena gana daría gran parte de lo que he escrito por un solo pensamiento, glosa, evocación o como se le quiera llamar, de los que escribió acerca de *Las mil y una noches* en un pequeño libro de ensayos y reseñas.

Por lo que respecta a su verso libre, una vez, con la ayuda de un poco de Chianti, saqué a relucir la vieja idea de que el verso libre era como pescar con anzuelos sin punta. La respuesta fue inmediata: «Lo importante es la cadencia». Tenía razón; pero, para mí, sólo él la dominaba, como Maestro Artesano que se había pagado el aprendizaje.

Los defectos de Henley los sacaron a la luz amigos queridos suyos y, por supuesto, después de morir él. Yo tuve la suerte de conocer sólo al Henley amable, generoso, joya de editor capaz de destacar lo mejor de su cuadra con palabras que asombraban al más pintado. Mostraba, además, un desprecio integral hacia Gladstone y todo tipo de liberalismo. Un comité de investigación gubernamental examinaba en aquellos días un caso clarísimo de asesinato entre miembros de la Liga Irlandesa y había exculpado a toda la cuadrilla. Escribí, sobre eso, un poema nada comedido que titulé «¡Inocentes!», que al principio el *Times* parecía dispuesto a publicar, pero después rechazó. Me recomendaron que lo llevara a una revista mensual de variedades editada por un tal Frank Harris, que resultó ser el único ser humano con quien era imposible que me llevara bien. También él se espantó de los poemas. Se los mandé entonces a Henley, que como no tenía el más

mínimo sentido de la decencia política los publicó en su *Observer*. Tras un prudente intervalo, el *Times los* sacó completos. Esto me recordaba mucho algunas de mis experiencias en la India y me dio todavía más confianza.

Para mi orgullo resulté elegido miembro del club Savile -«El pequeño Savile», que entonces estaba en Picadilly- y el día de mi presentación cené nada menos que con Hardy y con Walter Besant. Aquel día se acrecentó mi gratitud a Besant, y recordaréis que ya le debía bastante. Su opinión particular sobre los editores le estaba haciendo fundar, si no la había fundado ya, la Sociedad de Autores. Me aconsejó que tuviera un agente literario y me mandó al suyo propio: A. P Watt, que tenía un hijo de mi edad. El padre tomó las riendas de mis asuntos inmediata y muy sabiamente y, al morir, su hijo lo sucedió. No recuerdo que en más de cuarenta años tuviéramos ninguna diferencia que no se solucionara con tres minutos de conversación. Esto también se lo debí a Besant.

Pero su bondad no acababa ahí. Con aquella barba que era como de escarcha y aquellos anteojos que centelleaban, se sentaba a hablar sabiamente de lo incomprensible que era el mundo nuevo. Había buena conversación en el Savile. Gran parte de ella era el desconsiderado toma y daca del taller cuando los modelos ya se han ido y se despelleja a los maestros y se critican todas las tendencias menos la propia. Pero Besant veía más lejos y me recomendó «no andar a la greña». Me dijo que si me unía a un grupo tendría que separarme del otro y que al final todo acaba como «en los colegios de niñas, que se sacan la lengua unas a otras al pasar»: también en eso tenía razón. Señores de una edad muy respetable malbarataban su energía y su buen nombre en contar «intrigas» contra ellos y en hablar de quienes les habían apuñalado y de aquéllos a quienes ellos querían apuñalar. (Me recordaban un poco a los funcionarios jubilados que, en mi antigua oficina, lloraban por no haber recibido los honores que esperaban.) Parecía que lo mejor era quedarse al margen. Por esta razón no he criticado nunca, ni directa ni indirectamente, la obra de ningún compañero de oficio, ni animado a ningún hombre o mujer a que lo hiciera, como tampoco he abordado a nadie que se pudiera ver en la obligación de comentar lo mío. Mi relación con los contemporáneos ha sido, desde el principio hasta el final, muy limitada.

Del «pequeño Savile» recuerdo mucha amabilidad y tolerancia. Estaba, por supuesto, Gosse, con susceptibilidad felina para detectar el ambiente que había, pero muy valiente cuando se trataba de defender la buena literatura; el humor grave y amargo de Hardy; Andrew Lang, solitario en apariencia, pero -había que conocerlo en eso- más amable con uno cuando más distanciado parecía; Eustace Balfour, grande y adorable, y uno de los contertulios más amenos, que murió demasiado pronto; Rider Haggard, a quien le tomé cariño enseguida, porque era la clase de persona que desde el primer momento despierta admiración en los niños y desde el primer momento inspira confianza a los mayores, y contaba chistes, la mayoría sobre sí mismo, con los que nos partíamos de risa; Saintsbury, un monumento a la sabiduría y genialidad, a quien reverenciaré toda mi vida: un intelectual de verdad, que también dominaba el arte de la buena vida. Recuerdo un desayuno en el Albany, con él y con Walter Pollock, *del Saturday Review,* para el que trajo una exquisitez oriental especialmente endemoniada que cocinamos al fuego de nuestra ignorancia común. ¡Estaba estupenda! Nunca sabré por qué aquellos dos hombres se tomaron la molestia de reparar en mi existencia; sólo sé que terminé fiándome del todo del juicio de Saintsbury cuando se trataba de las cuestiones mayores de técnica literaria.

Hacia el final de su vida, me fue de gran ayuda en el ensayo «Las pruebas de la Sagrada Escritura», que habría sido en vano sin sus libros. Lo conocí en Bath, cuando preparaba, con erudición sólo comparable a su seriedad, la bodega de la Casa de Muñecas de la Reina. Sacó una botella de Tokay auténtico, que probé, y me lucí cuando dije que me sabía a vino medicinal. Cierto que se limitó a llamarme blasfemo, pero lo que pensó prefiero no imaginármelo.

Había cantidad de hombres buenos en el Savile, pero la peculiaridad y el rostro de los que he nombrado son los que más fácilmente me vienen a la memoria.

Mi vida en casa -había un abismo entre Picadilly y la calle Villiers- era diferente, en la sorpresa constante de aquellos primeros meses de mi vuelta a Inglaterra. Ese período fue en su totalidad, como ya he dicho, un sueño en el. que me sentía capaz de mover montañas, invadir fortalezas y andar sobre las aguas. Y sin embargo era tan ignorante que no sabía que, cuando la niebla envolvía Londres, había trenes que podían llevarme a la luz y al sol de unos cuantos kilómetros a las afueras. Una vez, me pasé cinco días sin ver por la ventana nada más que mi cara en el espejo negro como el azabache del cristal. Cuando la niebla se disipó un poco, me asomé y vi a un hombre de pie enfrente del pub donde trabajaba la camarera. A aquel hombre, de pronto, se le puso el pecho de un rojo claro, como el de un petirrojo, y se cayó al suelo, porque se acababa de clavar un cuchillo en el cuello. En pocos minutos, más bien segundos, llegó una ambulancia y se llevó el cadáver. Un empleado de por allí echó un cubo de agua hirviendo que hizo correr la sangre hacia la alcantarilla y los curiosos que se había agolpado se dispersaron.

Uno llegaba a familiarizarse con aquella ambulancia (que venía de algún lugar a la espalda de St. Clement Danes) y con la policía de la división Este, incluso en Picadilly Circus, donde, en cualquier momento, después de las diez y media de la noche, podía verse a las fuerzas de orden público en litigio con las «señoras». Y por entre todo el trajín y el griterío de las prostitutas se abrían camino, de vuelta del teatro, el pío propietario inglés y su familia, con la mirada fija al frente, como quien no ha visto nada.

En mi casa vivía también, entre otros, uno de los Lions Comiques del Gatti. Un artista con una idea muy clara de lo que era el arte. Según él, «había que enganchar al público» (lo de «transmitir mensaje» vendría más tarde) «pero, aparte de eso, un hombre necesita tener donde agarrarse y yo lo tendría, si no fuera por el maldito whisky, pero, si me lo quitan, la vida es un pajolero lío». Y la mía sin duda lo era; pero, en buena medida, mi entrenamiento en la India me servía de escudo.

No paraban de asegurarme, tanto de viva voz como en recortes de prensa -que son una droga que no recomiendo a los jóvenes-, que «desde Dickens no se había visto nada» comparable a «mi meteórica llegada a la fama», etc. (Pero estaba vacunado, si no inmune, contra lo más rotundos comentarios de prensa.) Y ahí estaba mi retrato, que se iba a pintar para la Real Academia, en prueba de mi notoriedad. (Sólo que me opuse, como un mahometano, a que me retrataran, por temor al mal de ojo, y así conseguí que el bombo no fuera excesivo.) Y ahí estaban los montones de cartas con opiniones de todo tipo. (Si las hubiera contestado todas habría sido como volver a mi antigua mesa de trabajo.) Y allí estaban las proposiciones de «cierta gente importante», pesada y sin escrúpulos como tratantes de caballos, que me decían que «tenía la pelota a los pies» y que sólo tenía que darle la patada -que consistía en repetir la misma canción y en llevar por caminos imposibles a personajes que ya había «creado»- para lograr todas clase de fines

apetecibles. Pero en mi mundo anterior había visto malearse y quedarse atrás a hombres, lo mismo que a caballos. Lo único que estaba claro en aquel embrollo era que estaba ganando dinero, mucho más de cuatrocientas rupias al mes, y cuando mi cartilla me dijo que tenía ahorradas mil libras justas, no cabía de felicidad en el Strand. Había planeado un libro «para aprovechar la coyuntura del mercado». Tuve el buen sentido suficiente para desechar la idea. Lo que más necesitaba era que mi familia viniera y viese lo que estaba siendo de su hijo. Lo hicieron, en una visita relámpago, y mi «pajolero lío» tuvo algo de sentido.

Como siempre, parecían no aconsejar nada ni meterse en nada, pero allí estaban los dos, mi padre con la actitud sagaz y sabia de los de Yorkshire y mi madre, celta por los cuatro costados y llena de pasión. Ambos, tan inmensamente comprensivos que, salvo cuando se trataba de asuntos menores, apenas si necesitábamos palabras.

Creo que puedo decir, en honor a la verdad, que ellos eran el único público por el que en aquel entonces sentía algún respeto. Y así fue hasta que murieron, cuando yo ya tenía cuarenta y cinco años. Su visita facilitó las cosas y me confirmó algo que llevaba tiempo barruntando: parecía bastante fácil «enganchar al público», pero ¿qué se conseguía, aparte de acalorarse en el intento? (No caí en que mis dos abuelos habían sido ministros hasta que la familia me lo recordó.) Había estado trabajando en el borrador de un poema que más tarde se llamó «La bandera inglesa» y me había atascado en un verso que tenía que ser clave pero se empeñaba en quedar «flojo». Como era normal entre nosotros, pregunté, como hablando conmigo mismo: *¿qué* es lo que quiero decir? Al instante, mi madre -movía mucho las manos al hablardijo: «Lo que intentas expresar es: "¿Qué saben de Inglaterra los que sólo conocen Inglaterra?"». Mi padre lo confirmó. El resto del poema me fue fácil: no eran más que imágenes vistas, como si dijéramos, desde la cubierta de un barco que casi navegaba solo.

En las siguientes conversaciones les expuse mi idea de intentar contarles a los ingleses algo sobre el mundo de fuera de Inglaterra, no directamente, sino de una manera implícita.

Lo comprendieron, y sin dejarme acabar mi madre resumió: «Ya sé: "Les descubrió su nido de cisne entre los juncos." Gracias por hacérnoslo saber, hijo.» La cuestión quedó así zanjada, y cuando Lord Tennyson (a quien no tuve, ay, la suerte de conocer) expresó su aprobación del poema al publicarse, lo tomé como señal de buena suerte. A mucha gente que no tiene más remedio que hacer un trabajo en concreto, se le desarrolla una facilidad técnica que le da ventaja sobre otros compañeros menos preparados. Mi trabajo en las redacciones de los periódicos me había enseñado a concebir una idea al detalle, quedármela en la cabeza y trabajar en ella, fragmento a fragmento, en cualquier lugar. La aglomeración y el traqueteo de los antiguos autobuses tirados por caballos habían acunado muy bien ese tipo de cavilación. Poco a poco la idea original crecía hasta convertirse en un largo y vago esquema -o catálogo de almacén militar, si se quiere- del alcance total y significado de las cosas y los esfuerzos y los orígenes a lo largo y ancho del Imperio. Concebía la idea, igual que hago con casi todas, bajo especie de semicírculo de edificios y templos destacados sobre un mar, pero de sueños. Fuese como fuese, una vez que lo tenía todo en la cabeza, dejaba de sentir la necesidad de «enganchar al público» en abstracto.

De la misma manera, en mis paseos más allá de la calle Villiers, había conocido a

algunos hombres y a alguna que otra mujer por los que no sentía el más mínimo afecto. Hablaban demasiado bajo o demasiado alto y se dedicaban a perniciosas variedades de sedición con tal de quedar siempre a salvo. La mayoría parecía suministrar lujos a una aristocracia cuya destrucción proclamaban a voz en grito desear. Se mofaban de mis pobres dioses orientales y aseguraban que los violentos ingleses de la India se pasaban la vida «oprimiendo» a los indígenas. (Esto lo decían en un país donde las niñas blancas de dieciséis años, por entre doce y catorce libras de salario anual, subían cuatro plantas con quince o veinte litros de agua para el baño, en un solo viaje.)

Hasta el más sutil de ellos tenía planes, que me contaban, de «quitarle a Inglaterra las armas cuando no esté mirando -como un niño travieso- para que cuando quiera pelear se dé cuenta de que no puede.» (Desde entonces se ha llegado lejos por ese camino.) Por lo demás su objetivo era la penetración intelectual *y* pacífica *y* la creación, en cuchitriles sin ventilación, de lo que hoy se llamarían «células». En colaboración con esa clase acomodada había multitud de liberales mitad largos de miras, mitad largos de lengua, que daban consejos trufados de eslóganes muy nobles pero disgregadores, y se preocupaban de vivir pero que muy bien. Les seguían el juego varios periódicos, nada mal escritos por cierto, que tenían una habilidad envidiable para enturbiar o tergiversar todo lo que no convenía a sus biliosas doctrinas. Tal y como yo la veía, la situación general prometía un interesante «andar a la greña» en que no tenía que tomar parte activa, porque, pasado el primer momento de esplendor, mi trabajo habitual parecía tener el don de escarnecer *per se* justo a la gente que menos me gustaba. Y además tuve la suerte de que no se me tomara en serio durante algún tiempo. Se hablaba, razonablemente, de peleas y adhesiones; y aquel genio, J. K. S., hermano de Herbert Stephen, se encargó de Rider Haggard y de mí en un epigrama que habría dado cualquier cosa por haber escrito yo mismo. En él se pedía que llegaran días mejores en que

> Se deje de admirar
> el talento de un Asno
> y las pifias excéntricas
> que comete un muchacho.
> Y, juntos, pelma y joven
> callen amordazados.
> No arrullará más Kipling
> y no hará el ridi Haggard.

Recorrió jocosamente los periódicos y todavía queda algún eco. Como le advertí a Haggard, puede que su aroma perdure cuando se haya olvidado todo menos nuestros curiosos nombres.

Algunos críticos irreprochables también me echaron una mano con su teoría de que había llegado a donde estaba sólo por una serie de golpes de suerte. Hubo uno muy amable que se tomó, incluso, algunas molestias, incluida una buena cena, para comprobar personalmente «lo que yo había leído». No tuve más remedio que confirmar sus peores sospechas, porque ya me habían «pescado» de esa manera, una vez, en el Club del Punjab, hasta que mi examinador se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo y me persiguió por todo el recinto. (A los jóvenes hay que tenerles mucho respeto. Cuando se

enfadan, tienen poco que perder.)

Pero con todo aquel jaleo de trabajo hecho o previsto, encargos, distracciones, emociones y confusiones de todo tipo, mi salud se volvió a resentir. En la India había caído enfermo dos veces, como consecuencia directa del exceso de trabajo más las fiebres y la disentería, pero esta vez la desidia y la depresión dieron lugar a una gripe auténtica, durante la cual todos mis microbios indios se cogieron de las manos para cantar a coro durante un mes en la oscuridad de la calle Villiers.

Así que me embarqué para Italia, donde coincidí con Lord Dufferin, el embajador inglés, que había sido virrey de la India y había conocido a mi familia. Yo, además, había escrito un poema llamado «La canción de las mujeres» sobre la dedicación de la señora Dufferin a la maternidad de la mujer india, que les gustó a los dos. Él era la amabilidad personificada y me hospedó en su villa cerca de Nápoles, donde un día, al caer la tarde, habló -al principio dirigiéndose a mí y después como en sueños- de su trabajo en la India, Canadá y el mundo entero. Yo había visto la maquinaria administrativa desde abajo, tal cual, recalentada, pero era la primera vez que escuchaba a alguien que la había controlado desde arriba. Y al contrario que la mayoría de los virreyes, Lord Dufferin *sabía.* De todas sus revelaciones *y* recuerdos, la frase que más grabada se me ha quedado es: «Así que, ya ve usted, no hay lugar (¿o dijo autorización?) para las buenas intenciones en el trabajo de uno.»

Italia, sin embargo, no era suficiente. Lo que yo necesitaba era poner tierra por medio y reordenarme. En aquellos tiempos no se hacían cruceros, pero deposité mi confianza en Cook, porque el gran J. M. en persona -el de los labios apretados y la ceja levantada- había sido huésped de mi padre en Lahore mientras negociaba con el gobierno de la India su deseo de encargarse de la peregrinación anual a la Meca. De haberlo conseguido se habrían salvado muchas vidas y quizá se habrían evitado una o dos guerras. En sus oficinas estudiaron con amabilidad mis planes y las conexiones entre los distintos vapores.

Primero navegué hasta Ciudad del Cabo en un gigantesco transatlántico de tres mil toneladas llamado *The Moor,* sin saber que me llevaba allí el Destino. A bordo conocí a un capitán que iba tomar posesión en Simonstown y que en Madeira habría deseado pasar los dos años de su nombramiento hasta arriba de vino. Lo acompañé durante un día muy movido y una noche más movida todavía, que pusieron los cimientos de una amistad para siempre.

En 1891 Ciudad del Cabo era un lugar pequeño, soñoliento y descuidado, en el que todavía daban al pavimento las balaustradas de algunas casas holandesas antiguas. Alguna que otra vaca se paseaba por las calles principales, que estaban llenas de negros como los que mi aya me había enseñado que tenían el pelo rizado y dormían en una postura tal que a los demonios les resultaba fácil entrar en sus cuerpos. Pero también había muchos malayos que eran musulmanes peculiares, con sus propias mezquitas y cuyas mujeres, vestidas de mil colores, vendían flores en los bordillos de las aceras y se dedicaban a lavar.

El seco olor a especias de la tierra y la limpia bofetada del sol me fueron devolviendo la salud. El capitán me presentó en la sociedad naval de Simonstown, donde el viento del suroeste sopla cinco días a la semana y el almirante de la estación de Ciudad del Cabo vivía espléndidamente con al menos un par de tortugas marinas vivas que ataba al final

del pequeño embarcadero de madera para que nadaran hasta estar listas para hacercon ellas sopa de tortuga. Me fascinaba el club naval y las historias que contaban los oficiales jóvenes. Fue allí donde presencié una de las mayores trifulcas que he visto en mi vida. Se armó por una amable sugerencia hecha a un teniente de navío recién ascendido: había que apartar un poco el mastelero de proa de una cañonera de juguete que tenía. Y la discusión acabó con todos los muebles cambiados de sitio. (¿Quién iba a decirme que a los pocos años conocería Simonstown como la palma de mi mano y que le dedicaría buena parte de mi vida y de mi amor a la gloriosa tierra que la rodea?)

Después de un almuerzo de despedida entre ráfagas de arena blanca que tiraban al suelo hasta a los indígenas, y donde un mono airado bajó de las rocas y al pararse se quedó metido hasta la cintura en un lecho de azucenas, mi capitán y yo nos separamos. «Nos veremos», me dijo el capitán, «y, si alguna vez quiere ir de crucero, no tiene más que decírmelo.»

Unos días antes de partir para Australia almorcé, en un restaurante de la calle Adderley, al lado de tres hombres. Me dijeron que uno de ellos era Cecil Rhodes, de quien, en el *Moor,* no se había parado de hablar en todo el viaje. No se me ocurrió acercarme a charlar con él, y a menudo me he preguntado por qué.

El segundo barco se llamaba *The Doric,* iba medio vacío y se pasó veinticuatro días seguidos, con sus noches, casi consiguiendo llenar de agua sus barcazas en un balanceo y vaciarlas en el siguiente contra las escotillas del salón. Tanto el cielo como el mar aparecían grises y desolados en aquella difícil travesía a Melbourne. Poco después me encontraba en una tierra nueva, con olores nuevos y entre gente que insistía, para mi gusto demasiado, en que ellos también eran «nuevos». Nadie es nuevo en este mundo tan viejo.

El periódico más importante me hizo el gran honor de enviarme a la Copa de Melbourne, pero yo ya había hecho antes información de carreras y sabía que no era lo mío. Me interesaba más la gente de mediana edad que había dedicado su vida a fundar y administrar el país. Hablaban entre ellos sin rodeos y usaban una jerga política que para mí era nueva. Se aprendía más, como suele suceder, de lo que se decían unos a otros, o de lo que daban por supuesto, que de cien preguntas que se le hubieran hecho. Una noche de calor, asistí a un congreso en que el partido laborista debatió si los botes salvavidas que tanto se necesitaban debían comprársele a Inglaterra o el pedido debía posponerse hasta que los botes pudieran construirse en Australia siguiendo un criterio laborista y a precios laboristas.

A partir de ese momento mis recuerdos de Australia son una mezcla de trenes en que se pasaba, a horas intempestivas, de un ancho de vía estatal demasiado exclusivo a otro; inmensos cielos y primitivas salas de recreo en las que bebía té caliente y comía carne de oveja mientras que de vez en cuando un aire cálido, parecido al *loo* del Punjab, era un fragor que irrumpía desde el vacío. Me pareció un país difícil, al que hacían aún más difícil sus habitantes, quienes, quizá por el calor, siempre parecían tener los nervios a flor de piel.

Estuve también en Sidney, ciudad llena de multitudes ociosas en mangas de camisa y de picnic todo el día. Decían ser nuevos y jóvenes, pero que algún día harían cosas maravillosas, y vaya si cumplieron la promesa. Después fui a Hobart, en Tasmania, a presentar mis respetos a Sir George Grey, que había sido gobernador de Ciudad del Cabo

en los días de la rebelión. Era muy viejo y sabio y previsor y tenía la amabilidad de los que, de un modo u otro, son fuertes.

Me fui luego a Nueva Zelanda, en un vapor (se cruzaban siempre los grandes océanos en embarcaciones costeras, pequeñas e inseguras) y en Wellington vi, justo donde me avisaron que iba a aparecer, el delfín de manchas blancas que se había impuesto la obligación de escoltar los barcos hasta el puerto. Estaba protegido por el Gobierno, que lo consideraba sagrado, pero años después algún bestia lo hirió de un disparo y no se le volvió a ver.

Wellington me reveló otro mundo de gente amable, gente que era, o me parecía, más homogénea que los australianos. Eran altos, de pestañas largas y extraordinariamente bien parecidos. Puede que no fuese objetivo, y es que lo menos diez guapas muchachas me dieron un paseo en gran canoa, a la luz de la luna, por las aguas quietas del puerto de Wellington y en general todo el mundo se desvivía por ayudarme, enseñarme, distraerme o para que me sintiera a gusto. De hecho, siempre ha sido así. Por eso no es mérito mío que en mi obra salgan muchos detalles concretos. Un amigo me acusó, hace mucho tiempo, de haber disfrutado de «salario de príncipe *y* trato de embajador» *y* de no saber apreciarlo; me llegó a llamar, entre otras cosas, «perro ingrato». Pero, ¿qué podría haber hecho -os pregunto- que no fuese continuar mi obra e intentar que siguiera agradando a quienes la encontraban agradable? No se puede pagar lo impagable a base de sonrisas y apretones de mano.

Desde Wellington fui al norte en dirección a Auckland en un coche tirado por una pequeña yegua gris y con un conductor de lo más taciturno. Se iba por el monte y acababa de haber lluvias. Cruzamos veintitrés veces en un día un río desbordado y salimos a las grandes llanuras donde los caballos salvajes se nos quedaban mirando y se enredaban las patas en las largas crines y daban coces y relinchaban. En una de las paradas que hicimos me dieron de comer un pájaro asado con la piel crujiente como la del cerdo, y sin alas ni señal de haberlas tenido. Era un kiwi, un áptero. Tendría que haber guardado su esqueleto, pues muy pocas personas se han comido un áptero. Luego el cochero estalló -eso mismo lo había visto yo otras veces en lugares apartados- como a veces les pasa a los solitarios: vimos un cráneo de caballo al borde del camino y empezó a soltar blasfemias terribles pero sin pasión alguna; llevaba, decía, mucho tiempo viendo aquel cráneo al pasar a caballo o en coche. Y en eso veía que estaba condenado a que le ocurriera siempre lo mismo, y por qué demonios venía yo a hablarle de tantos lugares extranjeros y lejanos como había visto. Pese a todo, me pidió que le siguiera contando.

Había acariciado la idea de ir desde Auckland a Samoa, a visitar a Robert Louis Stevenson, que me había hecho el honor de hablarme por carta de mis cuentos. Es más, yo era Maestro de la Logia R. L. S. Aún hoy creo que pasaría ampliamente la prueba oral o escrita sobre *La caja equivocada,* que, como sabe cualquier miembro, es el libro de iniciación. La primera vez que lo leí fue en un hotel pequeño de Boston, en el 89, donde un camarero negro estuvo a punto de echarme del comedor por farfullar sobre la comida.

Pero Auckland, tranquila y adorable al sol, parecía el final del viaje organizado, porque el capitán del barco frutero que podía o no ir a Samoa según el momento estaba tan aplicadamente borracho que decidí encaminarme hacia el sur y volver a la India. Lo único que me llevé de la magia de Auckland fue el rostro y la voz de una mujer que me puso una cerveza en un pequeño hotel. Aquel rostro y aquella voz se me quedaron en

algún rincón de la memoria hasta que a los diez años, en un tren de cercanías de las afueras de Ciudad del Cabo, oí a un oficialillo de Simonstown hablarle a su acompañante acerca una mujer neozelandesa que «nunca tuvo reparos en ayudar a un desprotegido ni en pisar un escorpión». Fueron esas palabras -de la misma manera que al sacar un tronco de una pila se viene toda abajo- las que me despertaron la clave de aquel rostro y aquella voz de Auckland, que me inspiraron un cuento llamado «La señora Bathurs», cuento que salió fluido, suave y ordenado como los troncos flotan río abajo.

En otro pequeño vapor, por mares más fríos y revueltos, llegué a Isla Sur, habitada principalmente por escoceses, su ganado y un viento de mil demonios. Salimos de ella desde el Faro del Fin del Mundo, Invercargill, una tarde oscura y de borrasca en que el general Booth, del Ejército de Salvación, subió a bordo. Lo vi, al anochecer, dar vueltas por el embarcadero, que era bastante inestable, y con la capa vuelta hacia arriba, como un tulipán, sobre el pelo gris, mientras tocaba un pandero ante la multitud que se había congregado para despedirlo con llantos, canciones y oraciones.

Zarpamos y enseguida estábamos en el Pacífico Sur. Nos pasamos casi una semana dando bandazos de lado a lado del barco, se partió la popa y el pequeño salón se llenó de un palmo o dos de agua. No recuerdo que se comiese a hora fija. El camarote del general estaba cerca del mío y, en los intervalos entre los golpes de arriba y las cataratas de abajo, se le oía roncar como un elefante herido, y es que en todos los sentidos era un hombre grande.

No volví a verlo hasta que subí al P & O de Colombo a Adelaida, que resultó estar también bajo su mando. En éste todo el mundo desembarcaba en botes de remos y en barcas pequeñas, para acelerar la llegada a la India. Él daba órdenes desde la cubierta de arriba y un gesto suyo con el brazo extendido -lo bajaba, autoritario, una y otra vez- me llamó la atención, hasta que vi que una mujer acurrucada en el tambor de ruedas del barco tenía las enaguas levantadas por encima de la rodilla. En aquella época la mujer decente iba vestida del cuello al empeine. Enseguida se dio cuenta de qué era lo que le molestaba al general, se ajustó la falda *y* aquí paz *y* después gloria. Hablé mucho con el general Booth durante aquel viaje y, como el joven imbécil que yo era, le hice saber lo que me había parecido su actuación en el muelle de Invercargill. «Jovencito», me respondió frunciendo el ceño, «si tuviera que andar con las manos y tocar el pandero con los pies para ganarle al Señor un solo espíritu, aprendería a hacerlo».

Tenía todo el derecho del mundo («si del modo que sea puedo salvar a algunos») y tuve la honradez de pedirle disculpas. Me habló de los comienzos de su misión y de cómo podía terminar en la cárcel si sus cuentas eran sometidas a algún tipo de inspección oficial; y de cómo su trabajo *tenía* que ser el despotismo unipersonal, supervisado sólo por el Señor. (Algo muy parecido dijo san Pablo y, sin duda, Mahoma.)

«Entonces -le pregunté- ¿por qué no impide que las chicas de su Ejército de Salvación se vayan a la India, a vivir solas entre los indígenas y al estilo de los indígenas?». Y le conté un poco cómo se vive en los pueblos de la India. La defensa del déspota fue muy humana: «Pero, ¿qué puedo hacer yo? -replicó-. Las chicas se van a ir de todos modos, es imposible impedírselo.»

Creo que esta llamarada inicial de entusiasmo se racionalizó más tarde, pero no antes de que algunas vidas se malograran. Le tuve gran respeto y admiración a este hombre que tenía la cabeza de Isaías y el fuego de Mahoma, pero, como éste último, estaba bastante

confundido con respecto a las mujeres. La siguiente vez que nos vimos fue en Oxford, donde estaban entregando los títulos. Se dirigió a mí con su toga de doctor, que le daba majestuosidad, y me dijo: «¿Qué tal va su alma, jovencito?»

Siempre he apreciado al Ejército de Salvación, cuyo trabajo fuera de Inglaterra he tenido ocasión de ver en parte. Es, claro, el blanco de todas las objeciones que puedan poner la ciencia y las creencias tradicionales, pero me imagino que cuando un espíritu se concibe como renacido debe soportar agonías nada científicas ni tradicionales. Haggard, que había trabajado con él y para el Ejército en varias ocasiones, me dijo que no hay nada comparable a viajar bajo su cuidado, aunque sea por el simple lujo de su asistencia, amabilidad y buena voluntad.

Desde Colombo pasé al extremo sur de la India, que no conocía, y estuve cuatro días con sus noches en la panza de un tren donde no entendía ni una palabra de la lengua que se hablaba. Después vino el norte abierto y Lahore, donde iba a pasar unos días visitando a mi familia. Estaban a punto de volverse para siempre a Inglaterra; así que era mi última visita al único hogar de verdad que hasta entonces había tenido.

CAPÍTULO 5

LA COMISIÓN DE PRESUPUESTOS

Después a Bombay, donde mi aya, tan vieja pero tan poco cambiada, me recibió con lágrimas y bendiciones; y después a Londres, a contraer matrimonio en enero del 92, en medio de una epidemia de gripe tan grande que los enterradores se había quedado sin caballos negros y los muertos tenían que conformarse con caballos marrones. Los vivos estaban casi todos en cama. (Todavía no sabíamos que aquella epidemia era el primer aviso de que la peste, que llevaba generaciones olvidada, estaba saliendo de la China.)

Todo esto me afectó como habría afectado a cualquier joven: mi mayor preocupación era salir del foco de la epidemia lo antes posible, porque ¿acaso no era yo una persona importante?, ¿es que no tenía varios miles -por lo menos dos- de libras puestas a plazo fijo?, ¿y no me había aconsejado el mismísimo director del banco que invirtiera parte de mi «capital» en acciones? Pero yo preferí invertir, una vez más, en billetes de la Cook -ahora para dos- y hacer un viaje alrededor del mundo. Todo planeado hasta el último detalle.

Nos casamos en la iglesia con campanario en forma de lápiz de Langham Place, y los únicos invitados fueron Goose, Henry James y mi primo Ambrose Poynter. Para escándalo del pertiguero, nada más salir de la iglesia mi mujer se fue a casa de su madre a darle las medicinas y yo a un desayuno de celebración de la boda, con Ambrose Poynter. Al volver a recogerla vi en la calle, bajo la lluvia, un encarte de periódico que anunciaba, como era costumbre en aquellos tiempos felices, mi matrimonio, lo que me hizo sentirme incómodo e indefenso.

Unos días después estábamos ya en la alfombra mágica que nos iba a llevar alrededor del mundo, empezando por un Canadá totalmente nevado. Uno de los regalos de boda había sido un generoso frasco lleno de whisky pero con un problema de incontinencia: goteó en la maleta, entre las camisas de franela, y perfumó el vagón entero antes de que

descubriéramos la causa. Todos los pasajeros estaban ya apiadándose de la pobre chiquilla que había unido su vida a la de aquel desvergonzado alcohólico. Y en ese ambiente irreal, inocentes de nosotros, llegamos a Vancouver, donde pensando en el futuro y como muestra de lo ricos que éramos compramos, o eso creíamos, ocho hectáreas de un páramo llamado Vancouver Norte, hoy parte de la ciudad. Sólo años después vimos que había gato encerrado y, después de pagar impuestos por el terreno durante tanto tiempo, nos enteramos de que pertenecía a otra persona. El único consuelo que recibimos de los sonrientes habitantes de Vancouver fue: «Se lo compraron a Steve, ¿no? Ja, ja. ¡A Steve! No tendrían que haberle comprado nada a Steve, no, a Steve no.» Y así el bueno de Steve nos enseñó a no especular con bienes inmuebles.

De allí a Yokohama, donde un hombre y su esposa nos trataron, porque sí y sin debernos nada, con toda la amabilidad del mundo. Nos hicieron sentirnos más que bienvenidos en su casa y se aseguraron de que viéramos el Japón en la época de las glicinias y las peonías. Nos sorprendió allí un terremoto -que resultó ser profético- un día de calor, al amanecer. Salimos corriendo al jardín y vimos que una alta cryptomeria movía la cabeza hacia adelante y hacia atrás como si dijera «ya lo decía yo», aunque la verdad es que no había dicho nada. Un poco después, una mañana de lluvia fui a la sucursal de mi banco en Yokohama a retirar un poco de mi sólida fortuna. El director me dijo: «¿Por qué no saca usted más? Es igual de fácil.» Le dije que era demasiado descuidado para llevar mucho dinero encima, pero que iba a mirar mis cuentas y volvería por la tarde. Lo hice, pero en ese corto intervalo el banco, según explicaba una nota en la puerta cerrada, había quebrado. (Sí, habría sido mejor invertir mi capital como sugirió el director de la sucursal de Londres.)

Volví con la noticia a la mujer con la que llevaba casado tres meses y al niño que esperaba. Exceptuando lo que había sacado por la mañana -el director había sido todo lo explícito que la lealtad le había permitido-, los vales de la Cook que quedaban y lo que había en los baúles, no teníamos nada. Con carácter de urgencia se constituyó una Comisión de Presupuestos que nos hizo conocernos más que otros en una vida entera de matrimonio solvente. La conclusión fue que había que batirse en retirada -o huir, si se prefiere-. ¿Qué nos devolvería la Cook por los vales, sin incluir el precio de los sueños perdidos? «Hasta la última libra que ha pagado, por supuesto», me dijeron en la sucursal de Yokohama. «Ha sido mala suerte y... aquí tiene su reembolso.»

De vuelta, pues, a través del Pacífico Norte, por Canadá, donde el deshielo nos pisaba los talones, hasta llegar a las afueras de una pequeña ciudad de Nueva Inglaterra donde el abuelo paterno de mi mujer, francés, se había instalado en su día en una finca. El paisaje era de osatura montañosa, con bosques, y estaba dividido en granjas de entre dos y ochocientas hectáreas de tierra estéril. Las carreteras, abiertas en el barro, conectaban casas de madera blanca donde los miembros mayores de las familias estaban pluriempleados para pagar la hipoteca salvaje. Los más jóvenes se habían ido. También había muchas casas abandonadas, algunas en ruinas y otras ya reducidas a una chimenea de piedra o unos simples hoyos en la hierba rodeados de lilas invencibles. En una pequeña granja había una vivienda a la que llamaban «Bliss Cottage», casi siempre habitada por un hombre que trabajaba para otros por temporadas. Tenía un piso y medio, cuatro metros de alto hasta el tejado y otros cuatro de largo e, incluyendo la cocina y la leñera, unos cinco de ancho en total. El agua le llegaba de una fuente vecinal y por una

sola tubería de un centímetro de ancho. Pero la casa estaba habitable y tenía un sótano amplio, un poco húmedo. El alquiler era de diez dólares o dos libras al mes.

La alquilamos y la amueblamos con una simplicidad precursora del sistema de venta a plazos por pago del alquiler. Compramos una enorme estufa de aire caliente, de segunda o tercera mano, que instalamos en el sótano; hicimos generosos agujeros en el poco grueso suelo para los tubos de hojalata de veinte centímetros de la estufa (todavía no comprendo cómo es que no salimos ardiendo mientras dormíamos cualquier noche de invierno) y nos quedamos muy contentos de nosotros mismos.

A medida que el verano de Nueva Inglaterra dejaba paso al otoño, corté y apilé ramas de abeto alrededor del umbral de la cabaña y conseguí hacer un pequeño parapeto para cuando hiciera falta. Cuando llegó el pleno invierno y se oían las campanillas de los trineos por aquel universo blanco que nos había engullido, nos sentimos seguros. A veces teníamos criada. Otras, a la criada le parecía que aquella soledad era demasiado para ella y se iba sin avisar, una incluso dejándose el baúl. No nos preocupábamos. Los platos no tienen más que dos lados y limpiar sartenes y cacerolas tiene tan poco misterio como hacer muy bien las camas. Cuando la cañería se helaba, nos poníamos nuestros abrigos de piel de coatí y la descongelábamos con el calor de una vela. En el cuarto del ático no había sitio para la cuna, así que decidimos que la tapa del baúl haría las veces. No envidiábamos a nadie, ni siquiera cuando había mofetas en el sótano y, dado que sabíamos cómo son, nos quedábamos quietos hasta que decidían marcharse.

Pero a nuestros vecinos no les hacía gracia nuestra conducta. Tenían ahí a un extranjero de raza enemiga, que les habían dicho que era capaz de «sacar más de cien dólares de un tintero de diez centavos» y del que «hablaban los periódicos» y que se había casado con «una Balestier». ¿Acaso su abuela no vivía aún en casa de los Balestier, donde «el viejo Balestier», en lugar de criar ganado, había construido una casa grande donde se cenaba tarde con ropa especial y con vino tinto como los franceses en lugar de whisky como Dios manda? Pues resultaba que ese inglés, con el pretexto de haber perdido dinero, había instalado a su esposa «precisamente en el pueblo de ella», en «Bliss Cottage». Olía a chamusquina, así que nos vigilaron en secreto como sólo los campesinos ingleses o de Nueva Inglaterra saben hacerlo, y si toleraban a aquel inglés era por «la chica de los Balestier».

Pero, con aquella primera crisis, nos habíamos llevado el primer chasco de nuestras cortas vidas y la Comisión de Presupuestos tomó la decisión, nunca revocada, de que en lo sucesivo había que ser dueños de lo poco o mucho que se tuviera.

Cuando empezó a entrar dinero de la venta de cuentos y libros, lo primero que hicimos fue recuperar las *Baladas de cuartel,* los *Cuentos de las colinas* y los seis libros en rústica que había vendido para poder abandonar la India en el 89. No fue barato pero, al recobrarlos, en «Bliss Cottage» se respiraba mejor.

Tardamos bastante en darnos cuenta de los horrores que la gente pensaba que hacíamos. Desde su punto de vista tenían razón, y además eran prácticos, como demuestra lo que voy a contar. Un día llegó a «Bliss Cottage» un desconocido. La conversación empezó así:

-Usted es Kipling, ¿verdad?

Reconocí que sí.

-Y es escritor, ¿verdad?

No podía negarlo. (Larga pausa.)

-Entonces, vive para entretener a la gente.

En realidad, era la pura verdad. Se puso muy tieso en el pescante del coche y añadió:

-O sea, que tiene que agradar para vivir, me imagino.

Era cierto. (Me acordé del ayudante de Voluntarios de Lahore.)

-Entonces -siguió-, hay que ponerse en el caso de que un día usted *no pudiera* entretener a la gente. Enfermedad, accidente, cualquier cosa, y entonces, qué sería de ustedes... de los dos.

Empezaba a comprender y él a rebuscar en el bolsillo de su chaqueta.

-Por si llegara un caso así es importante un seguro. Bueno, represento a... bla, bla, bla.

Me gustó la manera de vender, la Compañía era fiable, e hice efectivo mi primer seguro norteamericano. Leuconoë coincidía con Horacio en que no hay que confiar en el futuro.

No todas las visitas se andaban con tanto tacto. Venían reporteros de periódicos de Boston, que me imagino que se creían civilizados, y exigían entrevistas. Yo les respondía que no tenía nada que decir. «Si no tiene nada que decir, algo le atribuiremos.» Se iban y mentían en cantidad, ya que traían órdenes de «conseguir la entrevista». En aquella época todavía me resultaba inaudito, y eso que la prensa no había tomado aún el giro de estos últimos años.

Mi estudio en «Bliss Cottage» tenía cuatro metros cuadrados y entre diciembre y abril la nieve acumulada llegaba hasta el alféizar de la ventana. Había escrito un cuento sobre la vida en los bosques de la India en el que aparecía un muchacho que había sido criado por lobos. En la incierta calma del invierno del 92, el eco de ese cuento se me mezcló con el vago recuerdo de los leones de la Masonería de la revista de mi infancia y con una frase de *El lirio Nada* de Rider Haggard. Tras hacerme una idea del argumento principal, la pluma hizo el resto y vi cómo empezaba a escribir historias sobre Mowgli y los animales, lo que luego sería *El libro de la selva.*

Una vez que me lancé, no parecía haber motivo para parar, pero había aprendido a distinguir entre los magistrales impulsos de mi Daimon y los de la electricidad casera que viene de lo que podríamos llamar escritura «por fricción». Recuerdo que tiré dos cuentos y quedé más satisfecho con los demás. Y, lo que es más importante, a mi padre le pareció que estaban bien escritos.

Mi primer hijo -fue niña- nació en una noche de medio metro de nieve, el 29 de diciembre de 1892. Como el cumpleaños de su madre era el 30 y el mío el 31, la felicitamos por su sentido de la oportunidad y pasó sus primeros días en la tapa del baúl y tomaba el sol en la terraza de madera. Su nacimiento nos puso en contacto con el mejor amigo que tuve en Nueva Inglaterra, el doctor Conland.

Parecía que «Bliss Cottage» se estaba quedando un poco pequeña, así que, la siguiente primavera, la Comisión de Presupuestos «consideró un terreno y lo compró» -nada menos que cuatro hectáreas- en una rocosa colina sobre un valle hacia el Wantastiquet, la montaña con árboles que corre paralela al río Connecticut.

Aquel verano vino de Quebec Jean Pigeon, con siete paisanos suyos; en media hora montaron un tinglado para usar ellos mismos de vivienda y se pusieron a construirnos una casa que llamamos «Naulakha». Tenía más de veinte metros de largo por siete y medio de ancho, sobre unos cimientos de roca y elevados que nos daban un sótano ventilado y a prueba de mofetas. El resto era de madera; el tejado y las fachadas de tablas finas de un

verde apagado y partidas a mano; ventanas, muchas y amplias. También quedó amplio, sólo que demasiado, el ático abierto, como noté cuando era demasiado tarde. Pigeon me preguntó si quería que la terminaran por dentro con madera de fresno o de cerezo. Por ignorancia elegí la de fresno y me perdí la que quizá sea la madera de interior más agradable que hay. Eran días de opulencia, no se escatimaba la madera y se podía conseguir la mejor carpintería del mundo por poco dinero.

Después hicimos un camino hasta la carretera. Hacía falta dinamita para suavizar los desniveles y un fontanero de lo más apacible trajo varios cartuchos que sonaban bajo el asiento de su coche entre los barrenos. Nos metimos, como pájaros carpinteros, en el agujero más profundo y cercano y después, como necesitábamos agua, pusimos una mecha de doce centímetros a ocho metros de hondo bajo el granito, que en ninguna zona de Nueva Inglaterra tiene menos de ocho metros, aunque hay quien dice que más e incluso mucho más. Más arriba pusimos un molino que nos daba bastante agua y que gruñía y crujía por las noches, así que le quitamos las bisagras de abajo, lo enganchamos a dos yuntas de bueyes y lo derribamos como si hubiera sido la columna de la Vendôme, lo que moralmente valía por la mitad del costo de la construcción. Una bomba de poca presión, que yo tenía el repugnante deber de engrasar, fue su sucesora. Estas experiencias despertaron nuestro interés, que perdura hasta hoy, por el trabajo con madera, piedra, cemento y toda esa maravilla de materiales.

Los caballos formaban parte de nuestra vida porque «Bliss Cottage» estaba a cinco kilómetros del pueblo y a ochocientos metros de la casa nueva. Nuestro ayudante fiel, llamado Marco Aurelio, era negro y filosófico y nos esperaba en el coche como los automóviles esperan hoy al dueño, y cuando se cansaba de estar de pie se echaba con cuidado y se ponía a dormir entre las varas. Cuando terminábamos con él le atábamos las riendas cortas y lo mandábamos tirando ya solo del coche carretera abajo hasta la puerta del establo, donde terminaba de echar su cabezada hasta que alguien fuese a desvestirlo y acostarlo. Había una pandilla de caballos por la zona, incluido un semental viejo y manso con una pata permanentemente herida que se pasó el crepúsculo de su vida tirando de una máquina que cortaba madera para nosotros.

Intenté plasmar algo de la diversión y el sabor de aquellos días en un cuento titulado «Un delegado a pie», donde todos los personajes son del mundo de los caballos.

Descubrí que a mi mujer le encantaban los caballos trotones. Dio la casualidad de que en nuestro primer invierno de «Naulakha» fue a mirar la estufa que, con la garantía de seguridad recién sellada, le soltó una llamarada en la cara y le produjo quemaduras graves. Tardó en recuperarse y el doctor Conland sugirió que necesitaba estímulo. Había estado yo en negociaciones para comprar una pareja de jóvenes hermanos, macho y hembra, de la raza Morgan, marrones, buenos para un trote de cuatro o cinco kilómetros. Después del consejo de Conland, cerré el trato. Cuando se lo dije a ella, pensó que probarlos la consolaría y, esa misma tarde, se dejó un ojo libre de vendas y los probó sobre una nieve de más de medio metro y con poca luz, mientras yo sufría montado a su lado. Pero Nip y Tuck eran todoterreno y el «estímulo» fue un éxito. Después de aquello ya nos llevaron siempre por toda la zona.

No hace falta exagerar la soledad y el vacío de la vida en el campo. Se estaba quedando sin habitantes y todavía no los habían sustituido los náufragos de la Europa del Este ni los ricos de ciudad que más tarde comprarían «fincas de recreo». Lo que podría haber dado

tipos, singularidades y vitalidad se frustraba en aquella desolación como el árbol con gangrena pone las ramas en jarras y en la corteza podrida le crecen como un musgo la crueldad y las creencias raras nacidas de la soledad al borde de la locura.

Una excursión de un día hasta las estribaciones del Wantastiquet, la montaña guardiana que bordea el río, nos llevó a una granja donde nos recibió la típica lugareña de ojos salvajes y frente hundida. Al final de un paisaje vacío se veía nuestra «Naulakha» montada en su colina como un barquito encima de una ola, allá a lo lejos. La mujer dijo con rudeza: «Ustedes son los de las luces nuevas que hay al otro lado del valle, me imagino. No saben la tranquilidad que me han dado este invierno. No pondrán cortinas, ¿verdad?». Así que, mientras vivimos allí, la gran fachada de «Naulakha» que daba a ella siempre estuvo iluminada de noche, y sin cortinas.

Distinto era el pueblo donde comprábamos. Vermont era por tradición un estado «seco». Por eso había en casi todas las oficinas una botella y un vaso de enjuagarse los dientes a la vista de todos, y en armarios disimulados o en cajones la botella de whisky. Los negocios se hacían y cerraban con buches de alcohol puro seguidos de un brindis con agua fría. Después ambas partes masticaban clavo, pero no sé si era para engañar a la ley, que a nadie le importaba, o para engañar a sus mujeres, a las que tenían mucho miedo; a las mujeres, hasta que tenían edad universitaria, las instruían las solteronas del lugar.

Hubo, sin embargo, que abandonar un sugestivo proyecto de club de campo porque a más de un hombre que habría tenido derecho a pertenecer a él no se le podía confiar una botella de whisky. En las granjas, por supuesto, se bebía sidra, de varias graduaciones, y a veces se alcanzaban extremos de borrachera casi demenciales. Yo veía en todo esto un componente hipócrita y furtivo tan dañino como muchos otros aspectos de la vida norteamericana de aquellos tiempos.

Administrativamente existía una interminable y meticulosa legalidad con un sinfín de instituciones semijudiciales, pero ni rastro de cumplimiento de la ley ni idea de para qué se hacen las leyes. En materia de negocios, trasporte y organización, muy poco de lo que conocí era seguro, puntual u organizado, pero esto ellos no lo sabían y no lo habrían creído aunque se lo hubiera dicho un santo. En cuanto a la población, a Estados Unidos llegaba alrededor de un millón de almas al año. Era mano de obra barata, casi esclava, que de haber faltado habría parado toda la maquinaria, y se les trataba con una dureza que me horrorizaba. Los irlandeses habían dejado el comercio y se metían en «política», que iba mejor con sus instintos de secretismo, pillaje y denuncias anónimas. Los italianos todavía eran mano de obra, para hacer los tranvías, pero estaban ascendiendo, con pequeñas tiendas y actividades curiosas, a la posición dominante que ocupan hoy en una sociedad bien organizada. Los alemanes, que habían precedido incluso a los irlandeses, se consideraban americanos de pura cepa y hablaban con desprecio gutural de lo que ellos consideraban la «basura extranjera». Quedaba en segundo término, aunque él no lo supiera, el «genuino» norteamericano que podía seguir la pista de su linaje tres o cuatro generaciones y que, aunque no controlaba nada y le importaba todavía menos, sostenía que la falta de respeto por la ley en general no era «genuina» de su país, cuya moral, estética y literatura defendía. Decía también, casi automáticamente, que todos los extranjeros podían y debían «ser convertidos» pronto en «buenos norteamericanos». Pero a ningún inmigrante le importaba lo que el genuino decía o cómo lo decía. El inmigrante estaba ocupado en ganar o perder dinero.

La política del país era tediosa. Para los pocos que miraban más allá de sus fronteras, Inglaterra seguía siendo el oscuro enemigo mortal al que temer y del que había que cuidarse. Se encargaban de eso los irlandeses, cuya segunda religión era el odio; los libros escolares de historia, los oradores, los distinguidos miembros del Senado y sobre todo la prensa. Resultó que uno de los pocos embajadores norteamericanos en Londres con capacidad autocrítica nacional, John Hay, tenía la casa de verano a pocas horas de tren de la nuestra. Alguna vez fuimos a verlo y hablé de todo esto con él. Me dio una explicación convincente. Me dijo, y son palabras textuales suyas que recuerdo, que lo que de verdad unía a los cuarenta y cuatro estados que formaban en aquella época la Unión era el odio a Inglaterra, único factor común posible a una población tan enorme y variada. «Así que a todo el que llega en barco le decimos: "¿Ves allí a lo lejos, hacia el Este, a esa gran abusona? Pues es Inglaterra. Ódiala y serás un buen norteamericano."»

Ese odio es razonable según el principio de «si no puedes continuar el idilio, empieza una discusión». Y en todo caso agravaba de vez en cuando la vacuidad que asolaba la vida nacional en relación con los imponderables exteriores.

Pero no me di cuenta de lo exhaustivamente que estaban explotando esta doctrina hasta que fuimos a Washington en el 95, donde conocí a Theodore Roosevelt, entonces secretario de Estado de Marina de los Estados Unidos (nunca se me quedó el nombre del ministro). Me gustó desde el primer momento y puse mucha fe en él. Venía al hotel dando gracias a Dios en voz alta por no tener una sola gota de sangre británica, porque sus antepasados eran holandeses y de una secta calvinista doperiana o algo por el estilo. Naturalmente le conté historias preciosas de sus tíos y tías de Sudáfrica -sólo que yo los llamaba *titos y titas-,* que se creían los únicos holandeses legítimos del mundo y llamaban a gente como Roosevelt «malditos *hollanders».* Entonces se ponía muy elocuente e íbamos juntos al zoo, donde él hablaba de los osos pardos que había visto. En ese momento le habían encargado que equipase a su país con una Marina en condiciones. No servía para nada la colección de piezas inconexas y de adquisiciones aisladas que tenían. Le pregunté cómo se las iba a apañar, porque a los norteamericanos no les gustan los impuestos. «Lo conseguiré de Inglaterra», fue la desarmante respuesta. Y hasta cierto punto así ocurrió. La bien instruida y obediente prensa explicó cómo Inglaterra -traidora y envidiosa como siempre- estaba acechando a la vuelta de la esquina para atacar las desprotegidas costas de la Libertad y cómo con ese fin estaba preparando etc. etc. etc. (Esto en el 95, cuando Inglaterra no podía ni con lo suyo.) Pero el truco funcionó *y* todos los oradores *y* senadores empezaron a dar discursos, como el Hannibal Chollops colectivo que eran. Recuerdo que la mujer de un senador que, aparte de su ideas políticas, era bastante civilizado, me invitó a pasarme por el Senado y escuchar cómo su marido «le tiraba de la cola al león». Me pareció una extraña forma de distraerse para ofrecerle a un visitante. No pude ir, pero leí su discurso. (Ahora -otoño del 35- también he leído con interés las disculpas del secretario de Estado norteamericano ante la Alemania nazi por los comentarios desfavorables que hizo un juez del tribunal de orden público de Nueva York.) Pero los días que pasamos en Washington fueron magníficos, espaciosos y cordiales. A la ciudad, al margen de la política, no la había privado Alá del sentido del humor en general, y la comida era de ensueño.

A través de Roosevelt conocí al profesor Langley, del Instituto Smithson. Era un anciano que, cuando aún no se usaba la gasolina, había construido un modelo de avión

que funcionaba con un motor minúsculo de caldera inmediata, una maravilla de delicada artesanía. Al probarlo voló doscientos metros y se hundió en las aguas del Potomac, lo que causó gran regocijo y sátiras en la prensa del país. Langley las aguantó con calma y me dijo que, aunque él ya no viviría para entonces, yo sí vería cómo el avión terminaba siendo un medio normal de transporte.

El Instituto Smithson, sobre todo su faceta etnológica, era interesante de visitar. Cualquier país, como cualquier persona, tiene un lado vanidoso, de otro modo no podría vivir consigo mismo; pero nunca he comprendido cómo el pueblo moderno que de un modo más absoluto ha arrebatado la tierra a los indígenas puede creer ser de verdad una noble comunidad que da ejemplo al resto del mundo cruel. Cuando le contaba esta perplejidad mía, Roosevelt me llevaba la contraria con unas voces que hacían temblar las vitrinas llenas de restos indios.

Volví a verlo en Inglaterra, poco después de que su país se quedara con las Filipinas, y él, como una anciana con hijo único, siempre estaba deseando aconsejar a Inglaterra en cuestiones coloniales. Y la verdad es que acertaba bastante: su especialidad era el momento que vivía Egipto; y su máxima, «gobierna o vete». Consultó con varias personas hasta dónde podía atreverse en los discursos. Yo le aseguré que los ingleses recibirían bien todo lo que dijera, pero que eran genéticamente inmunes a los consejos.

Nunca volví a verlo, pero nos carteamos durante años en los tiempos en que, ya presidente, le quitó Panamá a un homólogo suyo al que llamaba «pitecántropo». Y también durante la Guerra, en un momento de la cual conocí a dos de sus hijos, que son todos encantadores. Mi idea personal de él es que era un hombre mucho más importante de lo que su pueblo creyó o en aquel momento supo aprovechar, y que tanto a él como al país les habría ido mucho mejor de haber nacido veinte años después.

Mientras tanto la vida seguía en «Bliss Cottage» y, en cuanto se terminaron las obras, en «Naulakha». A la primera vino un día Sam McClure, en quien decían que se había inspirado Stevenson para el personaje de Pinkerton de *El saqueador,* pero que en persona era mucho más original. Había sido de todo, desde buhonero hasta fotógrafo ambulante, y había mantenido intacta su genialidad sin presunciones. Llegó con la idea de editar una revista que se llamara como él. Creo que nos pasamos doce horas hablando -igual fueron diecisiete- hasta que la idea terminó de perfilarse. McClure, como Roosevelt, se adelantaba a su época: miraba con rigor prácticas e imposturas inaceptables que empezaban a ser bendecidas porque daban dinero. A la gente de entonces le parecía que eso era «remover el estiércol» y no sirvió de mucho. Me caía bien McClure y lo admiraba mucho, porque era de las pocas personas que, con tres palabras y media, son capaces de hacer una frase clara y directa como el agua de una fuente. Y no me disgustó nada su arriesgada oferta de quedarse con todo lo que yo escribiera a partir de aquel momento, a un precio que me parecía tentador. Pero la Comisión de Presupuestos decidió que no había que negociar con la obra aún no escrita. (En este sentido, encomiendo seriamente a la atención de los jóvenes ambiciosos una cita del capítulo 33 del Eclesiastés que dice: «No te entregues a nadie mientras estés vivo y te quede aliento».)

A «Naulakha» vino, un día de lluvia, un hombre joven y alto llamado Frank Doubleday, de la editorial neoyorquina Scribner, que proponía, entre otras cosas, la edición de mis obras completas hasta entonces. Lo importante lo acepta o lo rechaza uno con criterios personales e ilógicos. Nos gustó el joven desde el primer momento, y tanto él como su

esposa empezaron a ser de nuestros mejores amigos. En su momento, cuando estaba creando lo que sería la gran empresa Doubleday, Page & Co. y después Doubleday, Doran & Co., decidí que fuese mi editar para toda Norteamérica, con lo que me evité muchas distracciones el resto de mi vida. Gracias a no pocos resquicios intencionados que tenía la ley de propiedad intelectual norteamericana, había mucho campo para que los listos no sólo robaran, lo que era natural, sino que hincharan, trufaran y embellecieran lo robado con cosas que el autor no había escrito. Al principio de pasarme esto, me quedaba muy preocupado; después ya me reía. Frank Doubleday cambatía a los piratas con ediciones cada vez más asequibles, con lo que el botín les lucía menos. La moralidad de aquellos caballeros era como la que, años después, tendrían sus hermanos los contrabandistas. Como una vez me dijo uno de los altos cargos de la Sociedad de Autores -ni siquiera él le veía la gracia- cuando intenté hacerles ver un abuso más flagrante de lo normal: «Pensamos que daría dinero, así que lo hicimos.» Ésa era su religión. Puedo decir sin miedo a equivocarme que los piratas norteamericanos han ganado, con mi obra, la mitad de lo que a veces me acusan a mí de haber ganado en el mercado legítimo del país.

Mi padre vino a ver cómo nos las arreglábamos en aquel mundo tan raro y me di con él una vuelta por Quebec, donde le sorprendió que, con una temperatura de 35 grados, todo el mundo fuese muy vestido, como era costumbre en aquella época. Después fuimos a Boston a ver a Charles Eliot Norton, viejo amigo suyo de Harvard, a cuyas hijas había conocido yo de niño en «The Grange». Eran de clase alta y vivían muy bien, como brahmanes de Boston, pero Norton, lleno de premoniciones sobre el futuro del espíritu de su país, sentía que el mundo tradicional se hundía, como los caballos presienten los temblores de tierra.

Nos contó una historia de su pasado en Nueva Inglaterra. Otro profesor y él, que viajaban por el país en coche de caballos discutiendo temas morales y elevados, pararon en la granja de un anciano al que conocían bien y que, con el mutismo típico de Nueva Inglaterra, fue a darle de beber al caballo con un cubo. Los dos hombres siguieron hablando en el coche y en medio de la conversación uno de ellos dijo: «Bueno, pues según Montaigne» y una cita. Y desde delante del caballo, donde el hombre le sostenía el cubo, se oyó: «No fue Montaigne. Fue Mon-tes-quieu.» Y llevaba razón.

Norton decía que eso había sido a mediados o finales de los setenta. También nosotros dos anduvimos en coche de caballo por el otro lado de la Shady Hill y no nos pasó nada así. Y Norton hablaba de Emerson y Wendell Holmes *y* Longfellow *y* los Alcott *y* otros escritores importantes de su juventud, mientras volvíamos a su biblioteca y ojeaba los libros y hacía comentarios de verdadero erudito.

Pero lo que más me chocaba, y a él le pasaba un poco igual, era de qué poco había servido, ante la invasión extranjera, todo el esfuerzo autóctono de la generación anterior. Fue entonces cuando empecé a preguntarme si Abraham Lincoln no habría matado en la Guerra Civil a demasiados norteamericanos en beneficio de los sustitutos continentales importados a toda prisa. Esto es una tremenda herejía, pero sé de hombres y mujeres que la han barruntado. De los inmigrantes al viejo estilo, a los más débiles los mató o malogró el largo viaje en barco de aquella época. Pero cuando el vapor empezó a ser lo normal, a finales de los sesenta o principios de los setenta, el cargamento humano podía llegar perjudicado o enfermo, pero llegaba a puerto en un par de semanas o así. Y mientras,

moría un millón de norteamericanos que ya estaban más o menos aclimatados.

No sé cómo, entre 1892 y 1896 nos las ingeniamos para costearnos dos visitas relámpago a Inglaterra, donde mi familia se había retirado a vivir en Wiltshire. En aquellos viajes terminamos por odiar del todo el frío del Atlántico Norte. En uno de ellos el barco casi se sube encima de una ballena, que se sumergió justo a tiempo para evitarnos y me miró a la cara con un ojo inolvidable, pequeño, del tamaño del de un buey. Los miembros de la Logia R. L. S. recordarán lo que William Dent Pitman encontró de «soberbio e indefinible» en la maniquí de cera de la peluquería. Cuando estaba ilustrando los cuentos de *Precisamente así,* recordé y traté de dibujar aquel ojo.

Una o dos veces estuvimos, en verano, en Gloucester (Massachusetts), donde asistí a la misa anual en memoria de los ahogados o desaparecidos de la flota de goletas del bacalao, industria que por aquel entonces tenía su centro en Gloucester.

Resultó que nuestro amigo el doctor Conland había servido en esa flota cuando era joven, y como una cosa lleva siempre a otra, es lo que pasa, me puse a escribir un librito que se llamó *Capitanes intrépidos.* Yo me limité a eso, a escribirlo, porque los detalles los ponía el doctor. El libro nos obligó a viajar -para regocijo suyo al escapar de la aburrida respetabilidad de nuestro pueblo- a la costa, y a los viejos muelles en forma de T del puerto de Boston y a las comidas raras de las cantinas para marineros, donde revivió su juventud entre antiguos compañeros de barco o familiares de éstos. Fueron tan hospitalarios que a algún patrón le ayudamos a remolcar por el puerto goletas de tres y cuatro mástiles con carbón de Pocahontas. Nos subimos a todos los barcos que tenían aspecto de poder inspirarnos y lo pasamos de maravilla. Conseguimos cartas de navegación tanto viejas como en uso, y útiles elementales como los que se usaban para pescar por los bancos de Terranova, y una brújula estropeada que todavía guardo con cariño. (Además, por pura casualidad, tuve el asco de ver la primera arcada y el vómito de agua mezclada con polvillo de carbón iridiscente de la bodega de un barco, un cascarón de hierro estropeado y medio hundido en el amarre.) Y Conland consiguió un gran bacalao y los cuchillos que se usan para almacenarlos en la bodega y me hizo una demostración anatómica y quirúrgica tal que no pudiera equivocarme al describirlo en el libro. También recuperó viejas historias y listas de las goletas amadas que habían naufragado o se habían hundido. Yo le pedía más y más detalles, no sólo para la publicación, sino por el gusto de oírlos. Me hizo volver -Dios lo perdone- en un pesquero del abadejo, que es diez veces peor que cualquier pesquero del bacalao. Me moría del mareo, incluso después de que intentaran revivirme con un trozo de abadejo congelado.

Por si esto no era suficiente, cuando quise que al final del cuento unos personajes viajaran en el menor tiempo posible desde San Francisco a Nueva York, le escribí a un alto cargo de las líneas ferroviarias al que conocía, preguntándole qué haría él personalmente. El buen hombre me mandó un horario-itinerario completo con paradas para el agua, cambios de máquina, kilometraje, condiciones de las vías, climatología, que ni un muerto podía fallar con ese horario. Mis personajes llegaron triunfantes, y entonces a ese alto cargo de la realidad le emocionó tanto la lectura del libro que convocó sus máquinas y a sus hombres, enganchó su propio vagón privado y se propuso mejorar mi tiempo en la misma ruta, y lo consiguió. Con lo cual el libro dejaba de ser verídico. Me había propuesto reflejar algo de una atmósfera local norteamericana que se estaba empezando a perder. Gracias a Conland, casi lo consigo.

Un millón de años después -puede que sólo cuarenta años después- un gran magnate de la industria cinematográfica entró en tratos conmigo por los derechos del libro para una película. Al final de la conversación mi Daimon me animó a preguntar si se proponía introducir mucho *sex appeal* en la magna producción. «Pues claro», respondió. Me lo imaginé: una hembra de bacalao felizmente casada pone alrededor de tres millones de huevos de una vez. Más o menos eso le dije. Y él a mí: «Ah ¿es que trata de eso?» Y siguió hablando de «ideales». Conland llevaba muerto bastante tiempo, pero recé para que dondequiera que estuviese hubiera oído aquello.

Y así, con esta irrealidad dentro y fuera de casa, pasaron cuatro años en los que había publicado bastante poesía y bastante prosa. Más importante aún, había conocido un rincón de los Estados Unidos en calidad de propietario, que es la única manera de enterarse un poco de cómo es un país. Los turistas pueden llevarse impresiones, pero es la experiencia de las pequeñas cosas y tareas de cada época del año (como poner rejillas para las moscas o tuberías para la estufa, comprar bizcochos y que los vecinos te den lecciones) la que impregna de verdad la memoria visual. Eran gente interesante, pero tras su trabajo frenético había siempre, a mi juicio, un inmenso aburrimiento inconfesable -el peso muerto de lo material convertido con vehemencia en divinidad, que lo que hacía era aburrir cada vez más, y con más saña, a los adoradores. La influencia intelectual de los emigrantes del Continente estaba por llegar. En aquel momento estaban todavía ligados más o menos a la tradición y las escuelas inglesas, y la raza semita no había levantado todavía un Sión demasiado confortable. Por lo que a mí respecta, sentía que el ambiente me era un poco hostil. Parecían tener la idea de que yo estaba «haciendo dinero» a costa de América -la prueba eran la casa nueva y los caballos- y no estaba lo bastante agradecido por mis privilegios. Mis visitas a Inglaterra y lo que allí me decían me convencieron de que en el panorama inglés podían estar gestándose unos cambios que valía la pena presenciar. En una reunión de la Comisión de Presupuestos se llegó a la conclusión de que «Naulakha», aunque apetecible, era sólo «una casa» y no *«la* casa» de nuestros sueños. Así que soltamos amarras y, con otra hija pequeña, nacida con las nevadas del principio de la primavera y hermosa del solecito de la terraza, nos embarcamos para Inglaterra, después de pagar todas las cuentas. Como escribió Emerson:

¿Quieres cerrarle al mal todas las puertas?
Paga como si Dios tendiese las facturas.

La primavera del 96 nos halló en Torquay, donde encontramos un alojamiento que parecía demasiado bueno para ser verdad. Era una casa grande y luminosa, con habitaciones amplias en las que entraba el sol, y con un jardín de árboles frondosos y un camino hacia el sur que iba llevando al mar limpio de los acantilados de Marychurch. En los últimos treinta años habían vivido en ella tres solteronas. La alquilamos con ilusión. Fue entonces cuando hicimos dos notables descubrimientos: todo el mundo estaba aprendiendo a montar en un cacharro llamado «bicicleta». En Torquay había un pequeño circuito de ceniza donde, a ciertas horas, los hombres y mujeres daban vueltas y vueltas solemnemente en ellas. Los sastres ofrecían trajes especiales para este deporte. Alguien -creo que fue Sam McClure desde Américanos había regalado un tándem que con su doble manillar era constante motivo de discusión familiar. Y nos ejercitábamos en ese potro de

tortura, creyendo cada uno que al otro le gustaba. Llegamos a montar por calles vacías y aburridas en las que adelantábamos o nos cruzábamos carruajes, sin caernos nunca. Pero un día de suerte la bicicleta derrapó y nos tiró en mitad de la carretera. Casi antes de levantarnos nos confesamos mutuamente lo poco que nos gustaba aquel trasto; a pie, empujamos aquella araña del demonio hasta casa y no volvimos a usarla.

La otra revelación fue por una depresión progresiva que nos sumió a los dos en una penumbra espiritual y una pena en el corazón que ambos achacábamos a aquel clima templado y que, sin decirle nada al otro, combatimos durante semanas. Era el *feng shui* - el espíritu de la casa- que ensombrecía la luz del sol y se apoderaba de nosotros nada más entrar, hasta en las palabras que no lográbamos decir.

La conversación sobre una cisterna dudosa motivó la confesión mutua. «Pues yo creía que te gustaba la casa.» «Yo, en cambio, hubiera jurado que a quien le gustaba era a ti», ése fue el estribillo de la letanía. Con el pretexto de la cisterna, pagamos y huimos. Más de treinta años después, de paseo en coche nos aventuramos por el carril que lleva a la casa y vimos al jardinero y a su mujer, que no habían cambiado casi, al mismo sol del patio de la cuadra. Tampoco había cambiado el aire general de desánimo profundo de las habitaciones abiertas al sol.

Pero fue en Torquay donde se me ocurrió la idea de empezar unos opúsculos o parábolas acerca de la educación de los jóvenes. Éstas, debo reconocer que no por voluntad mía, llegaron a ser una serie de cuentos titulada *Stalkey y Cía.* Mi queridísmo director del colegio, Cormell Price, que ya se había convertido en «Tío Crom» o simplemente en «Crommy», vino a casa por esa época y hablamos de temas escolares en general. Me dijo, con aquella risa contenida que yo de sobra y con motivo me conocía, que tendría que pasar algún tiempo antes de que mis parábolas tuviesen aceptación. Por su apariencia, de hecho, se las juzgó ofensivas, desconectadas de la realidad y bastante «brutales». Esto me llevó a preguntarme, y no por primera vez, en qué rincón del cuerpo guardan las personas mayores sus recuerdos del colegio.

Al hablar del pasado con «Crommy» le ultrajé por lo malo y escaso de nuestra comida en Westward Ho! A lo que él replicó: «Bueno, bueno. Es que éramos más pobres que las ratas. ¿Tú recuerdas que alguien llevara dinero encima alguna vez? Yo no. Por otro lado, un muchacho que está siempre hambriento se preocupa más de su estómago que de otras cosas.» (En la Guerra de los Bóers aprendí que la virtud de un batallón que vive de dos «galletas del ejército» y media al día es intachable.) Hablamos luego de enfermedades y epidemias, que nosotros no habíamos conocido, y dijo: «Me imagino que estabais tan sanos porque pasabais más tiempo al aire libre que los ponis de Dartmoor.» *Stalkey y Cía.* se convirtió en antepasado ilegítimo de ciertas narraciones sobre la vida escolar cuyos protagonistas viven experiencias que por suerte yo no tuve. Todavía (año 1935) sigue siendo leído y me parece una serie de episodios muy considerable.

Nuestra huida de Torquay terminó casi por instinto en Rottingdean donde los queridos tíos tenían una casa de verano y donde había pasado yo los últimos días antes de volver a la India, hacía catorce años. En 1882 no había más que un autobús al día desde Brighton, que tardaba cuarenta minutos, y cuando un forastero llegaba al llano del pueblo los niños le sacaban la lengua. Las lomas caían casi hasta la calle única que había y se extendían hacia el este sin parar hasta Russia Hill, sobre Newhaven. En el 96 había cambiado poco. Mi primo, Stanley Baldwin, se había casado con la hija mayor de los Ridsdale, que vivían

en «The Dene», la casa grande que flanqueaba uno de los lados del llano. La de mi tío, «North End House», dominaba el otro lado; y una tercera casa, enfrente de la iglesia, seguía a la espera de que alguien tomara posesión de ella según lo decretara el destino. El matrimonio Baldwin nos permitió disfrutar de la alegre y joven hermandad de «The Dene» y sus amistades.

La tía y el tío nos habían dicho que querían que naciera en su casa el hijo que esperábamos. Y se fueron de ella hasta que mi hijo John llegó en una noche cálida de agosto del 97, bajo lo que parecían signos propicios. Mientras tanto habíamos alquilado, por intervención directa del destino, esa tercera casa del llano, frente a la iglesia. Estaba en una especie de islote, rodeada de una tapia de pedernal, que en aquel momento nos pareció suficientemente alta, y de varios árboles de acebo, muy crecidos. Pequeña *y* no demasiado bien hecha, era barata *y* no pedíamos más, porque todavía nos acordábamos del pequeño suceso de Yokohama. Enseguida fue feliz la relación entre las tres casas que tenía allí la familia: se podía arrojar una pelota de cricket desde cualquiera de ellas a otra y, aparte de tener que salir a las dos de la noche a ayudar a una cría de zorro bastante boba que se había quedado atrapada en el desagüe, no recuerdo ninguna otra alarma o tener que salir si no era de excursión con el carro de faena lleno de niños entremezclados, los de Stanley Baldwin *y* los nuestros, *y* soltarlos en el corazón sano y seguro de la loma maternal y que merendaran manchándose bien de mermelada. Aquellas lomas me inspiraron un poema titulado «Sussex». Hoy en día, la zona entre Rottingdean y Newhaven se ha convertido casi toda en un suburbio horroroso.

Cuando los Burne-Jones volvieron a su «North End House» todo iba mejor que mejor. El mundo de mi tío naturalmente no era el mío, pero su corazón y su cerebro eran lo suficientemente grandes como para albergar cualquier universo, y no dudaba un ápice que cada cual tenía que hacer lo suyo de la manera que le pareciese. Su risa fresca, su deleite en las pequeñas cosas y la interminable guerra de bromas que nos traíamos, eran un buen entretenimiento después del trabajo. Y cuando los primos Phil, hijo suyo, Stephen Balwdin y yo íbamos a la playa y volvíamos describiendo a los bañistas gordos, él los dibujaba con barrigas colgando y revolcándose en el rebalaje. Fue una época magnífica, en la que era fácil trabajar mucho y bien.

Ya en «Bliss Cottage» había tenido una vaga idea sobre un niño irlandés, nacido en la India y mezclado con la vida indígena. Maduré la idea sólo hasta convertirlo en hijo de un soldado raso de un batallón irlandés, y lo bauticé Kim del Rishti, nombre corto, para ser irlandés quiero decir. Una vez hecho esto di por bueno, como el señor Micawber de *David Copperfield,* haber firmado para el futuro ese pagaré, y me pasé años sin empezar el cuento.

Mientras tanto mis padres habían dejado para siempre la India y estaban bien instalados en una pequeña casa de piedra cerca de Tisbury, en Wiltshire. La casa tenía un establo pequeño *y* limpio, de paredes de piedra *y* uno o dos cobertizos ideales para trabajar la arcilla y la escayola, que no son para dentro de la casa. Más tarde mi padre montó un tabernáculo de latón al que puso una techumbre y allí colocó sus carpetas de dibujos, sus librotes de arquitectura y fotografia; buriles, cinceles, espátulas, pinturas, secantes, barnices y cientos de otros artículos que estaba prohibido tocarle y que todo trabajador manual de buen sentido colecciona. (Lo detallo porque viene al caso.)

Cerca de la casa estaba «Fonthill», la mansión de Alfred Morrison, el millonario

coleccionista de todo tipo de objetos bellos mientras su esposa se contentaba con simples piedras preciosas y semipreciosas. Mi padre no dependía de tesoros como aquéllos o los que había en casas como «Clouds», donde vivía, a unos kilómetros, la familia Wyndham. Creo que tanto él como mi madre fueron felices en los años de Inglaterra: sabían muy bien lo que no necesitaban, como sabía yo que al ir a verlos no tenía que cantar aquello de: «Detente y vuelve atrás, tiempo que vuelas».

En un otoño gris y de mucho viento, *Kim* insistió en volver y me lo llevé para conversar sobre él con mi padre y que, entre el humo mezclado de su tabaco y el mío, terminase de surgir como el genio de la lámpara. Cuanto más explorábamos sus posibilidades, más riqueza de detalles descubríamos. No sé qué proporción del iceberg es la que hay bajo el agua, pero *Kim,* en la versión definitiva, es una décima parte de lo que se planeó aquel día.

En cuanto a la forma, sólo tenía una posibilidad el autor, que pensaba que lo que era bueno para Cervantes también lo era para él. Claro que su madre le dijo: «¡Conmigo no te parapetes en Cervantes, que sabes que eres incapaz de inventarte un argumento!».

Así que volví a casa con mucha más fuerza *y Kim* supo valerse por sí mismo. El único problema era mantenerlo dentro de los límites. Nosotros ya le conocíamos todos los pasos, todo lo que veía y olía en sus andanzas y a qué gente conocía en ellas. Solamente una vez, que yo recuerde, tuve que molestar a la Secretaría de la India, que en la sede de Londres tiene quince mil metros cuadrados de libros y documentos en el sótano, y fue en relación a un manual de magia india que sentí sinceramente no poder robar. Son muy estrictos con los recibos.

En la casa de Rottingdean, el viento del suroeste soplaba día y noche y las estúpidas ventanas se salían del marco. (Por lo que la Comisión juró que nunca compraría una casa con ventanas de sube y baja. Cf. Charles Reade sobre este tema.) Pero a mí no me preocupaba. Yo tenía la luz del sol del este y si quería más podía ir a «The Gables», en Tisbury. Finalmente informé de que *Kim ya* estaba terminado. «¿Quién ha parado; él, o tú?», me preguntó mi padre. Y cuando le dije que había sido él, me dijo: «Entonces no estará mal del todo».

No se daba mi padre la menor importancia por sus sugerencias, recuerdos o confirmaciones, ni siquiera por ese toque único de sol bajo que hace que, en el crepúsculo, tengan luz todos los detalles de la escena de la carretera del Grand Trunk. El Himalaya lo pinté entero yo solo, como dicen los niños. Y también la evocación del museo de Lahore, del que fui subdirector durante seis semanas; sin sueldo, pero inmensamente importante. Y el medio capítulo del Lama sentado en las sombras verdiazuladas, al pie del glaciar, contándole a Kim historias de los *Jatakas,* que era verdaderamente hermoso pero, como hubiera dicho mi profesor de humanidades, *«otiose»,* y tuve que suprimirlo con gran dolor de mi alma.

Pero el colmo de la diversión fue cuando, en 1902, se publicó una versión ilustrada de mis obras y mi padre se encargó de *Kim.* Tenía la idea de hacer placas de bajorrelieves y fotografiarlas después. Hubo que ir a convencer al fotógrafo local, que hasta el momento se especializaba en marineros rasos de la línea de vapores con el pelo también raso de gomina y uniforme ceñidísimo, y reconducirlo por el arduo camino de fotografiar cosas muertas y sacarles un poco de vida. El hombre estaba un poco desconcertado al principio, pero tenía allí al mejor maestro posible y lo llegó a comprender. El estiércol accidental

del patio se notaba bastante, aunque una leal doncella lo combatía escobón *y* cubo en ristre, *y* por eso mi madre permitió que soltáramos el lío de dibujos a medio hacer en las sillas y los sofás. Naturalmente cuando mi padre vio las pruebas finales se mostró convencido de que «habría que repetirlo todo desde el principio», más o menos lo que yo pensé del relato al verlo en letra impresa; pero, si es posible, tanto él como yo repetiremos el trabajo en un mundo mejor, y hasta tal punto que impresionará hasta a los arcángeles.

Hay una imagen de él que recuerdo perfectamente: en el tabernáculo de latón buscaba grandes fotos de arquitectura india para algún detalle sin importancia de la esquina de una de las placas. Cuando entré, levantó la vista y, acariciándose la barba absorto en sus pensamientos, citó: «Sólo con la belleza que consigas, ya rondas lo mejor que Dios creó.» El mayor regalo de los muchos que la vida me ha hecho es el de saber apreciarlos en el momento, no con remordimiento cuando ya es demasiado tarde. Supongo que por eso me impacienta un poco el canibalismo sutil que se practica hoy.

Y con esto dejo de hablar de *Kim,* que ha dado la talla durante treinta y cinco años. Hay mucha belleza en él y no poca sabiduría, y lo mejor de ambas se lo debo a mi padre.

Se me hizo un honor tan alto como aterrador cuando, a mis treinta y tres años -en 1897-, fui designado miembro del Athenaeum, conforme al segundo punto de su reglamento, que contempla la admisión, sin votación previa, de personas distinguidas. Le pedí consejo a Burne-Jones sobre qué hacer. «Yo no ceno allí a menudo», me dijo. «Hasta a mí me da un poco de miedo, pero lo superaremos juntos.» Y la noche indicada fuimos a la cena. Que yo recuerde, éramos las únicas personas que había en el enorme comedor. Porque en aquella época el Athenaeum, hasta que uno llegaba a conocerlo, era como una catedral entre misa y misa. Pero fuera como fuese cené allí y colgué mi sombrero en la percha número 33 (luego lo fui cambiando). No tardé mucho en darme cuenta de que si a uno le interesaba cualquier cosa, desde la forja de anclas hasta la falsificación de antigüedades, encontraba allí al mayor experto del mundo en ese tema. Me las arreglé para caer en una agradable mesa junto a la ventana y reservada para un viejo general que había empezado como guardiamarina en Crimea antes de formar parte de la Guardia. En sus últimos años se había convertido en intrépido regatista, entre otras cosas, y me comentó con exactitud los errores técnicos de los cuentos míos que le habían interesado. Llegué a apreciarlo mucho, como a otros cuatro o cinco de la misma mesa.

Recuerdo que una tarde Parsons, de *Turbinia,* me dijo si quería ver arder un diamante. La demostración tuvo lugar en una habitación llena de cables y células eléctricas (no recuerdo el voltaje total) y todo fue bien por un rato. La punta del diamante burbujeó como una coliflor gratinada. Después hubo una llamarada y un ruido y todos terminamos en el suelo y a oscuras. Pero Parsons dijo que no era culpa del diamante.

Entre otras autoridades de la querida, vieja y sucia sala de billar de la planta de abajo, estaba Hercules Read, de la sección de antigüedades orientales del Museo Británico. Era muy elegante, pero malvivía con un sueldo inferior incluso al de otros conservadores de museo; y mi padre lo había sido. (Nota: es verdad que los ingleses tienen que desconfiar y menospreciar todas las artes y la mayoría de las ciencias, porque su grandeza moral se basa en esa indiferencia, pero el raquitismo de los presupuestos llega a ser excesivo.)

En estos momentos no almuerzo muy a menudo en el Athenaeum, donde tengo la sensación de que la mayoría de los miembros son escandalosamente jóvenes, ya sean

nombrados conforme al punto segundo o mediante votación de los compañeros igualmente niños. Y además no me gusta que me llamen «Sir Rudyard».

La vida ha hecho que mi bienestar espiritual dependa absolutamente del Club como concepto social. Tres ingleses, el Athenaeum, el Carlton y el Beefsteak se han ajustado a mis necesidades, pero el Beefsteak es el que más me ha aportado. Allí las reuniones eran imprevisibles y cada cual podía decir lo que quisiera en todo momento sin que nadie se lo tomara al pie de la letra. Podía uno coincidir a la mesa con gente de cinco profesiones distintas, desde magistrados a piratas del teatro. Otras veces eran tres colegas entre sí, que habían llegado a la ciudad casi por casualidad y se incorporaban a una tertulia larga y amena en la que se hablaba de medio mundo. Al final se iban encantados de sí mismos y de la compañía. Una vez, cuando ya me temía que iba a tener que cenar solo, entró un socio al que nunca había visto ni he vuelto a ver después. Era experto en aves protegidas. Cuando nos despedimos, lo que yo no sabía de santuarios de pájaros era porque no merecía la pena saberlo. Pero lo mejor era cuando algo o alguien, de repente, motivaba una guasa colectiva y teníamos que estar rápidos de ingenio para defendernos.

No hay pueblo más dotado que el inglés para colar en la conversación tonterías de verdad y que tengan gracia y vengan a cuento. Los norteamericanos tienden demasiado a la anécdota y los franceses son demasiado retóricos para este juego ligero. Ninguno de los dos países tiene el don de conversar tan abiertamente en broma como nosotros.

Cuando vivía en la calle Villiers me hice amigo de la sección de caña de un selecto club de pescadores que se reunía en la parte de atrás de una tienda de tabaco. Eran casi todos pequeños comerciantes aficionados a la pesca del gobio, el albur y peces así, pero también tenían el don, como me imagino que lo tenían sus antepasados de los tiempos de Addison.

El Doctor Johnson dijo una vez que «no se reciben cartas en la tumba». Seguro que, aunque no lo dijo, también lamentó que ahí tampoco haya clubs.

CAPÍTULO 6

SUDÁFRICA

Pero andaba, en el fondo, preocupado por lo que decían que estaba pasando fuera de Inglaterra. (Los habitantes de ese país nunca han mirado más allá del sitio al que se van de vacaciones.) Había también problemas en Sudáfrica después del levantamiento de Jameson, que garantizaba, según me escribían, más problemas. En general uno tenía la sensación del bíblico «rumor de algo que sale de la morera», como si la realidad tomase posiciones lo mismo que las tropas. Y en esto llegaron las bodas de diamante de la Reina Victoria en el trono, y hubo cierto optimismo que me alarmó. El resultado, por mi parte, fue un poema titulado «Himno al final de la celebración» que publicó el *Times* en el 97, al final de los fastos del aniversario. Venía a ser un *nuzzur-wattu* o conjuro contra el mal de ojo y, dado el conservadurismo de los ingleses, se usó en los coros y otros lugares de canto, mucho después de que tanto nuestro Ejército como nuestra Armada, en nombre de la «paz», se hubieran vuelto inofensivos. Lo escribí justo antes de irme de maniobras con mi amigo el capitán de la Armada E. H. Bayly. A la vuelta, me pareció que era el

Librodot

momento de publicarlo, así que, después de hacer una o dos correcciones, lo di al *Times*. Digo que lo di, porque por ese tipo de trabajo no cobraba nada. No es que importe mucho lo que la gente piense de uno después de muerto, pero no me gustaría que personas cuya opinión tuve en estima pensaran que cobré dinero por poemas sobre Joseph Chamberlain, Rhodes, Lord Milner, o por cualquiera de los poemas sudafricanos del *Times*.

Fue la preocupación que sentía la que nos llevó, en el invierno del 97, a Ciudad del Cabo, adonde nos acompañó mi padre. Allí vivimos en una casa de alquiler de Wynberg, regentada por una irlandesa, que obedecía fielmente los instintos de su raza *y* repartía miserias y molestias a su alrededor a cambio de buenos dineros. Pero los niños crecían y el color, la luz y las costumbres casi orientales de aquel país nos ganaron el corazón para años venideros.

Fue allí donde por vez primera tuve ocasión de hablar con Rhodes. Era más callado que un colegial de quince años. Jameson y él, según noté más tarde, se comunicaban por telepatía. Pero Jameson no estaba con él en aquel momento. Rhodes solía hacer de pronto preguntas bruscas, tan desconcertantes como las de los niños, o las del emperador romano que en realidad parecía. Sin venir a cuento me preguntó: «¿Cuál es su mayor sueño?» Le contesté que él formaba parte de ellos y creo que le dije que había bajado a ver cómo iban las cosas. Me enseñó algunas de sus nuevas plantaciones de fruta de la península, antiguas casas holandesas maravillosas, remansadas en una tranquilidad absoluta. Se lamentó de lo difícil que era conseguir madera resistente para las cajas, y de los defectos de los trabajadores indígenas. Pero estaba decidido a convertir en realidad su deseo de una industria frutera para la Colonia, y los ayudantes que había elegido consiguieron muy pronto que así fuese. La Colonia no le debió en esto nada a ningún Ministerio *dutch*. La peculiaridad racial de los *dutch* -se habían puesto ese gentilicio y llamaban *hollanders* a los habitantes de los Países Bajos- consistía en quedarse con el mayor número posible de explotaciones de lo que se producía para ellos, poner todo tipo de obstáculos al desarrollo y sacar de éste todo el dinero que podían. En lo cual no eran ni mejores ni peores que muchos de los de su religión. Iba contra su credo intentar combatir las enfermedades del ganado, bañar a las ovejas, luchar contra las plagas de langosta, lo que, en un país fundamentalmente dedicado al pastoreo, tenía su inconveniente. Ciudad del Cabo, como gran centro distribuidor, estaba dominado en muchos aspectos por comerciantes bastante nerviosos que querían quedar bien con los clientes del interior y que llegaban a tener cargos públicos como el de alcalde. Y las consecuencias del levantamiento de Jameson tenían asustada a mucha gente.

Durante la guerra de Sudáfrica, mi puesto ante los soldados llegó a ser oficiosamente superior al de la mayoría de los generales. Hacía falta dinero para que las tropas del frente tuvieran las comodidades mínimas, y con este fin el *Daily Mail* empezó lo que acaso fue un antecedente de las actuales «campañas publicitarias». Se convino que yo debía pedir donativos. El periódico se encargaba de lo demás. Mi poema (“El mendigo distraído») contenía elementos de apelación directa, pero, tal como se señaló, le faltaba «poesía». Sir Arthur Sullivan le puso una música que no tenía nada que envidiar a la de los organillos de feria. Todo el mundo podía hacer lo que quisiera con él, recitarlo, cantarlo, salmodiarlo, con tal de que los donativos y beneficios se ingresasen en la cuenta general -el «Fondo del Mendigo Distraído»-, que se cerró con alrededor de un cuarto de millón de libras. Una parte se dedicó a tabaco. En aquella época se fumaba más en pipa

que cigarros, y la marca más popular era una de picadura -aunque también podía mascarse- llamada Hignett's True Affection. Mi bono para el almacén de Ciudad del Cabo incluía todo el tabaco que quisiera. Lo demás, por el estilo. Atareados sargentos de Ingenieros, en almacenes abarrotados, daban prioridad a mis telegramas. En el tren me guardaban el asiento los soldados británicos en mangas de camisa, y los del destacamento colonial, que no son precisamente dóciles, se peleaban por mi pequeño equipaje y me lo llevaban servicialmente. Y era *persona gratissima* en un hospital de Wynberg donde las enfermeras habían descubierto que tenía facilidad para conseguirles pijamas. Un día le llevé un lote de pijamas a la enfermera que no era (me confundí con las capas rojas) y, como sabía que eran urgentes, le dije en voz alta: «Hermana, tengo aquí sus pijamas». Y aquella vez no hubo agradecimiento ni amabilidad.

De mi atractiva situación se derivó cierta intimidad superficial, agradable y a veces desagradable, con todo tipo de gente; y sólo en una ocasión recibí un desaire. Iba a Bloemfontein, que acababa de caer, en un vagón incautado a los bóers, quienes habían llenado el suelo de tripas de oveja *y* cebollas *y* en la pared habían puesto caricaturas de Chamberlain en la horca. Casi todo lo demás era madera. Detrás de nosotros, en vagón descubierto, venían unos soldados ingleses a los que el gracioso de la compañía estaba entreteniendo con la imitación de cómo los oficiales les ordenaban clavar las herraduras. A la caída de la tarde, aquel mismo soldado me dio un par de bengalas de tres mechas que, al menos, nos sirvieron de luz para la cena. Le pregunté cómo había conseguido objetos tan codiciados. Contestó: «Mire usted, Gobernador, yo no le he preguntado de dónde saca el tabaco que acaba de fumarse. Así que haga el puñetero favor de dejarme en paz.»

En ese mismo tren fantasma, el asistente de un oficial indio -mahometano- tenía problemas de conciencia. «¿Será legítimo que un musulmán coma la carne de ternera en lata que proporciona el Gobierno?» Le dije que, en caso de guerra contra los infieles, el Corán permite cierta flexibilidad en el cumplimiento, así que no debía dudarlo. A la mañana siguiente, apareció junto a mi litera con la taza de té que los indios toman por la mañana. El agua caliente debió de robarla de la locomotora, porque no había ni una gota en toda la zona. Le pregunté cómo había ocurrido el milagro y me contestó con una sonrisa parecida a las de mi propio Kadir Baksh: *«Millar,* Sahib.» Lo que significaba que la había encontrado o «creado».

Mi viaje a Bloemfontein fue por orden de Lord Roberts, quien me enviaba allí para que informase y siguiese indicaciones. Éstas me las dieron en la estación dos desconocidos que ya habrían de ser amigos míos para siempre, H. A. Gwynne, que entonces era corresponsal-jefe de la agencia Reuter, y Perceval Landon, del *Times.* «Tiene que ayudarnos a dirigir un periódico para las tropas», me dijeron, y enseguida me llevaron a la «redacción» recién incautada, ya que Bloemfontein acababa de caer a la manera de los bóers, como habría caído un colegio. Los cajistas y el resto del personal eran también prisioneros nuestros, lo que los tenía bastante contrariados, especialmente a la mujer del ex director, una alemana de lengua viperina. En cuanto vimos a un cajista, le mandamos componer la proclama oficial de Lord Roberts al muy castigado enemigo. Tuve la satisfacción de recoger del suelo una información detallada de cómo nuestra artillería había puesto en combate a la guarnición de Su Majestad; y las pruebas de un artículo verdaderamente duro contra mí mismo.

Durante aquella tregua hubo mucho tráfico de proclamas -y de paquetes de mantequilla a media corona-. Utilizábamos todas las planchas de plomo de los anuncios de comestibles agotados hacía mucho, o de los de carbón o charcutería (los polvos de maquillaje eran el único lujo que les quedaba a las tiendas de Bloemfontein), y llenábamos las entrelíneas con nuestras propias aportaciones, que se completaban con el trabajo sin ganas de aquellos hombres que entraban y nos daban un ejemplar muy bien impreso, casi siempre difamatorio.

Julian Ralph, el mejor americano, codirigía conmigo aquel periódico. Un día, a un hijo suyo, ya mayor, le dio una fiebre con muy mala pinta de tifoidea. Buscamos a un médico competente y detuvimos a uno alemán que -así sería el terror que le inspiraban nuestras armas tras el «apresamiento»- preguntó con arrogancia: «¿Y quién me paga si voy?». Nadie parecía saberlo, pero algunos sí le explicaron quién le iba a pagar si perdía tiempo por el camino. Le miró el abdomen al muchacho y dijo alegremente: *«Por supuesto* que es tifus». Entonces se planteó el problema de cómo llevarlo al hospital, que estaba abarrotado de casos así al haber cortado los bóers el suministro de agua. Lo primero que había que hacer era bajarle la fiebre con fricciones de alcohol. Nos quedamos parados hasta que un genio -creo recordar que Landon- dijo: «Tengo entendido que, por aquí, la mujer de uno de los oficiales lleva flequillo postizo». No tuvo que dar más pistas para que uno de los hombres se fuese por las calles anchas y polvorientas y la encontrara enseguida, con flequillo y todo. Era difícil imaginar cómo demonios había llegado hasta allí, pero era una señora de primerísima categoría. «Venga a mi habitación», dijo, y al entregar el impagable frasco, se limitó a suspirar: «No lo gasten *del todo,* salvo que no haya más remedio». Conseguimos que, de treinta y nueve *y* medio que tenía, la temperatura del muchacho bajase generosamente a treinta y siete y medio y lo llevamos al hospital, donde resultó que al final no tenía tifus, sólo una mala fiebre típica de aquel campo.

Creo que en Bloemfontein hubo, en total, ocho mil casos de fiebres tifoideas. Me enteraba a menudo de que las banderas nacionales «de gala» estaban siendo «útiles» al mismo tiempo. Eran demasiados los muertos que se iban a la tumba envueltos en mantas del Ejército.

Fue excesivo el número de muertes por enfermedad, y buena parte de la responsabilidad fue nuestra, del descuido total, de la burocracia, de la ignorancia. Yo he visto a toda una unidad de caballería llegar al campamento a medianoche, con una lluvia torrencial, y que un idiota, para quitarse problemas, los metiera en un hospital de tifus que acababa de ser evacuado. El resultado fue que, al mes, había treinta casos más. He visto a hombres beber agua sin depurar del río Modder, pocos metros más abajo de donde se descomponían las mulas muertas; y la organización y 'emplazamiento de las letrinas se consideraba «trabajo de los negros». El mando médico más importante de cualquier batallón debería ser el de Comandante Superior de Letrinas.

Al tifus había que añadir la disentería, cuyo olor es aún más nauseabundo que el de la carne humana en descomposición. Las tiendas de los enfermos de disentería se olían a kilómetros. Y no debe olvidarse que, hasta que llevamos allí las enfermedades, aquella tierra enorme, cocida de sol, era un lugar antiséptico y esterilizado. Tanto era así que, con frecuencia, las heridas de máuser en el abdomen, si estaban limpias, sólo obligaban a pasar un semana sin tomar nada sólido. De esto me enteré en un tren-hospital, donde tuve

que apartar del rancho normal a una avalancha de «abdominales» de muy mal humor. Estábamos, en aquel momento, recogiendo víctimas de un pequeño suceso llamado Paardeberg, y la lista de muertos -que en realidad fue de unos dos mil- se rebajó cuidadosamente para evitarle el impacto a la ciudadanía inglesa. Una noche, mientras duraban las tareas, tropecé en la oscuridad, cerca del tren, y caí de lleno sobre un hombre. Sólo me llené las manos de grava. Él me dijo serenamente que tenía «la cadera rota, señor. Espero que usted no se haya hecho daño». Nunca llegué a saber cómo se llamaba aquel Philip Sidney anónimo. Eran gente magnífica, incluso a la hora de morir, aquellos hombres y muchachos del reemplazo que habían sido porteros de casas, o ex mayordomos, o simples ciudadanos de veinte años.

Pero volviendo a Bloemfontein. En un descanso de las tareas editoriales, nada más salir de la ciudad me encontré con el «jinete solitario» de las novelas. Era conductor -sargento de Intendencia- y me contó que a «la flor y nata del Ejército británico» le acababan de tender una emboscada, con resultado desastroso. Sólo añadió que había sido en el puesto llamado de Sanna y, notablemente impresionado, siguió de largo. Hasta entonces, yo había supuesto que la flor y nata de aquel ejército estaba en la retaguardia, dedicada a leer nuestro periódico; pero es que, muy poco después, vi a un oficial al que, en los tiempos de la India, llamaban «el Sardina». Estaba tranquilo, pero con el uniforme más bien deshilachado, raído, hecho jirones por las balas. Sí, en su puesto habían tenido problemas, pero de momento era más fuerte la admiración profesional.

«¿Que qué ha pasado? Que nos han acorralado en un barranco, y como quien va al teatro, ya sabe usted: "Las butacas de patio, por la izquierda; las de primer piso, por la derecha." Nada, que sin más hemos caído en la trampa y ha sido "Infantería, por este lado; Artillería, por la derecha, si son tan amables." ¡Un trabajo magnífico! ¿Que cuántas víctimas? Lo menos mil doscientas, calculo, y cuatro -tal vez seis- oficiales. Una operación lo que se dice profesional. Es lo que pasa cuando uno sigue al pie de la letra la estrategia previa.» Y, con más elogios al enemigo, siguió también de largo.

A la vuelta a Bloemfontein, la gente aseguraba que ochenta mil bóers iban a rodear pronto la ciudad, y la oficina del Censor de Prensa (Lord Stanley, hoy Derby) se abarrotaba de personas desesperadas por poner un telegrama a Ciudad del Cabo. Una de esas personas, que no era de los nuestros, mandó telegrafiar «el tiempo aquí variable», y Stanley, a quien le preocupaba la suerte que algunos de sus propios amigos podían correr en aquella emboscada, reconvino al caballero.

"El Sardina» tenía razón cuando hablaba de las estrategias seguidas al pie de la letra. Se habían destinado columnas móviles por todo el país para que los británicos demostraran lo amables que querían ser con los mal encaminados bóers. Pero a los bóers del Transvaal, como no son pájaros de ciudad, les importaba poco la «caída» de la capital del Estado Libre y se desperdigaban por el campo, con la jaca y el máuser.

Así que tuvo que haber batalla, que se llamó la Batalla de Kari Siding. Participó en ella toda la plantilla del *Bloemfontein Friend.* A mí me destinaron a un carro que conducía un indígena y en el que llevábamos la mayoría de las bebidas. Me acompañaba un famoso corresponsal de guerra. Aquel inmenso paisaje pálido se tragó a siete mil soldados sin dejar rastro, a lo largo de un frente de once mil kilómetros. Por el camino vimos una fila de trincheras vacías, limpias, hondas, con el parapeto bien hecho en sentido contrario al de la metralla. Un joven oficial de la Guardia, recién ascendido a mayor honorario -y

bastante dolido con el periódico porque habíamos puesto «secundario»- las estudió con interés. Eran los primeros esbozos de los refugios subterráneos, pero tanto él como nosotros estuvimos un rato mirándolas. Los alemanes las habían diseñado *secundum artero,* pero el bóer había preferido el campo abierto al alcance de su jaca. Al final llegamos a una casa de campo, solitaria en mitad de un valle y en la que ondeaban, como mínimo, cinco banderas blancas. Detrás de la montaña se oían tiroteos y, de vez en cuando, un cañonazo. «Aquí», dijo mi guía *y* protector, «nos bajamos *y* seguimos a pie. El conductor nos esperará en la casa». Pero éste se negó, a gritos. «¡No, sañor. Ellos disparar. Ellos disparar a mí!» «Pero si han puesto banderas blancas por todas partes», le dijimos. «¡Síí, sañor. Por eso mismo!», respondió, y prefirió quedarse con sus mulas detrás de un barranco discretamente alejado, y allí esperar a que volviéramos.

En la casa -y enseguida se verá por qué doy tantos detalles- había dos hombres y creo que dos mujeres, que nos recibieron con indiferencia. Salimos luego a un desierto lleno de sol y de lejanías, donde de vez en cuando se oía un disparo aislado. Lo que menos me gustaba era la sensación de que tiraban a dar: de ser, como de hecho éramos, el blanco de aquellas balas. «¿Por qué nos disparan?», le pregunté a mi amigo. «Porque creen que somos la Unidad Algo de Caballería Ligera. Que tendría que estar justo al pie de este monte. Recé por que la verdadera Unidad Algo se fuese a cualquier otra parte, como enseguida hizo, ya que los tiros a dar amainaron y un colono que andaba por allí, y que se moría de aburrimiento, se nos acercó con noticias de un frente lejano: «No, no pasa nada y no hay nadie a la vista». Entonces hubo más disparos y un acercamiento sumamente cauteloso al borde de un gran hoyo donde pastaban ovejas. Algunas de las cuales empezaron a caerse y a patalear patas arriba. «Eso es que los dos bandos están haciendo prácticas de tiro», dijo mi compañero. «¿Calcula usted a qué distancia?», le pregunté. «A unos doscientos metros el más cercano. Eso es demasiado cerca, hoy en día. Nunca verá usted un tiro a menos distancia. Es imposible, con los rifles modernos. Nos quedaremos aquí hasta que se oiga algo mayor.» Los dos bandos hicieron un razonable intervalo para comer, interrumpido de vez en cuando por tiros de fusil. Entonces se oyó lo que sin duda era una granada; ridícula como el piar de un pollito en aquella inmensidad, pero que levantó mucha tierra. «¡Krupp del calibre 4 ó 5 y a máxima distancia!», exclamó el experto. «Todavía creen que somos la Caballería Ligera. A partir de ahora las lanzarán con cierta regularidad.» Y así fue, rigurosamente: cada veinte minutos o así, una granada se hundía en nuestra ladera. Seguimos esperando, sin ver nada en aquel vacío y oyendo sólo un ligero rumor, como el del viento en las llamas, que venía de distintos puntos de las montañas indiferentes.

Entonces empezaron los cañonazos. Desagradables proyectiles del 1, diez por serie (que se encasquillaban, por lo general, al sexto). En la tierra blanda, se hundían con ruido sordo. Contra las rocas, los proyectiles estallan y hacen un ruido como el chillido de los gatos cuando se pelean. Por primera vez, a mi amigo parecía interesarle aquello. «Si estos son sus cañones, Pretoria es nuestra», diagnosticó. Miré detrás de mí -toda la extensión sudafricana hasta Ciudad del Cabo- y parecía muy lejos. Pensé que esa distancia la podría haber recorrido en cinco minutos, en circunstancias normales. Pero no con aquel fuego a conciencia detrás. Los cañones volvieron a disparar contra un escollo de rocas, para mayor esplendor de las granadas. Pasó a toda prisa, en menos de dos minutos, una fila de jacas con la cola muy pegada y los jinetes muy agachados. Y desaparecieron hacia el

norte. «Nuestros cañones», dijo el corresponsal. «Espero que sea Le Gallais. *Ahora sí* que no tardaremos.» El absurdo Krupp se pasó todo este tiempo rozándonos fielmente, a falta de la Caballería Ligera, y, si llega a tener un par de horas más, nos pudo haber herido a alguno. Entonces a la izquierda, casi a nuestros pies, un pequeño bosque de la ladera se llenó de humo de nuestra metralla, como se llena de humo el bigote de un fumador. Fue de lo más impresionante y duró más de veinte minutos. Después hubo un silencio. Y movimiento de hombres y caballos que subían por nuestro lado de la montaña. Y desde el cobertizo al que habíamos estado disparando, empezaron a venirles ráfagas a ellos. Más jacas bóers pasaron por el horizonte; por fin unos últimos cañonazos a la derecha y un pequeño friso de lejanas jacas asustadas, ya fuera del alcance de los disparos.

"Maffeesh», dijo el corresponsal y se puso a escribir apoyado en la rodilla. «Nos los hemos quitado de encima.»

Dejamos a nuestra infantería persiguiendo hombres a jaca hacia el ecuador y volvimos a la casa. Desde el barranco en que nos había esperado el conductor, alguien disparó con rifle nada más subirnos al carro, y el conductor arreó a las mulas por las rocas, con riesgo para nuestras sagradas botellas.

Llegamos a Bloemfontein y nos abordó Gwynne con el parte completo: ciento veinticinco bajas y la opinión general de que «French era una especie de carnicero», y la historia de cómo el general de caballería se había negado en redondo a destrozar los caballos haciéndolos galopar por rocas peladas «sólo por unos malditos bóers».

Meses después, me llegó el recorte de un periódico norteamericano con una información procedente de Ginebra -que ya entonces era la apestada sede de la propaganda- y en la que se explicaba cómo yo y algunos oficiales -con nombres, fecha y lugar exacto- habíamos entrado en una casa de campo donde había dos hombres y tres mujeres. Habíamos sacado a las mujeres de debajo de las camas, donde se habían escondido (puedo jurar que ninguna Tantie Sannie de aquella época cabía debajo de ninguna cama) y, después de dejarles cien metros de ventaja, les habíamos disparado mientras corrían.

Aun así, aquella barbaridad me sorprendió más por cómica que por relevante. Pero, a esas alturas, tendría que haber aprendido que los alemanes creen que todos son de su misma condición. Habían introducido el matiz aquél de los «cien metros de ventaja» en reconocimiento a nuestro sentido nacional del juego limpio.

Desde el punto de vista económico, la guerra fue ridícula. Corrimos con los gastos de cuidado y mantenimiento de todo el que vivía en territorio bóer, incluidos las mujeres y los niños. Lo cual convirtieron en historias terribles de atrocidades en campos de concentración.

Una de las acusaciones más explotadas fue la de nuestra crueldad deliberada al obligar a que las tiendas y cuartos de los prisioneros se orientaran al norte. Una señorita llamada Hobhouse, entre otros, protestó mucho por esto, pero había que disculparla.

Un día estábamos presumiendo de nuestra pequeña casa, «Woolsack», recién construida, con una gran señora que iba de camino al interior del país, donde le estaban haciendo la suya. Mi mujer dijo que la despensa daba al sur. Tiene que ser el cuarto más fresco cuando uno vive al sur del ecuador. La gran señora sopesó un rato la herejía. Y, con el gesto de desprecio británico que zanja cualquier absurdo, farfulló: «No dejaré que *eso* me dé igual a *mí».*

Algunas de las comodidades de la vida militar se introdujeron en los campos de

prisioneros y las mujeres volvieron a la vida civil sabiendo lo que eran los corsés, las medias, los neceseres y otros accesorios que los maridos y los sacerdotes veían con malos ojos. Como mujeres no eran muy guapas, pero hacían que sus hombres lucharan, y sabían bien cómo batallar en su propio terreno.

En el toma y daca del combate, nuestros soldados aprendieron a ponderar el distinto mérito de los generales a los que se enfrentaban. Tal como recuerdo la clasificación, De Wet, con doscientos cincuenta hombres, era peligroso. Con el doble, era fácil que cayera por su propio peso. Smuts, que había estudiado en Cambridge y que me aseguraban que en combate iba con traje negro, los pantalones remangados hasta las rodillas y con chistera, podía controlar quinientos hombres, pero, con más, se aturrullaba. Y así sucesivamente. Tuve la suerte de conocer a Smuts, en el Ritz, cuando ya era general británico durante la Primera Guerra Mundial. Meditando sobre las cosas vistas y sufridas, me dijo que verse perseguido por el desierto, en una jaca, obliga al hombre a pensar deprisa y que quizá el señor Balfour -no era todavía conde- habría mejorado mucho con una experiencia así.

Cada mando tenía su propia reputación en el campo de batalla y nos intimidaban más cuantas más canas peinaban. Había un veterano contingente venido de Wakkerstroom con el que había que tener cuidado. Podía decirse que mataban para ganarse las habichuelas. Los jóvenes no eran tan buenos. Y había contingentes extranjeros que seguían luchando a la manera europera. A éstos, los bóers tenían la inteligencia de ponerlos en vanguardia, de la que ellos se apartaban. Hubo un ataque en el que los Zarps -la policía del Transvaal- fueron muy valientes y murieron casi todos. Pero lo sentimos mucho, porque la mayoría eran suecos.

Alguna vez hicimos prisioneros extranjeros. De entre ellos recuerdo a un francés que iba de voluntario por puro odio lógico a los ingleses. Pero, al ser profesional, no podía evitar decirnos cómo debíamos librar las batallas. No solía fallar, pero era un poco arisco.

La «guerra» se fue volviendo un sucio estercolero de «consideraciones políticas», reformas sociales y de vivienda, orfelinatos y absurdos diversos. Es posible, aunque lo dudo, que desde el principio hasta el final de la guerra matáramos a cuatro mil bóers. Nuestras propias bajas, principalmente por enfermedades evitables, debieron de multiplicar por seis esa cifra.

Los oficiales jóvenes coincidían en que aquella experiencia debía ser un «ensayo general de lujo para Armageddon». Pero se equivocaban en las conclusiones prácticas. El disparo individual y a larga distancia predominaría en el futuro: nunca se acercaría un bando al otro más de ochocientos metros. Y la caballería sería fundamental. Fue por esto por lo que, al descubrir que la infantería no podría alcanzar a hombres que iban en jacas, creamos una caballería de ochenta mil hombres, única hasta entonces en el mundo. Pero ésta no sirvió de nada en Europa occidental. Los planes de reforma pasaron bastante por alto el preparar a la artillería para el combate con alambradas, porque no las había en Magersfontein. Este descuido de las alambradas en los planes de la reforma se debió a que son menos accesibles para llevar a caballo municiones. Los cañones y la rápida artillería ligera de Lord Dundonald agotaban su propia carga de granadas en tres o cuatro minutos.

En el hotel de Bloemfontein, muy destruido, donde vivían los corresponsales y de vez en cuando había oficiales, se oía discutir abierta y acaloradamente según el curso de los

acontecimientos. Pero, como nadie podía imaginar que el mundo estaba a punto de estallar y como en aquellas tierras no funcionaban nuestros aparatos de radio, todos dábamos palos de ciego.

La «guerra» se fue acabando por derroteros políticos. El Hermano Bóer -y todos los soldados lo llamaban así- estaba dispuesto a todo menos a morir. Nuestros hombres no comprendían por qué razón tenían que desaparecer en la persecución de comandos dispersos o morirse de asco en los fortines, y a esto le siguió una especie de *en qué mano das* desmoralizador de rendiciones alternas, complicado con el intercambio de tabaco del Ejército por brandy bóer. Nada de esto benefició a ninguno de los dos bandos.

Al final nos vimos teniendo que pedir perdón a un pueblo profundamente indignado, al cual habíamos dado todo tipo de asistencia sanitaria durante un año o dos; *y* que ahora esperaba, *y* recibía, colectas de toda clase y la dotación técnica y material para una agricultura que nunca había tenido. Los dejamos en situación de defender y expandir su afán primitivo de dominio racial y encima teníamos que dar gracias a Dios «por habernos librado de unos miserables».

En medio de tantos sucesos y cambios, bajábamos todos los años desde la paz de Inglaterra a la paz todavía mayor de «The Woolsack», donde pasábamos seis meses: a la vida bajo los robles cuyas ramas cubrían el patio y en las que las ardillas enseñaban a trepar a sus crías; a la tranquilidad de las tardes de calor en las que la caída de una bellota era casi como un disparo. A un lado de la casa había un bosquecillo de pinos y eucaliptos que mezclaban sus intensos olores; y en frente, el jardín, en el que cualquier cosa que plantáramos en mayo, ya había crecido y florecido en diciembre. Al fondo se perdía una estribación de la meseta y sus sotos de álamos plateados, al borde de barrancos escarpados. Para llegar a la casa de Rhodes, «Groote Schuur», había un sendero empinado y lleno de hortensias, que en otoño -la primavera inglesa- se adensaban en una especie de río sólido y azul. A este paraíso nos trasladábamos todos los años, por diciembre, desde 1900 a 1907, con todo el equipo de aya, criadas y niños, de tal modo que éstos llegaron a conocer y por tanto, como tales niños, a adueñarse de los barcos de la Union Castle, camareros incluidos; y, si cambiábamos de aya, aleccionaban al reemplazo sobre el modo de disponer los camarotes para un largo viaje y «dónde iba cada cosa». Por cierto que perdimos a dos ayas y a una cocinera muy querida, que se nos fueron casando. Aquellos mares cálidos lo propiciaban.

Tanto en el viaje de ida como en el de vuelta, la vida a bordo era una mera prolongación de Sudáfrica y sus atractivos. Había muchos judíos de las montañas del Rand; colonizadores; comisionados indígenas que trataban con basutos o zulúes; gente que había participado en las Guerras Matabeles y en la fundación de Rhodesia; exploradores; políticos de todo signo, cada uno convencido de lo suyo; y también oficiales del Ejército, uno de los cuales, inesperadamente, me contó una preciosa historia en la que luego basé un cuento titulado «Los pequeños zorros», tan minucioso de datos verídicos que hubo un inspector de policía de Port Sudan que me escribió, asombrado, preguntándome cómo había conseguido saber los nombres exactos de los perros de la jauría misma de la que él, de joven, había sido montero. Le contesté que me había limitado a charlar con el dueño.

También Jameson hizo el viaje a Inglaterra con nosotros una vez y se dignó sentarse a nuestra mesa. El primer día, además, comían con nosotros una señora muy inglesa y sus

dos bellas hijas. La madre se quejó, con toda la razón, de lo mala que era aquella comida y dijo que le parecía rancho de presidio. Jameson puntualizó: «No, señora; dada mi condición de ex presidiario, le puedo asegurar que ésta es mucho peor». En la comida siguiente ya tuvimos toda la mesa para nosotros.

Pero el viaje de ida tenía el aliciente más divertido y era la coincidencia de la Navidad con el paso del ecuador, donde no cabía nostalgia: los camareros escribían con jabón estupendas felicitaciones en los espejos y se hacía una magnífica fiesta de disfraces. A partir de ahí, cuando ya se divisaba bien a proa la Cruz del Sur, guardábamos la ropa de invierno, seguros de que no la íbamos a necesitar hasta mayo. Distinguíamos nuestra querida montaña y enseguida estábamos en casa viendo lo que el jardín había cambiado en nuestra ausencia. Descalzos, hacíamos una breve visita a «Strubenheim», la casa de nuestros vecinos los Struben, que invariablemente tenían consentidos de puro cariño a nuestros hijos. Volvíamos a la amplia sonrisa de la lavandera malaya, y a la facilidad de retomar un modo de vida.

Vida que era feliz, sobre todo la de los niños, que podían jugar con todos los animales de la finca de Rhodes. En la colina estaban los leones, Alice y Jumbo, cuyos rugidos por la mañana eran la señal de que había que levantarse. El cercado de las cebras, que lo compartían con el avestruz, estaba justo detrás de «The Woolsack», una ladera de unas cuantas hectáreas. Las cebras siempre estaban jugando a pelearse, como los leones y los unicornios del escudo real; el juego consistía en morderle la pata al otro, por debajo de la rodilla, si no la doblaba a tiempo. Cuando querían cambiar de aires, no había valla que las retuviese. Jameson y yo vimos a una familia de tres, que volvían de una excursión. En el camino se encontraron con que les impedía el paso un cercado, de postes muy recios y alambres bien tensados salvo en un punto en que estaban más flojos, por encima de un canal. Ahí el papá se arrodilló, metió la cabeza bajo el alambre hasta que le llegó a la cruz, lo levantó y así pudo pasar. La mamá y el pequeño hicieron lo mismo. Al verlo, una jaca vieja que estaba moliendo hierba pensó que también ella podría escaparse, pero a lo más que llegó fue a empujar el poste con la culata y volver la cabeza de vez en cuando, extrañada de que no cediese. Era, como dijo Jameson, la alegoría perfecta del bóer y el británico.

Cerca de la casa, había en una cuadra una llama que escupía, peculiaridad que nuestros hijos descubrieron enseguida. Pero no la conocían los otros niños que venían de visita. Así que, si les decían que se acercaran a ella y le gritaran, lo hacían... una vez. Porque os podéis imaginar lo que pasaba.

Pero el visitante que más nos llamaba la atención era un antílope africano de más de tres metros. Saltaba la verja, de casi dos de alto y se metía en el pequeño huerto de melocotones; como tenía los cuernos retorcidos, enganchaba una rama repleta, la arrancaba de un tirón y se comía los melocotones, dejando los huesos, y saltaba otra vez la valla, ligero como un pájaro, camino de la montaña. Una noche, de vuelta a casa después de cenar, lo vimos al borde del jardín, gigantesco a la luz de la luna, y tuvimos que dar un rodeo de puntillas, descalzos por la tierra caliente y roja; porque sabíamos que, hacía unos días, los vigilantes le habían llenado de perdigones uno de los cuartos traseros por perseguir al cocinero de un vecino.

El acompañante de los niños cuando iban de paseo era un bulldog -Jumbo- de aspecto terrorífico y al que los bantúes le cedían siempre el paso. Corría la leyenda de que había

mordido a un indígena y que, cuando lo soltó, llevaba un trozo de indígena en la boca. Solía echarse en cualquier sitio de la casa y, cuando alguien lo pisaba, se excusaba con bastante desprecio. Los niños le daban pan de pasas y, cuando se acordaban de que las pasas eran indigestas, se las sacaban una a una de detrás de los últimos dientes, mientras el perro tenía cuidado de dejar bien abiertas las fauces llenas de baba.

También un cachorro de león fue como de la familia, un invierno. Se lo habían quitado con palos de escoba a su madre, Alice, que había querido devorarlo cuando nació. Lo llevaron a «Groote Schuur», donde, aunque lo cuidó de mala gana una perra madrastra (le vería al cachorro, como es lógico, las uñas de felino), se quedó demasiado flaco. Mi mujer insinuó que podía recuperarse si se le cuidaba. «Estupendo», dijo Rhodes, «lo enviaremos a "The Woolsack" y así podrá intentarlo usted». Vino a casa, con jaula de hierro forjado, madre adoptiva y todo. A ésta última la destituyó mi mujer, que salió a comprar guantes resistentes y los biberones más grandes que hubiera, y con ellos lo alimentó. A él le parecía muy bien el procedimiento y no paraba de chupar del biberón hasta que no quedaba ni una gota. Entonces se le daba unas palmaditas en la barriga, como si fuera una sandía, para asegurarse de que estaba llena, y a dormir. Así sobrevivió y creció en el cuarto que le pusimos de leonera, al que no dejábamos que entraran los niños, para que no le hicieran daño con sus caricias.

Cuando era más o menos del tamaño de un conejo grande, le salieron dientecillos y empezó a dar unas toses mínimas que él estaba convencido de que eran rugidos. Después tuvo raquitismo y me dijeron que fuera a ver a un especialista de Ciudad del Cabo, a ver si él lo curaba. «Demasiada leche», dijo el experto. «Denle caldo de cordero hervido, pero de verdad, hecho en casa, no de lata.» Al principio ni lo probaba en el plato, pero mi mujer empezó a dárselo con el dedo y le despellejó el dedo. Le tiramos de las orejas y lo dejamos solo, con el plato, para que aprendiera los modales de la mesa. Se pasó la noche llorando y, al día siguiente, tragó como un león y se recuperó de su enfermedad. Pasó tres meses a sus anchas con nosotros, sin parar de hablar consigo mismo mientras andaba de un lado para otro de la casa o del jardín, por donde perseguía a las mariposas. Se adormilaba en el porche, de orientación norte-sur, y yo lo veía mirar fijamente a la extensión africana. Siempre un poco retraído, pero dócil con los niños, que en aquella época iban casi sin ropa. Al irnos a Inglaterra, lo devolvimos en perfectas condiciones y estaba casi tan grande como un bullterrier, aunque un poco más bajo. Tanto Jameson como Rhodes estaban de viaje. Lo metieron en una jaula y le dieron de comer, como a los otros de su familia, carnes mal descongeladas, que se llenaban de tierra de la jaula, y al poco tiempo se murió de un cólico. Pero M'Slibaan, que así tradujimos «Sullivan» al matabele, como correspondía a su ascendencia matabele, siempre recibió honores como uno de los muchos espíritus amables que habitaban «The Woolsack».

Los leones, como animales de compañía, suelen ser peligrosos a partir de los seis meses de vida; pero conozco una excepción. Un hombre del interior cuidó a una leona hasta que cumplió el año y entonces, con gran pena de ambos, la llevó al zoo de Rhodes. Seis meses después, bajó a verla y, con una hija que no sabía lo que era el miedo, entró a la jaula y la leona empezó a hacerles fiestas, a tumbarse patas arriba y a ronronear, casi llorando de alegría y de emoción. En teoría, por supuesto, tendría que haber matado tanto a él como a la niña, pero salieron de la jaula sin un rasguño.

En la guerra tuvimos la suerte de que a nosotros no nos cortaran el agua, y nuestra

bañera era de ésas en las que uno se mete y se tumba a todo lo largo. De ahí que también la usara Gwynne, asqueroso después de meses en el campo africano de batalla. Se tenía que mantener a distancia como un leproso. («Esto..., querría darme un baño. El uniforme lo he dejado en el jardín. No, en el porche no. Se mueve ya de los bichos que tiene.») Muchos otros hacían igual. Como decían los niños: «A esta casa viene mucha gente sucia».

Cuando Rhodes andaba perfilando su proyecto de las becas para Oxford, solía venir a casa y digamos que pensar en voz alta o hablar, sobre todo con mi mujer, del lado financiero de la idea. Fue ella quien le sugirió que con doscientas cincuenta libras un estudiante no podía mantenerse todo un curso de la universidad, con sus largos intervalos. Así que Rhodes las subió a trescientas libras. Yo le servía más que nada de suministrador de palabras, porque se quedaba casi mudo. Una vez que había expuesto la idea -había que conocer el código en que la expresaba-, decía: «¿Sabe usted lo que quiero decir? Dígalo, *dígalo* usted». Yo lo decía *y,* si la frase no se ajustaba del todo, él seguía dándole vueltas, cabizbajo, hasta que encontraba una satisfactoria.

Su orden del día en «Groote Schuur» era más o menos así: el huésped de más edad asignaba habitación a las personas que deseaban «verlo». No iban si no era por una razón de peso y relacionada con el trabajo, y se quedaban allí hasta que Rhodes los «veía», lo que podía ocurrir a los dos o tres días. Los problemas de corazón lo obligaban a pasar mucho tiempo tumbado en una gran hamaca del mirador de mármol, que daba a las montañas y a la plantación de casi dos hectáreas de hortensias, que parecían incrustaciones de lapislázuli en la hierba.

Decía: «Y bien, señor Tal. Ya le estoy viendo. ¿De qué se trata?». Y le exponían el asunto.

Un hombre que tendía la línea de telégrafo entre Ciudad del Cabo y El Cairo se encontró con que, en un tramo de doce kilómetros que bordeaba un lago, las mujeres del lugar preferían el cobre al oro y lo cogían de los postes para adornarse. ¿Qué se podía hacer? Cuando hubo terminado de exponer el problema, Rhodes se giró pesadamente en la hamaca y le dijo: «Hay allí una especie de lago, ¿no? Pues pase los cables por debajo del agua. No me moleste con tonterías». El problema quedó arreglado y aquel hombre volvería por allí a la menor ocasión.

Se conocía a mucha gente interesante en las comidas de «Groote Schuur», que a menudo terminaban con largas conversaciones sobre los días de la fundación de Rhodesia.

Una vez, en plena guerra contra los matabeles, Rhodes, en compañía de otros y de un guía, se aventuró a caballo más allá de lo seguro y tuvieron que esconderse en unas cuevas. El lugar era claramente arriesgado y, en vista de que unos airados matabeles los perseguían, tuvieron que salir. Pero el guía, nada más llegar al exterior, dijo alguna estupidez relacionada con que había que cuidar la «valiosa vida» de Rhodes. Entonces Rhodes se detuvo y le dijo: «Aclaremos esto antes de seguir. Fue *usted* quien nos metió en este lío, ¿no?» «Sí, señor, sí; pero *por favor* no se detenga.» «No. Un momento. Por lo tanto, usted huye para salvar el propio pellejo, ¿no?» «Sí, señor, igual que todos nosotros.» «De acuerdo. Sólo quería que quedara claro. *Ahora* podemos seguir.» Y siguieron, pero se salvaron por los pelos. De esto me enteré a su mesa, igual que de la respuesta retardada que le dio a un joven oficial que quería saber qué opinión tenía de él

y de su carrera. Rhodes pospuso la respuesta hasta la cena y entonces, con aquella voz tan peculiar suya, dijo que por supuesto aquel joven iba a tener mucho éxito, pero sólo hasta cierto punto, porque pensaba más en su carrera que en el trabajo en sí. Los treinta años siguientes corroboraron el veredicto.

CAPÍTULO 7

LA CASA PROPIA DE VERDAD

¿Cómo voy a apartarme de la lumbre
de hogar alguno,
si sé con qué ilusión y con qué ganas se hizo el mío?
Los fuegos

En todo aquel tiempo tan atareado, la Comisión de Presupuestos no dejó de albergar la esperanza de tener una casa que pudiera llamar propia -un hogar de verdad en el que quedarse- y, para buscarla, hubo que coger muchos trenes y muchos carruajes de la época. No nos faltaron aventuras, alguna de ellas desagradable, como cuando una «buena guardería» resultó ser un oscuro manicomio que estaba discretamente al final de un callejón. Estuvimos dos o tres años buscando, hasta que, un día de verano, un amigo vino a vernos y nos dijo: «Harmsworth ha aparecido con uno de esos cacharros de motor. ¡Hay que probarlo!»

Fue un viaje de veinte minutos. Volvimos blancos de polvo y mareados del ruido. Pero se nos quedó el gusanillo. Y una empresa muy audaz de Brighton terminó alquilándonos un embrión de automóvil que llevaba la capota plegable de las victorias, amortiguadores de coche de caballos, freno de coche de caballos, un solo cilindro, correa de transmisión *y* arranque con manivela *y que* podía ponerse a trece kilómetros por hora. El alquiler, incluido el conductor, era de tres guineas y media por semana. Mi querida tía, que no le tenía miedo a ningún invento, dijo enseguida que ella también quería. Y allí íbamos los tres, en busca de casa, jugándonos la vida de un modo que después, sólo de acordarme, me ha dado escalofríos. Lo cierto es que llegamos a ir a Arundel y vuelta en el día, noventa y seis kilómetros en total, en diez horas nada más. Igual que otros pioneros temerarios, fuimos objeto del escándalo inicial de una opinión pública contraria. Los aristócratas, cuando adelantábamos sus calesines de tracción a látigo, se ponían de pie y nos maldecían. Los carros de los gitanos, los cochecitos de las niñeras, las vagonetas de la cerveza, todo el mundo, menos los pobres caballos llenos de paciencia -y de indiferencia a nuestro paso si hubieran estado sueltos- se unían a la retahila de la malaventura, *y* el *Times* sacaba artículos sobre el automóvil que eran paleolíticos.

Entonces me compré un coche de vapor, un Locomobile, cuyas características conté fielmente en un relato titulado «Estrategia a vapor». Con ese coche, de tanto ir a Sussex y volver, lo normal era que estuviéramos siempre al borde de la extenuación o de la histeria. Después vino el primer modelo de Lanchester, cuyo arranque, ya en aquella

época, era perfecto. Pero no había técnico, fabricante, propietario ni chófer que entendiera una palabra de automóviles. Los directivos de la Lanchester, después de enviarles telegramas cada vez más agresivos, terminaron por venir a casa como amigos -todos lo éramos en aquellos comienzos- y se sentaron con nosotros junto al fuego a conjeturar por qué le pasaba al coche lo que le pasaba. Una vez, el fabricante se empeñó en llevarme, con orgullo -era su criatura más reciente-, nada menos que a Worthing, donde el coche dijo *basta* delante de un solar en obras en el que no había nadie. El solar lo pavimentamos de piezas en las que creíamos que podía estar la avería. Después de dos horas de trabajo, reconstruimos el coche. Nos empezó a escupir en las piernas agua hirviendo, pero tapamos con un trapo el géiser y volvimos a casa de un tirón.

Fue, sin embargo, el torturador Locomobile el que nos llevó a la casa llamada «Bateman». La habíamos visto anunciada y llegamos hasta allí por una carretera que era un camino de cabras. Nada más ver la casa, la Comisión de Presupuestos dijo: «Ésta es. Ésta es la casa que necesitamos. Tenemos que quedárnosla». Entramos y notamos que el espíritu, el *feng shui* de la casa, era positivo. Fuimos recorriendo los cuartos y no había sombra de penas ni ecos de miserias o angustias contenidas, y eso que la parte «nueva» tenía trescientos años. Para nuestra decepción, el dueño nos dijo que acaba de alquilarla. Por un año. Nos fuimos, y por el camino nos íbamos repitiendo el uno al otro que, en realidad, a ninguna persona sensata se le podía ocurrir irse a vivir a aquel vallecillo de mala muerte. Con esa mentira nos estuvimos consolando mientras hacíamos como que buscábamos otra casa hasta que, al año, la volvimos a ver anunciada y la compramos.

Cuando todo estuvo firmado y pagado, el vendedor nos dijo: «Ahora ya puedo preguntárselo a ustedes. ¿Cómo se las van a apañar para ir y venir con lo lejos que está la estación? Hay lo menos seis kilómetros, y hasta aquí arriba he llegado con los cuatro caballos agotados». «Pienso usar esta especie de trasto», le respondí desde el asiento del Jane Cakebread, que era como tenía el escaso honor de llamarse mi segundo Lanchester. «¡Ah! Este invento no va a durar mucho», replicó. Años después me lo volví a encontrar y me confesó que, si llega a saber lo que yo sabía, hubiera subido al doble el precio de la casa. A los tres años de comprarla, ya no había que ir en tren. A los siete, a una visita que vino en una lata de sardinas de menos potencia oí que le decía nuestro chófer:

-¿Montañas? De Londres aquí ya no hay montañas.

La casa no era para enseñarla al servicio con lámpara de gas o con vela, por lo que le pusimos corriente eléctrica, lo que en 1902 era todo un acontecimiento. Tuvimos la suerte de conocer, en visita de fin de semana, a Sir William Willcocks, el ingeniero de la presa de Asuán; unas obrillas de nada, hechas en el Nilo. Para que no nos presumiera mucho, le contamos nuestro proyecto de desatascar un molino de agua antiguo que había en la parte alta del jardín y de usar su canalillo microscópico para que funcionara una turbina. No hizo falta más. «¿Una presa?», preguntó. «¡Qué sabe usted de presas ni de turbinas! Tendré *yo* que ir a ver. El lunes por la mañana se vino con nosotros, estuvo viendo el arroyo y el canal del molino y calculó la cantidad exacta de energía que podía dar la turbina. «Cuatro caballos y medio, ni uno más.» Pero empezó a soltarme insultos egipcios por el estado del arroyo, el cual, hasta aquel momento, me había parecido pintoresco. «Está obstaculizado por los árboles y los arbustos. Córtelos y déles a las riberas una pendiente del treinta por ciento. «Présteme un par de trabajadores egipcios y empiezo mañana mismo», le contesté.

Dijo también que los cables de la luz no los pusiéramos con postes, sino bajo tierra. Conseguimos un cable de alta mar que no había superado la prueba de los doce mil voltios -nuestro voltaje era de ciento diez- y lo enterramos a lo largo de una trinchera que iba del molino a la casa, doscientos metros en total, y allí se pasó un cuarto de siglo funcionando. Al final de esos años se encontraba un poco fatigado y los cojinetes de la turbina se habían desgastado dos milímetros. Así que tanto al cable como a la turbina decidimos darles una jubilación digna, y nunca hemos vuelto a tener nada tan infalible.

Del villorrio que había en lo alto de la montaña, sólo sabíamos, por las guías, que los habitantes procedían de unas familias de contrabandistas o ladrones de ganado y que se habían ido civilizando en las últimas tres generaciones. Los que trabajaban para nosotros, a los que hoy supongo que llamaríamos «obreros», se pusieron en huelga para exigir más paga de la acordada, y lo hicieron justo cuando empezaba el trabajo de verdad. El maestro de obras, contratista de todos ellos, de su misma raza y que muy pronto se haría amigo nuestro, me dijo: «Creen que le tienen seguro y que no pierden nada por intentarlo». Y era cierto. Tuve la calma suficiente para tener en cuenta que eran buenos trabajadores y artistas, tanto de la piedra como de la madera o de la tala de árboles, o del alcantarillado, o -y eso ya es un don- del modelado estético del barro; gente mañosa, capaz de hacer magia con cualquier material. Una vez puesta en marcha nuestra campaña de electrificación, un contratista vino de Londres a meter un tubo de desagüe en la presa, inocente en apariencia, del molino. Su equipo humano de importación se encontró con que la médula de aquella obra de ladrillo estaba muy dura y venía a ser tan atravesable como la obsidiana. Desistieron, no sin antes haber dicho palabras muy fuertes. Pero uno cualquiera de *«nuestros* hombres» había intuido exactamente qué era aquella médula y por dónde iba y, después de debilitarla lo suficiente con el Lunnon, «hicieron magia» para meter tranquilamente el tubo entre lo que quedaba.

Lo único que les impresionó fue cuando socavamos un poco los cimientos del molino para instalar la turbina y vieron que estaba edificado sobre un escaso estribo de troncos de olmo. El trozo que sacamos salió aparentemente tan intacto como cuando lo habían puesto bajo el agua. Pero en menos de una hora aquella viga grande, expuesta al aire, se volvió polvo blanquecino. Los hombres miraban en corro asombrados. Había uno de ellos, que andaría ya por los cincuenta años cuando nos conocimos, que era furtivo por linaje y por instinto, un caballero que, cuando su necesidad de beber le apremiaba, lo que no ocurría muy a menudo, se apartaba y la saciaba a solas; estaba más «fundido con la Naturaleza» que muchos salones llenos de poetas. Se convirtió en nuestro especial apoyo y consejero. Una vez quisimos trasplantar un tilo y un olmo escocés al jardín correspondiente. No dijo una palabra hasta que empezamos a hablar de llamar a un especialista de Londres. «Haga lo que le parezca conveniente, pero yo de usted no lo haría», fue lo único que dijo. Entendimos que él se haría cargo en cuanto la conjunción de los astros fuera favorable. Reunió enseguida a cuatro parientes suyos -también artistas- y nos quitó de enmedio. Los árboles se dejaron arrancar dócilmente. Los transplantó y nos indicó las debidas precauciones para que crecieran durante las dos o tres generaciones siguientes. Sujetó el tronco y la copa con palos y cuerdas y nos pidió que los dejáramos así cuatro años. Todo ocurrió tal y como él lo había previsto. Los árboles tienen ahora casi doce metros de altura y nunca han decaído. De la misma manera se subió a un olmo escocés bastante crecido que necesitaba un poco de disciplina y lo podó, y todavía hoy tiene la

forma redondeada que le dio él. En sus últimos años -llegaría a vivir hasta los ochenta y cinco- escribió, tal como yo estoy escribiendo ahora, su pasado, en el que había anécdotas suficientes para muchos volúmenes impublicables. Hablaba de viejos amores, peleas, adulterios, denuncias anónimas de «esa gente que sabía escribir» y venganzas tramadas con minuciosidad oriental. De la pesca y caza furtivas hablaba ampliamente, desde la compra de *cocculus indicus* para envenenar a los peces de los estanques, hasta el arte de fabricar redes de seda para las truchas de los arroyos, el mío entre ellos; redes de las que me dio un ejemplar. Hablaba también de batallas -sin armas- con rudos guardas dé la época de los viejos bosques de Lord Ashburnham, en los que se podía cazar ciervos leonados. Sus epopeyas estaban ilustradas con dibujos de la naturaleza tal como él, desde luego, la conocía a fondo. Contaba nocturnos y amaneceres, regresos sigilosos y cómo pensaba coartadas una vez desnudo junto al fuego, mientras se le secaban las ropas. Y cómo sería el siguiente crepúsculo, a cuyo amparo se volvía a escabullir para seguir con su pasión. Su mujer, después de diez años de trato con nosotros, evocaba también un pasado en el que se aceptaba la magia, la hechicería y los filtros amorosos, que estuvieron muy solicitados hasta mediados los años sesenta.

Nos contó ella un ritual nocturno en la casa de la hechicera local, donde se mató un gallo negro con ritos y conjuros muy curiosos y «todo el tiempo estaba allí, como si dijéramos, algo que intentaba llegar a nosotros desde la oscuridad. Hoy no creo mucho en esas cosas, pero de soltera sí que creía». Vivió noventa años y hasta el final mantuvo la discreción, el estilo y la buena presencia, a pesar de lo pequeña que era, de una duquesa de las de antes. También contamos con la ayuda de gente bastante interesante que trabajaba por libre. Uno de ellos era un albañil cualificado, que me acuerdo que llevaba un montón de monedas de oro en el bolsillo y que tuvo la amabilidad de construirnos un muro, pero que tardó tanto que casi llegó a formar parte del equipo. Cuando quisimos cavar un pozo frente a unas dependencias, dijo que era zahorí, y soy testigo de que cuando cogió uno de los mangos de la horquilla de avellano, y yo el otro, aquello empezó a moverse a pesar del esfuerzo que yo hacía por sujetarlo, y marcó el lugar dónde había un manantial inagotable.

Después, de los bosques que lo saben todo y no cuentan nada nos llegaron dos primitivos misteriosos y de piel morena. Se habían enterado. Cavarían ese pozo porque tenían el don. Las herramientas que traían eran una enorme artesa de madera, una polea portátil con los asideros curvos y suaves como cuernos de buey y una azada de mango corto. Hicieron un círculo de ladrillos en la tierra y, al principio con las manos, cavaron dentro del círculo. Conforme el círculo se fue ahondando, poco a poco fueron sacando tierra con la azada hasta que el agujero, perfectamente delimitado, como el interior de un cañón, estuvo lo suficientemente hondo para utilizar la mayor artesa, que un hermano desde abajo llenaba y el otro sacaba con la polea mágica. Al detenernos, a los siete metros de hondo, habíamos sacado una pipa de fumar de tiempos de Jacobo I, una cuchara de latón bastante gastada, de tiempos de Cromwell, y al final de todo la mordaza de bronce de un bocado de caballo.

En la limpieza de un viejo estanque que debía de haber sido una antigua marguera o boca de mina, nos encontramos dos botellas isabelinas de cinco litros de las que le gustaban a Cristopher Sly, nacaradas por la pátina de los siglos. De lo más profundo del barro salió una cabeza de hacha neolítica perfectamente pulimentada, que sólo tenía una

mella en la hoja todavía agresiva.

Detallo todo esto para dar una idea de por qué, cuando mi primo Ambrose Poynter me dijo que escribiera un cuento sobre los tiempos de la ocupación romana, me pareció bien la idea. «Escribe», me dijo, «acerca de un viejo centurión que cuenta sus experiencias a sus niños». «¿Cómo se llama?», le pregunté, porque siempre escribo mejor si es a partir de una referencia concreta. «Parnesio», contestó mi primo; y el nombre se me quedó en la cabeza. Estaba más ocupado en aquel momento con la Comisión de Presupuestos -que se había ampliado a Obras Públicas y Comunicaciones-, pero, a su debido tiempo, el nombre me volvió, en compañía de otros siete demonios incipientes. Me salí un poco del Comité y empecé a «maquinar», estado en el cual me convertía en «hermano de los dragones y compañero de los búhos». Justo al otro lado de nuestra linde, en un pequeño valle que se perdía entre parajes desiertos, estaba el escorial, bastante grande y lleno de matojos, de una fragua muy antigua, que se suponía que había funcionado en tiempo de los fenicios y de los romanos y, desde entonces, sin parar hasta mediados de siglo. Entre los juncos y los helechos había todavía arrabios de hierro perdidos y, si se escarbaba un poco en la hierba rasurada por los conejos, se podían ver las estrechas calzadas para las caballerías, hechas en tiempo isabelino con las escorias de la fundición, que tenían irisaciones azul pavorreal. De este antiguo redondel de arena arrancaba lo que había sido una calzada, que llegaba hasta nuestro campo y que era conocido como «el camino del cañón», y que la gente relacionaba con la época de la Armada Invencible. Cada rincón de aquel lugar estaba lleno de fantasmas y de sombras. A nuestros hijos les gustaba representar para nosotros, al aire libre, los trozos que recordaban de *El sueño de una noche de verano. Y* un amigo les regaló una verdadera canoa de corteza de abedul, que calaba lo menos ocho centímetros, en la que se iban de aventura por el río. Cerca de la casa, en un pasto de regadío había un invariable círculo de hierba oscura que parecía haber estado siempre allí.

Ya véis con qué paciencia me iban siendo favorables las cartas. Las antigüedades de nuestro valles aparecían en cualquier trabajo que hiciéramos en el campo o el jardín. Terminé por admitir que la tierra, el agua, el aire y la gente se habían confabulado para darme diez veces más de lo que yo podía asimilar, aun cuando escribiera toda una historia de Inglaterra en relación con nuestro valle.

Empecé a escribir deprisa, no sobre Parnesio, sino sobre una historia que confusamente me habían contado acerca de un pequeño pirata del Báltico que había ido con su galera hasta Pevensey y, frente a Beachy Head -donde en la guerra, decían, se habían hundido barcos mercantes ingleses-, se cruzó con la flota romana que abandonaba Britania a su suerte. Esta historia pudo haberme servido de espoleta, pero los árboles impedían ver el bosque, así que lo dejé.

Me fui con esta historia a la casita de Wiltshire, donde se habían instalado mi padre y mi madre y conversé mucho con mi padre sobre ella. Me dijo, y no por primera vez: «La mayoría de las cosas de este mundo terminan saliendo si uno sabe dejar prudentemente que salgan solas». Jugábamos a las cartas -él me había modelado un lama perfecto y un pequeño Kim para sujetar los naipes- mientras mi madre trabajaba a nuestro lado o nos quedábamos todos, cada uno con un libro, en el silencio de la total comprensión mutua. Una noche, sin venir a cuento, me dijo mi padre: «Y tendrás que cotejar tus fuentes un poco más, ¿no?» No me había caracterizado por eso precisamente, en los tiempos de la

Civil and Military Gazette.

Esto me puso en otra pista falsa. Escribí un cuento que contaba Daniel Defoe en una fábrica de ladrillos; teníamos una de verdad, en aquella época, y hacíamos ladrillos para casas de campo, del color exacto que queríamos. El cuento trataba de cómo lo habían enviado a abordar al rey Jaime II, fondeado en la desembocadura del Támesis, harto de una Inglaterra en la que ninguna facción estaba con él. Me salieron unas páginas bastante trabajadas y de cierto mérito, cargadas de referencias verídicas, pero con el sentimiento que podría tener una garrota. Así que también dejé esta historia, por otra que el Doctor Johnson les contaba a los niños sobre cómo se había escapado de Escocia a toda prisa, para sorpresa de un tal Boswell. Estaba claro que mi Daimon no servía cuando se trataba de fábricas de ladrillos ni de colegios.

Así que, como Alicia en el País de la Maravillas, me desentendí de todo y pasé al otro lado. Sólo así la cosa empezó a hilvanarse y funcionar. Acometí primero un relato sobre normandos y sajones. Después vendría Parnesio, salido de un bosquecillo cercano a la fragua fenicia. Y el resto de los cuentos de *Puck* salieron sucesivamente. Un día en que mi padre vino a casa, le leí el de «Hal el del dibujo» y nada más terminar se acercó con la pluma, me levantó de la mesa y empezó a hacer el dibujo del propio Hal. Le gustó aquel cuento y su compañero «Lo que no era», de *Prodigios y recompensas,* que al final embelleció notablemnete, sobre todo en lo tocante a un pintor italiano cuyos frescos «nunca traspasaban el yeso». Lo de «saber dejar que las cosas salieran solas» me dijo que no valía para los artistas plásticos.

Sobre «La mudanza de Dymchurch», cuento del que no me avergonzaba sentirme orgulloso, me preguntó de dónde había sacado aquella iluminación. Había llegado sola. Como obra en sí, aquel cuento y dos nocturnos de «Hierro frío» *(Prodigios y recompensas)* son lo mejor que he escrito en ese estilo. Pero en cambio, no sé por qué, «El tesoro y la ley», de *Puck,* siempre me ha parecido un poco salido de madre.

El caso es que aquel cuento me supuso un pequeño triunfo que para mí fue muy valioso. Había imaginado un pozo dentro del castillo de Pevensey, hacia el año 1100, porque me convenía para el relato. Arqueológicamente, ese pozo no ha existido hasta este año de 1935 en que las excavaciones lo han sacado a la luz. Claro que sostengo que el truco había sido bastante razonable: los castillos con suministro propio tienen que tener agua también propia. Un poco más me arriesgué cuando, en los cuentos romanos, acuartelé a la Cohorte Séptima de la Legión XXX *(Ulpia Victrix)* dentro del castillo *y* decidí que desde allí los romanos tiraban con arco contra los pictos. Lo primero se basaba en honrada «investigación». Lo segundo era legítima deducción. Años después de publicado el cuento, se hicieron excavaciones arqueológicas dentro del castillo y me enviaron unas puntas de flecha de cuatro lados y destinadas claramente a matar, que habían encontrado *in situ y, lo* más increíble de todo, una copia de la lápida conmemorativa ¡de la Séptima Cohorte de la Legión xxx! Como me habían educado en un colegio suspicaz, sospeché que se trataba de una broma; pero me aseguraron que la copia era auténtica.

Me embarqué en *Prodigios y recompensas* sin una idea muy clara. Historias que contar tenía muchas, pero ¿cuántas iban a ser verídicas y cuántas «deducciones»? Estaba ahí, además, la vieja norma: en cuanto veas que sabes hacer algo, haz algo que no sepas.

Se me aclararon las dudas al terminar el primer cuento, «Hierro frío», que me dio la

clave: ¿qué otra cosa podía haber hecho?, que es el quid de toda creación. Pero, dado que las historias las iban a leer niños antes de que se supiese que eran para mayores, y dado que tenían que ser una especie de compensación a la vez que el cierre de algunos aspectos de mi vieja vena «imperialista», dispuse el material en tres o cuatro tintas y texturas superpuestas que pudieran revelarse o no a la distinta luz de la edad, sexo o experiencia del lector. Era como trabajar con laca y nácar, una combinación natural, de la misma manera que el mosaico y el trampantojo, y procurar que no se notaran las junturas.

Así, pues, llené el libro de alegorías y referencias concretas y verifiqué los datos hasta un punto que le habría encantado a mi antiguo jefe. Intercalé tres o cuatro tramos en verso que no estaban nada mal y el esqueleto de una novela histórica, para que la terminase quien quisiera. Incluso camuflé un criptograma cuya clave me temo que he olvidado del todo. Me lo pasé muy bien y el libro debía de ser o muy bueno o muy malo, porque me fue saliendo con la misma facilidad con que había salido *Kim.*

Entre los poemas de *Recompensas* había uno titulado «Si ... » que se salió del libro y que se pasó tiempo recorriendo el mundo. Estaba basado en la figura de Jameson y contenía consejos de perfección muy fáciles de dar. Una vez dados, la mecánica de la época los hizo rodar como bola de nieve hasta un extremo que me asustó. Los colegios y otros centros de enseñanza adoptaron el poema para la pobre juventud, lo cual no me hizo ningún bien con los jóvenes, al conocerlos luego («¿Por qué escribió usted aquello? Me castigaron a copiarlo dos veces») Con «Si...» se hicieron tarjetas para colgar en las oficinas *y* los dormitorios, lo ilustraron *y* antologaron hasta la saciedad, veintisiete países del mundo lo tradujeron a sus veintisiete idiomas y lo imprimieron de todas las maneras posibles.

Unos años después de la guerra, un señor muy amable me insinuó que mis dos inocentes libritos podían haber contribuido a un cierto «canibalismo sutil». Entendí que se refería a la exhumación de celebridades cuyo cadáver estaba aún caliente, mujeres indefensas en especial y a las que se ataviaba con deducciones rotundas y conclusiones sexuales para aprovechar la tendencia del mercado. Fue una acusación terrrible y, en todo caso, pensé que eran otros los que se habían cualificado como funerarios de aquel negocio.

El descanso, la recuperación y las muy queridas experiencias y anhelos, durante los seis meses o así que pasábamos al año en Inglaterra, nos los daban la casa y el campo y, de vez en cuando, el arroyo del fondo del jardín, cuya corriente era arrolladora. Como era el que hacía funcionar la turbina y como la pequeña presa que lo conducía al canalillo era una antigüedad frágil, no era raro que hubiera que acudir a atenderlo sin demora y siempre en el momento más inoportuno. Algunos bobos nos preguntaban: «zY en el campo hay algo que hacer?» Siempre respondíamos: «En el campo hay de todo menos tiempo para hacerlo».

Empezamos teniendo arrendatarios, dos o tres pequeños granjeros en aquel poco espacio, que nos pudieron hacer creer que el trabajo del campo era una mezcla de farsa, fraude y fondo perdido que le quitaba a uno la afición. Después de bastantes experiencias, algunas de ellas cómicas, nos replegamos y optamos por tener nuestro ganado en nuestro propio terreno, las grandes vacas tintas de la raza de Sussex, de carne y no de leche. Al menos nuestras inversiones servirían para algo, aunque sólo fuera para el gusto de verlas, y las vacas no nos contaban mentiras. Rider Haggard venía a vernos algunas veces con su

gran sabiduría sobre el campo, y me acuerdo de que planté unos manzanos en un viejo huerto que entonces teníamos arrendado a un irlandés, quien enseguida metió allí una cabra tan ágil como hambrienta. Haggard, de repente, descubrió la combinación una mañana, y con el don de la palabra que tenía, nos dijo que meter cabras en un huerto era como meter allí al demonio. No recuerdo qué dijo, aunque me parece que influí, acerca de nuestros arrendatarios. Las visitas de Haggard eran siempre una alegría para nosotros y para los niños, que iban detrás de él como perros de caza para que les contara «más historias de Sudáfrica». Nunca ha habido un mejor narrador oral, y para mi gusto nadie con una inventiva más seductora. Casualmente nos dimos cuenta de que podíamos trabajar a gusto en compañía del otro, y él me visitaba y yo lo visitaba a él con lo que estuviéramos escribiendo y entre los dos podíamos imaginar historias a medias, la más rotunda prueba de compenetración.

Me honró con su amistad, hasta que murió, el coronel Wemyss Feilden, que por la misma época en que llegamos nosotros a «Bateman» se vino al pueblo al heredar una preciosa casa de finales del dieciocho. Era todo un coronel Newcome de espíritu; *y* más tímido *y* reservado que una solterona de *Cranford;* y hasta sus ochenta y dos años me agotaba cuando dábamos caminatas juntos, y mataba faisanes en pleno vuelo. Su carrera militar había empezado en la Guardia Negra, en la cual, a las afueras de Delhi, durante la rebelión, escuchó una mañana, mientras se estaba afeitando, que un joven llamado Roberts había apresado, él sólo, un pabellón rebelde y que venía con la bandera por el campo. «Todos salimos a verlo. El muchacho venía a caballo y muy contento de sí mismo, y un soldado de ordenanza que venía tras él en otro caballo traía la bandera. Lo vitoreamos con las caras llenas de espuma de afeitar.»

Después de la rebelión el coronel se sintió cansado y, como tenía negocios en Natal, se pasó un tiempo en Sudáfrica. Después luchó con los confederados en la guerra civil de los Estados Unidos, y se casó con una sudista en Richmond y el anillo lo hicieron de una moneda de oro inglesa, «porque en Richmond no había oro en aquel momento». La señora Feilden, a sus setenta y cinco años, era la viva explicación de todos los pasos que aquel hombre había dado -y dejado de dar-. El coronel llegó a ser ayuda de campo de Lee y me contó cómo en una noche de tormenta, al llegar a caballo con ciertos despachos, Lee le ordenó quitarse la capa mojada y dejarla junto al fuego; al despertarse de un sueño profundo, vio al general de rodillas junto al fuego secando la capa. «Esto fue justo antes de la rendición», me dijo. «Habíamos dejado de saltear tumbas y empezábamos a saltear cunas. Aquellos tres meses últimos tuve a mis órdenes a quince mil muchachos de menos de diecisiete años y no recuerdo haber visto sonreír a ninguno.»

Poco a poco fui sabiendo que había sido viajero y explorador ártico y que estaba condecorado con la banda blanca del Polo y que había sido botánico y naturalista de prestigio y, por encima de todo, él mismo.

Al enterarse, Rider Haggard no paró hasta que consiguó conocer al coronel. Hicieron buenas migas nada más empezar a hablar; tenían en común los albores de Sudáfrica. Una tarde Haggard nos contó que su hijo había nacido al límite del territorio creo que zulú y era el primer niño blanco que nacía en aquella zona. «Sí», dijo el coronel tranquilamente desde su esquina, *«y yo y* -dio el nombre de dos militares- cabalgamos cuarenta y cinco kilómetros para verlo. Hacía mucho que no veíamos un niño blanco». Haggard se acordó entonces de la visita de aquellos desconocidos.

Y una vez vino a vernos, con su hija casada, la viuda de un oficial de la caballería confederada. Ambas eran lo que se podía llamar «rebeldes irredentas». No recuerdo por qué, la viuda mencionó un camino y una iglesia junto a un río que había en Georgia. «¿Sigue allí?», dijo el coronel llamando aquella iglesia por su nombre. «¿Por qué me lo pregunta?», replicó ella enseguida. «Porque si mira usted en el banco tal y tal, verá allí mis iniciales. Las grabé una noche en que la caballería de X metió allí los caballos.» Hubo una pausa. «Por Dios, entonces ¿quién es usted?», le preguntó perpleja la señora. Él se lo dijo.

«¿Conoció a mi marido?» «Estuve a sus órdenes. Era el único militar de carrera de nuestro regimiento.» Ella no paró de hacerle preguntas y de nombrar muertos de aquella época. «Venga conmigo», me dijo en voz baja la hija, «no nos necesitan». Y se pasaron sin necesitarnos una hora larga.

Tarde o temprano recalaban por nuestra casa todo tipo de gentes. De la India, por supuesto. De Ciudad del Cabo también, y más después de la Guerra de los Bóers y nuestras estancias de seis meses al año allí. También gente de Rodhesia, en los tiempos de la fundación de la provincia. Y de Australia, gracias a planes de emigración que se sabía que el partido laborista nunca aprobaría en sus legislaturas. Y de Canadá, donde la prioridad imperial empezaba a destacar y Jameson, después de una amarga experiencia, maldijo a aquel maestro de baile -Laurier- «que prostituyó todo el espectáculo». Y de muchas islas y colonias importantes. Gentes de todas las procedencias, cada uno con su historia, su dolor, su idea, su ideal o su aviso.

Vino un ex gobernador de las Filipinas que se había dedicado en cuerpo y alma, durante años, a dar sentido a su cargo; y en un giro de las tornas políticas de Washington lo habían destituido tan sin aviso como él no se hubiera atrevido a hacer con uno de sus ayudantes indígenas. Recordé a no pocos hombres cuyo trabajo y esperanzas les habían sido arrebatados de la noche a la mañana y le comprendí muy de veras. Era especialmente divertido lo que solía contarnos de los líderes políticos filipinos que se pasaban el día escribiendo y gritando por la independencia y que luego, al anochecer, iban a verlo para asegurarse de que era improbable que aquel espantoso favor les fuera concedido, «porque entonces lo más seguro es que nos maten a casi todos».

Lo difícil era separar mentalmente estas historias, pero el esfuerzo de adaptar el espíritu a nuevas perspectivas era bueno para la inspiración. Además de estas historias de viva voz, había otras que me llegaban por escrito, tres cuartas partes de las cuales no servían para nada, pero había que echarles un vistazo por la posibilidad de que tuvieran algún valor, máxime durante los tres años previos a la guerra, años en que las advertencias fueron cada vez mayores *y* más frecuentes *y* los sabios a quienes yo se las trasmitía me decían «pero qué exagerado es usted».

Con mi trabajo se alternaban ráfagas de desmedida publicidad. A finales de verano de 1906, por ejemplo, nos embarcamos para Canadá, a donde yo llevaba muchos años sin ir y que me habían dicho que empezaba a liberarse de su dependencia material y espiritual de los Estados Unidos. Nuestro barco era de las líneas Allan y de los primeros en llevar turbinas y telegrafía sin hilos. En el camarote del telégrafo, cuando cruzábamos como a tientas el estrecho de Belle Isle, un barco de la misma compañía, a sesenta millas, nos dijo en morse que la niebla era aún más espesa donde ellos estaban. Un ingeniero joven dijo desde la puerta: «¿Con quién hablas? Pregúntale si ha puesto ya a secar los

calcetines». Y la vieja broma entre colegas atravesó la densa niebla. Fue mi primera experiencia práctica con la telegrafía sin hilos.

En Quebec conocimos a Sir William Van Horne, presidente de las líneas de ferrocarril del Canadá, pero que cuando nuestro viaje de novios, quince años antes, no era más que director del departamento que le había perdido un baúl a mi mujer y había puesto patas arriba a su división para buscarlo. Su tardía pero muy considerable compensación consistió en ponernos todo un vagón Pullman, con mozo de color incluido, para que recorriéramos el país enganchados a los trenes que quisiéramos y con el destino que nos apeteciera y todo el tiempo que nos viniera en gana. Aceptamos e hicimos todo eso hasta Vancouver y vuelta. Cuando queríamos dormir tranquilos, el vagón se quedaba secretamente en vías muertas y sin ruido hasta por la mañana. A la hora de comer, los cocineros de los grandes trenes correos, para los que era un honor llevar nuestro vagón, nos preguntaban qué nos apetecía. (Era la época del pato silvestre con arándanos.) Bastaba que pareciéramos querer algo para que ese algo nos estuviera esperando a unos cuantos kilómetros de recorrido. De este modo, y con estas comodidades, seguimos viajando, cada vez mejor, y el proceso y el progreso eran un disfrute para William, el mozo de color, que nos hacía de camarero, niñero, ayuda de cámara, mayordomo y maestro de ceremonias. (Para colmo, mi mujer entendía su manera de hablar y esto hizo que él terminara por encontrarse a gusto.) Mucha gente venía a vernos en las estaciones, y había que preparar y dar toda clase de discursos en los pueblos. En el caso de las visitas, William, medio oculto tras un enorme ramo de flores, me decía: «Otra comitiva, jefe, y más regalitos para la señora». Si había que dar discurso, me decía: «Hay que dar un discurso en X. Siga con lo que está escribiendo, jefe, sólo tiene que sacar los pies de la mesa y yo le limpio los zapatos mientras». Y así, con los zapatos adecuados y bien limpios, el inmortal William me sacaba a escena.

En ciertos aspectos era un trabajo en público que resultaba un poco fastidioso, pero en general merecía la pena. Me habían nombrado doctor *honoris causa, y* era mi primer título, por la Universidad de Montreal. Me recibieron con interés y, después del discurso que di, de elevado contenido moral, los estudiantes me metieron en un coche de caballos un tanto endeble, en el que se lanzaron por las calles. Un muchachito encantador que iba en el pescante me dijo: «Nos ha dado usted un discurso que mataba de aburrimiento. Nos podría contar ahora algo más entretenido». Lo único que supe contarles es el miedo que tenía por la inseguridad del carruaje, que se caía a pedazos.

A algunos de aquellos muchachos los volví a ver, en el año 1915, cuando cavaban trincheras en Francia.

No tengo palabras para dar una idea de la amabilidad y las buenas intenciones que nos brindaban a cada paso de aquel viaje. Lo intenté, sin éxito, en unas páginas que escribí sobre él *(Cartas a la familia)*. Y lo más impresionante era, siempre, algo que los canadienses parecían no notar: que de un lado de la frontera imaginaria estaban la Seguridad, el Honor y la Obediencia, y del otro quedaba la brutal falta de civilización. Y que, a pesar de todo, Canadá admirase todo lo que llegara de los Estados Unidos. También sobre esto traté de dar algún apunte en mis *Cartas.*

Antes de separarnos, William nos contó la historia de un amigo suyo, que estaba deseando ser mozo de un Pullman «porque me había visto trabajar a mí y se creía que él también podía, sólo con verme». (Ésa era la cantilena del relato, como una campana de

locomotora.) Ante la insistencia del amigo no tuvo más remedio que agenciarle el ansiado puesto «en el vagón siguiente al mío... y tuve que acostar pronto a mi gente, porque me pareció que no iba a tardar en necesitarme, pero él creía que podía, sólo porque me había visto, y entonces todos los de su vagón quisieron irse a dormir a la misma hora, como pasa siempre, y él intentó, vaya si lo intentó, acomodarlos a todos a la vez y no podía. No podía. No sabía hacerlo, y había creído que sabía sólo porque me había visto a mí», etc., etc. «Y entonces se largó, se largó sin más.» William hizo aquí una pausa larga.

«,Se tiró por la ventana?», le preguntamos.

«No, no. Nada de tirarse por la ventana aquella noche. Se metió en el cuarto de las escobas, que allí fue donde di con él, y estaba llorando, y toda la gente aporreándole la puerta y maldiciéndolo, porque querían irse a la cama, y él no sabía, no sabía acomodarlos. Se había creído...», etc., etc. «,Que qué pasó entonces? Pues que tuve que ir corriendo a acostarlos yo a todos y les conté que su pobre negro estaba llorando a moco tendido, y todos se rieron. A carcajadas se reían... Pero él se había creído que podía, sólo porque me había visto a mí.»

Unas semanas antes de volver de aquel viaje maravilloso, me notificaron que me había sido concedido el Premio Nobel de Literatura de aquel año. Fue un gran honor, que yo no me esperaba en absoluto.

Hubo que ir a Estocolmo. Cuando ya estábamos en alta mar, el viejo rey de Suecia se murió. Llegamos a la ciudad, blanca de nieve al sol, y nos encontramos a todo el mundo en traje de etiqueta, que es el luto oficial de allí, y que curiosamente impresiona. La tarde siguiente, a los premiados nos llevaron para presentarnos ante el nuevo rey. En aquellas latitudes oscurece en invierno a las tres, y estaba nevando. La mitad de las grandes dependencias del palacio estaban a oscuras, porque era donde estaba el rey de cuerpo presente. Nos condujeron por pasillos interminables que daban a patios oscuros en los que la nieve blanqueaba las capas de los centinelas, la recámara de unos cañones antiguos y las balas amontonadas al lado. Enseguida llegamos a una zona más viva, ya con los pasillos y las salas encendidos, pero siempre con el silencio de aquella corte, un silencio único en el mundo. En un gran salón iluminado, el nuevo rey, con ojeras y la cara cansada, dedicó a cada uno las palabras propias de la ocasión. Después la reina, que llevaba un magnífico vestido de luto a lo María Estuardo, dijo también unas palabras. Y salimos precedidos por unos oficiales de la Corte que andaban sin hacer ruido, entre el silencio de las estancias, un silencio tan rotundo que a los oficiales se les oía el tintineo de las condecoraciones del uniforme. Nos dijeron que las últimas palabras del viejo rey habían sido «Que no se cierren los teatros por mí», así que Estocolmo aquella noche disfrutó con moderación de sus placeres, muy callada la ciudad bajo la nieve.

No amanecía hasta a las diez, y uno se quedaba en la cama mientras afuera seguía oscuro y se escuchaba el brusco rechinar de los tranvías que llevaban corriendo a la gente a la jornada de trabajo. Pero el modo de vida de aquel país me pareció razonable, bien pensado y muy cómodo para todas las clases sociales en lo que respecta a la alimentación, la vivienda y otros aspectos menos vitales, pero no menos deseables, como es el caso de la atención prestada a las artes. Yo sólo había conocido a los suecos como emigrantes de primera clase en distintas partes del mundo. Al verlos en su tierra pude intuir de dónde les venía la energía y la franqueza. La nieve y el frío no son malos educadores.

En aquella época, en los baños públicos había mujeres muy formales contratadas para lavar con espuma de jabón magnífica y con grandes manojos de virutas de pino -si se piensa, la verdad es que la esponja es tan sucia como el cepillo dental permanente de los europeos a los señores que quisieran el baño más lujoso que pueda conocer la civilización. Pero los extranjeros no siempre comprendían aquella costumbre. De ahí la anécdota que en una estación de esquí me contó, con voz profunda y suave de contralto del norte, una señora sueca que había aprendido y pronunciaba un inglés un tanto bíblico. El principio de la historia es fácil de imaginar. El final era: «Y entonces la vieja se allegó... llegó, a lavar a aquel hombre, pero él se airó... se enfadó, se metió hasta el cuello en el agua y le dijo que se fuera, y ella le decía, pero si he venido a lavarle, señor, y se disponía a hacerlo, pero él se dio la vuelta y con los pies fuera le decía váyase, maldita sea. Ella fue a decirle al director que había allí un loco que no se dejaba bañar. Pero el director le contestó que no era un loco, sino que era inglés, y que preferiría solo, que se lavaría él solo».

CAPÍTULO 8

LAS HERRAMIENTAS DE TRABAJO

Ei trabajo personal debe atenerse a normas personales, pero pobre del artista que, en la especialidad que sea, no sepa cómo se hace la obra del compañero o cómo ésta podría mejorar. Entre trabajadores del mismo oficio, da igual que cavaran, que construyeran, que cortaran árboles, me he pasado la vida oyendo tantas críticas sobre cómo el otro usaba la pala, el palustre o el hacha que darían para llenar un periódico dominical entero. Los más puntillosos de todos son los arrieros y los pastores, cuya tarea depende de distintas intemperies que influyen no sólo en la tarea, sino también en el carácter de la persona. Una vez tuvimos empleados en el campo a dos hermanos, de diez y doce años, y el más pequeño tenía tanta mano con una yegua terca, empeñada siempre en salirse con el carro del camino, que jamás dudábamos que esa yegua tenía que llevarla él. En cuanto al mayor, a los once ya era capaz de hacer cualquier trabajo que sus fuerzas de niño le permitieran, y no digamos con el punzón y la madera, habilidad aprendida de sus mayores. El progreso moderno los ha convertido en dos meritorios criados.

Uno de nuestros vaqueros tenía un hijo que, a los ocho años, distinguía las vacas que estaban al cargo de su padre, se sabía las cualidades y el temperamento de cada una y daba miedo ver la naturalidad con que se acercaba al toro y le daba en el hocico para hacerlo andar con garbo cuando había visitas. A los dieciocho hubiera podido ganar un buen sueldo en cualquier finca de la zona. Pero «servía para estudiar» y ahora es empleado de una pequeña tienda de comestibles. Eso sí, tiene un traje oscuro para los domingos. Lo cual es una maravilla.

He contado ya en qué ambientes empecé a escribir y cómo me dieron materia para convertirlos en literatura. También he contado hasta qué punto los límites del periodismo me enseñaron a centrarme y a pensar en el lector, es decir, a hacer algo que más o menos tuviera planteamiento, nudo y desenlace. Lo mismo me sirvió mi trabajo normal de

redactor que el de articulista, y la verdad es que el aprendizaje fue lento y un poco desesperante. Para colmo, casi todas las noches, en el Club, tenía que asumir las consecuencias y someterme a la crítica directa, caprichosamente cruel en ocasiones. A ellos les daban igual mis sueños. Querían precisión y amenidad. Pero sobre todo, precisión.

A esa edad no paraba de ver y pensar cosas nuevas y, para que fueran literatura, había que encontrar palabras que no sólo las dijeran, sino que en sí mismas funcionaran; palabras con peso, sabor y, si hacía falta, olor. Mi padre me ayudó impagablemente con el consejo aquel del «dejar prudentemente que las cosas salieran solas». Me aconsejaba también que hiciese mis propios experimentos. «Es la única manera Poco favor te haría si intentara ayudarte.» Así que hice mis experimentos propios que, por supuesto, cuanto peores eran, mejores me parecían.

Misericordiosamente, el mero hecho de escribir ha sido para mí, y lo sigue siendo, un placer físico. Esto me ha facilitado siempre el desechar lo que no valía y hacer algo así como escalas. Primero fue la poesía, naturalmente, y ahí sí que intervenía mi madre, que de vez en cuando me hacía comentarios cáusticos que me irritaban. Y es que, como ella misma decía: «Hijo, en poesía no hay madre que valga». Fue ella y nadie más que ella quien reunió e imprimió para los amigos los poemas que escribí en el colegio y hasta los dieciséis años, poemas que yo le confiaba por correo desde la casa de aquellas tres buenas señoras. Después, cuando llegó la fama, «llegaron personajes importantes» y aquella broma inocente salió al mercado y hubo abogados de Filadelfia -una raza aparte- que habían pagado mucho por un viejo ejemplar y querían saber lo que yo recordaba de su origen. Los había escrito en un cuaderno de tapas duras y jaspeadas en cuya cubierta mi padre había dibujado una acuarela en sepia bastante delatora, en la que Tennyson y Browning iban en procesión y un colegial con lentes les cubría la marcha. Cuando acabé el colegio se lo di a una mujer que muchos años después me lo devolvió -se ganó el cielo por eso, más aún de lo que ya lo tenía ganado por bondad natural- y yo lo quemé, no fuese a caer en manos de «descastados al margen de la ley (de Propiedad Intelectual)».

No recuerdo de quién fue la idea de que yo escribiera una serie de cuentos angloindios, pero sí la asamblea que hicimos para decidir el título. En un principio eran mucho más largos que luego al publicarse. Los abrevié, primero, por gusto al releerlos detenidamente y, después, por razones de espacio editorial. Y así aprendí que en un relato quitar líneas es como avivar un fuego. No se nota la operación, pero todo el mundo nota el resultado. Claro que los párrafos suprimidos tienen que haber sido escritos honradamente, para algo, con voluntad de permanencia. Me di cuenta de esto cuando, por ahorrar tiempo, «escribía breve» desde el principio y veía que el relato perdía encanto. Esto confirma la teoría de que la Quimera, después de echar fuego y desaparecer, *puede* seguir ejerciendo su influencia en el vacío.

Todo esto nos lleva al Arte de Escribir. Preparad la cantidad necesaria de buena tinta india y un pincel de pelo de camello, lo suficientemente fino como para escribir entre líneas. En un momento que os sea propicio, leed el manuscrito y examinad con atención cada párrafo, cada frase, cada palabra y tachad lo que haya que tachar. Dejadlo secar el mayor tiempo posible. Después releedlo y veréis que no le vendría mal pulirlo un poco más. Finalmente leedlo en voz alta, a solas, despacio. Puede que todavía se insinúe y hasta se imponga la necesidad de un leve retoque. En caso contrario, dad gracias a Alá,

trabajo terminado y a lo hecho pecho. Cuanto más corto sea el relato, mayor tendrá que ser el retoque y lo normal es que menor el tiempo de reposo. Y viceversa.

A más largo el relato, menos retoque, pero más reposo. He dejado sin publicar tres años, y hasta cinco, relatos que se iban puliendo solos casi anualmente. El secreto está en la Tinta y el Pincel. Porque la Pluma, al escribir, lo que hace es arañar un poco; y el tintero no puede compararse con las barritas de tinta china. Lo digo por experiencia.

Consideremos ahora el Daimon personal de Aristóteles y otros, sobre los cuales se han escrito con razón, aunque no publicado, estos versos:

> Es sino del creador: vive en su pluma el Daimon.
> Será un hombre normal si se le ausenta o duerme.
> Pero cuando aparece, si no reniega de él,
> le dicta, serio o leve, palabras duraderas.

La mayoría de la gente, y alguna del modo más inverosímil, lo tiene oculto bajo un alias que varía según sus logros literarios o científicos. El mío me acompaña desde muy joven, cuando aún no lo conocía y me dijo: «Haz esto y no te precupes de nada». Obedecí y la recompensa fue un cuento que escribí para la revista *Quartette,* hecha con mis padres y mi hermana una Navidad. El cuento se titulaba «La litera fantástica». Tenía algún momento flojo y bastantes malos y exagerados; pero era mi primer intento de pensar como si yo fuese otra persona.

Después de aquello aprendí a apoyarme en mi Daimon y saber cuándo daba señales de vida. En algún momento de indiferencia, dudaba de él y, como Ananías, me empeñaba en dejar intacto lo que había hecho solo -aunque tuviera que tirarlo luego-. Pagaba por ello al perderme lo que *ya entonces* sabía que le faltaba al cuento. Por ejemplo, muchos años después escribí acerca de un artista medieval, un monasterio y el descubrimiento anticipado del microscopio (“El ojo de Alá»). Una y otra vez el relato se me resistía sin saber por qué. Lo dejé y esperé. Entonces, mientras pensaba en otra cosa, mi Daimon me dijo: «Hazlo como si fuera un manuscrito miniado». Me había empeñado en dibujar a lápiz en vez de pulirlo hasta dejarlo suave como el marfil y colorearlo mucho y dorarlo. En otra ocasión un cuento titulado «El cautivo», que escribí en Sudáfrica después de la Guerra de los Bóers, se inspiró en la frase «ensayo general de lujo para Armageddon» y no daba yo con el tono justo del monólogo. El fondo destacaba demasiado. Hasta que el Daimon me dijo: «Pinta primero el fondo de una vez, chillón como el rótulo de un pub, y déjalo». Así lo hice y de lo demás se encargó la manera norteamericana de hablar y de pensar que tenía el narrador.

Mi Daimon me acompañó al escribir *El libro de la selva, Kim* y los dos libros de *Puck,* y puse mucho cuidado en ir de puntillas para no espantarlo. Seguro que no lo espanté: una vez terminados, estos libros lo confirmaban por sí solos, más o menos con la rotundidad con que se cierra un grifo. Una de las cláusulas del contrato era que yo nunca persiguiese «un éxito», ya que este pecado fue el que acabó con Napoleón y otros. *Nota:* mientras el Daimon esté al cargo, no intentéis pensar racionalmente. Dejaos llevar, esperad y obedeced.

No me afectaban mucho las críticas, pero en Londres, al principio, me fue mal. Al conocer los círculos literarios y su lado crítico, me sorprendió la poca preparación de

algunos escritores. No podía entender cómo escribían con un conocimiento tan escaso de la literatura francesa y, según se veía, de muchos clásicos ingleses que a mí me parecían imprescindibles. Parecían salir del paso con unas cuantas generalidades que amparaban en el pretexto del mercado. Me hubiera gustado equivocarme en esto, pero la verdad es que, cuando hacía mis propias comprobaciones (la clave me la dio el tipo que me invitó a cenar para averiguar cuánto había leído), hacía preguntas ingenuas, tergiversaba citas o las atribuía al autor que no era y hasta, una o dos veces, llegué a inventarme a un escritor. El resultado no aumentó mi respeto por aquellos críticos. Si hubieran tenido la urgencia del periodista, lo habría comprendido; pero me los presentaban como pontífices. Y la mayoría parecía venir de otras profesiones -bancarios, oficinistas- mientras que yo había nacido libre. Era puro esnobismo por mi parte, pero me preservaba, que es para lo que sirve el esnobismo.

A ningún escritor le recomendaría hoy que se preocupe demasiado de las críticas. Londres es una aldea y la prensa de provincias se ha sindicado, se ha estandarizado y ha perdido todo vuelo individual. Existe todavía, sin embargo, un pequeño oasis, un periódico de Manchester que se llamaba el *Manchester Guardian.*

Aparte de las recuas de mulas, no he visto nunca nada que diera tantas coces y tantas voces, de un modo tan constante y general. De mí sospecharon desde el primer momento y cuando, a partir de la Guerra de los Bóers, quedaron de manifiesto mis iniquidades «imperialistas», empezaron a aprovechar cada nuevo libro mío para repasar con énfasis la lista de mis pecados anteriores (era el mismo método de trabajo que tenía C.) y supongo que se lo pasaban muy bien con eso. A cambio, yo recortaba y guardaba para uso personal sus artículos más ácidos, pero excepcionalmente bien escritos. Muchos años después escribí un cuento («La casa del deseo») sobre lo que entonces se llamaba una mujer de temperamento, que estaba enamorada de un hombre y que tenía un cáncer en la pierna. Di todo tipo de detalles. La reseña me llegó anotada al margen por un buen amigo: «¡Esta vez te han pescado!» El crítico decía que yo había resucitado a la mujer de Bath de los *Cuentos de Canterbury* hasta en el detalle de la «úlcera en la espinilla». Y la verdad es que lo parecía. Como no había réplica posible, rompí mi costumbre de no tener trato con ningún periódico y escribí al *Manchester Guardian* dándole la razón. El que me contestó parecía claramente un ser humano -yo había llegado a creer que los artículos los escribían solas unas linotipias al rojo vivo- y que estaba encantado de mi homenaje a sus conocimientos sobre la obra de Chaucer.

En cambio, en materias técnicas, me libré de milagro de que me criticaran algunos errores de los que todavía me avergüenzo. Suerte que los marinos y los maquinistas de barco no escriben cartas a los periódicos, con lo cual nadie se burló de mi mayor patinazo.

De otro que podía haber sido aún peor me salvé gracias a mi Daimon. Estaba yo en aquel momento en Canadá, donde un joven inglés me contó como experiencia personal la historia del secuestro de un cadáver, bajo una nieve intensa, en un pueblo perdido de las praderas. El final era de terror puro. Para poder olvidar aquella historia la escribí minuciosamente y me quedó un poco demasiado bien, demasiado equilibrada, demasiado pulida. Tuve el relato guardado un tiempo, no porque me disgustara en especial, sino porque quería estar seguro. A los pocos meses, tuve que sacarme una muela en un dentista del pueblecito estadounidense que hay cerca de «Naulakha». Me hizo estar un

rato en la sala de espera, donde había unos tomos del *Harper's Magazine* de los años cincuenta, encuadernado a unas seiscientas páginas por tomo. Abrí uno y estuve leyendo con la concentración que la muela me permitía. Y allí estaba mi cuento, idéntico hasta el mínimo detalle: la tierra nevada; el cadáver helado y vestido de pieles, en la calesa; el ventero que le ofrecía algo de beber, y así hasta el terrible final. Si llego a publicar aquello, no me habría librado nadie de la acusación de plagio consciente. Conclusión: en este oficio, a caballo regalado hay que mirarle hasta los ,pensamientos, no sea que nos tire.

Pero, en relación a todo esto, hay un caso curioso. En pleno verano creo que del 13, me invitaron a unas maniobras cerca de Frensham Ponds, en Aldershot. Los soldados eran de la división octava de reemplazo y pertenecían a la Guardia, la Guardia Negra, etcétera, hasta los de ametralladoras a caballo, dos por regimiento. Muchos de los oficiales habían hecho de jóvenes la Guerra de los Bóers y a algunos los conocía Gwynne, que también estaba invitado, y a otros los conocía yo. En medio del simulacro el día se nubló, se puso cielo de tormenta y empezó a hacer un calor asfixiante, como el del desierto del Gran Karroo, mientras nos dispersábamos por el terreno entre el ruido frenético y metálico de la mosquetería. Se me ocurrió que con aquel clima se podía avecinar cualquier cosa, cañonazos, por ejemplo, oídos a lo lejos por un lado, o los reflejos de un heliógrafo a través de una nube de paso. De pronto noté la presencia de nuestros muertos de la Guerra de los Bóers, que desaparecían y volvían a aparecer en el horizonte que vibraba del calor; el galope de un caballo solo y una voz de antes que recorría con una canción chusca un batallón vencedor. («Pero Winnie es de los caídos, pobre mío» decía esa canción, si alguien se acuerda de ella, o del cantante, hacia 1900 o 1901.) En un descanso, tumbados en la hierba, le conté a Gwynne lo que me había pasado. También lo escucharon algunos oficiales. El resultado fue que las maniobras se dieron por terminadas y los comandantes, asustados, gritaron un rápido alto el fuego. Hasta los soldados sudaban de miedo sin saber por qué.

Gwynne siguió con la idea y le añadió detalles del combate con los bóers que yo no conocía. Recuerdo que también mostró interés un joven duque de Northumberland, que luego ha muerto. La idea me llegó a obsesionar tanto que escribí el principio enseguida. Pero así, en frío, empezó a parecerme cada vez más fantasiosa y absurda, innecesaria e histérica. Con todo la retomé tres o cuatro veces para abandonarla otras tantas. Después de la guerra tiré el manuscrito. No le hubiera hecho bien a nadie y podría haber abierto el camino, y mi correo, a discusiones vanas. Porque hay un tipo de espíritu que siempre anda en busca de lo que llama «experiencias parapsicológicas». Y yo no soy un médium. Para alguien que, como yo, ha tocado distintos aspectos de la realidad, lo normal es que se llegue a alguna conclusión afortunada o que suene alguna tecla. Pero no hay por qué apelar a la «clarividencia» y toda esa jerga moderna. He visto demasiados males y penas y naufragios de personas excelentes por el camino de Endor, como para dar un solo paso más por esa senda peligrosa. Sólo una vez tuve la certeza de haber «transgredido la ley». Fue en un sueño. Soñé que estaba de pie con mi mejor traje, que por lo general no me pongo, en una línea de hombres vestidos más o menos igual en un salón grande con las losas del suelo mal encajadas. Frente a mí, al otro extremo del salón, había otra línea de personas y lo que parecía una muchedumbre tras ellos. A mi izquierda se celebraba una ceremonia que yo quería ver, pero no podía a no ser que me saliera de la fila, porque la

gran barriga de mi vecino me tapaba la vista. Al terminar la ceremonia, las dos hileras de espectadores rompían y avanzaban para encontrarse y el espacio enorme se llenaba de gente. Entonces se me acercaba un hombre por detrás, me cogía del brazo y me decía: «Quiero hablar un momento con usted.» De lo demás no me acuerdo, pero esto era perfectamente nítido y se me quedó en la memoria. A las seis semanas o así, estuve, como miembro de la Comisión de Enterramientos de Guerra, en la Abadía de Westminster, donde el Príncipe de Gales iba a descubrir una lápida en honor del millón de muertos de la Gran Guerra. Los de la comisión nos alineamos en un extremo de la nave de la Abadía, frente a otros miembros del ministerio y un cierto público que tenían detrás, todos de negro. No veía nada de la ceremonia porque la barriga del que tenía a la izquierda me lo impedía. Me fijé en las grietas del suelo y me dije «aquí ya he estado yo». Al terminar el protocolo las dos filas nos acercamos y la nave se llenó de gente, de entre la cual un hombre se me acercó, me puso la mano en el brazo y me dijo que quería hablar un momento conmigo. Se trataba de algo absolutamente trivial que he olvidado.

¿Pero cómo y por qué vi un rollo sin estrenar de la película de mi vida? Si no hice uso de la experiencia, fue por el bien de los «hermanos más débiles»... y de las hermanas.

En lo de verificar las propias referencias, que es algo en lo que uno puede ayudar a su Daimon, es curioso cómo nos resistimos a hacer en la vida lo mismo que en la obra. Una vez, el día después de Navidad -resbalaba el suelo helado- mi amigo Sir John Bland-Sutton, presidente del Colegio de Cirujanos, vino a «Bateman» muy absorto en una conferencia que tenía que dar sobre la molleja de las aves. Después de almorzar nos sentamos junto al fuego y me informó de que Fulano de Tal había dicho que si uno se acercaba una gallina a la oreja, podía oír el crujido de las piedrecillas que les ayudan a hacer la digestión. «Qué interesante», le dije; «es una autoridad en la materia». «Sí, sí, pero...» -se quedó callado unos segundos«¿tiene usted gallinas por aquí, Kipling?» Reconocí que sí, que unos doscientos metros camino abajo. «¿Pero no nos basta que lo diga Fulano de Tal?» «A mí no. Yo tengo que comprobarlo.» Implacablemente me hizo que lo llevara hasta donde estaban las gallinas, un establo abierto frente a la casa del jardinero. Mientras patinábamos por el suelo lleno de huevo, vi un ojo en la esquina del postigo cerrado por el frío del 26 de diciembre. Y tuve plena consciencia de que mi fama de tranquilo se iba a ir al garete allí mismo, en la granja, antes de anochecer. Conseguimos atrapar una gallina, acorralándola. John la tranquilizó un poco -me dijo que estaba a ciento veintiseis pulsacionesy se la puso en el oído. «Cruje perfectamente», anunció. «Escuche.» Así lo hice y vi que había chasquido suficiente para una conferencia. «Ahora volvamos a la casa», supliqué. «Un momento. Vamos a coger aquel gallo. Seguro que cruje mejor.» Conseguimos cogerlo después de un rato de persecución y de alboroto. Chasqueaba como la baraja de un solitario. Volví a casa con la oreja llena de parásitos y tan indignado que no le veía la gracia. Y es que no era yo quien tenía que verificar.

Pero John estaba en lo cierto. No hay que dar por supuesto nada que pueda comprobarse. Aunque parezca que es una pérdida de tiempo y que no tiene nada que ver con lo esencial, ayuda mucho al Daimon. Siempre hay gente que por su trabajo o por afición conoce el dato o el hecho que uno improvisa. Y como haya el mínimo error, pueden argumentar: «Si miente en esto, miente en todo». Lo sé porque lo he sufrido. Lo mismo os digo que nunca os rebajéis para complacer a vuestro público, no porque no haya lectores que no lo merezcan, sino porque es malo para el estilo. Todo el material

viene de la vida. Así que recordad lo que hizo David con el agua que le trajeron en mitad de la batalla.

Y, mientras podáis, tomaos con calma a los imitadores. Mi *Libro de la selva* dio lugar a auténticos zoos derivados de él. Pero el genio más genio de todos fue uno que escribió una serie titulada *Tarzán de los monos*. La leí, aunque lamento no haberla visto en el cine, donde sí que es el último grito. Se puso a hacer improvisaciones de jazz sobre el tema de *El libro de la selva* y espero que se lo pasara muy bien. Dicen que declaró que quería averiguar cómo hacer un libro malo, el peor que pudiera, y sacarle todo el provecho posible, una aspiración legítima.

Caso aparte son los poemas que se prestan a ser recitados. Un taxista de Edinburgo, en la guerra, me habló de uno que estaba muy en boga en las trincheras y añadió que era un honor haber conocido al autor. Después supe que iba mezclado con «Gunga Din» en las zonas de recreo militar *y* en las bodegas de los barcos y que el conjunto se atribuía a mi inspirada mano. Se titulaba «El ojo verde del pequeño dios amarillo» y hablaba de un coronel inglés y de su hija que estaban en un cuartel de Katmandú, Nepal, y de la amante del padre llamada «La loca Carew» que venía bien para la rima. El estribillo era más o menos «Y el ídolo de ojos verdes miró desde lo alto». La canción era dulzona y pegadiza, con un toque, creo yo, de la escuela de peluquería de barrio auspiciada por el difunto señor Oscar Wilde. Sin embargo, y aquí estaba para mí el problema, al menos a un lector le recordaba peligrosamente algo del «por la gracia de Dios ahí va Richard Baxter». (Nueva referencia al modelo peluquero que tanto le emocionaba a Dent Pitman.) No sé si al autor se le ocurrió solo o si hizo una parodia afortunada de las posibilidades latentes en la obra de un colega, pero me pareció admirable.

De vez en cuando se podía someter a prueba a un plagiario. Una vez tuve que inventarme un árbol y un nombre que le fuese bien, todo por un tipo que en aquella época me estaba robando bastante. En cosa de año y medio -el tiempo que tarda un diamante falso en volver a la mesa de muestras de Kimberley, después de tirarlo en un campo con palomas- mi árbol salía en sus «estudios de naturaleza», con el nombre exacto que yo le había dado y con las mismas características. Como en nuestra profesión somos todos más o menos culpables, cuando lo pesqué me arrepentí, pero no demasiado.

Y os recomendaría, por el bien de vuestra correspondencia diaria, que no lancéis nunca una generalidad brillante, lo que los escritores mayores que yo llamaban «tupperismos». Hace tiempo sentencié que «Oriente era una cosa *y* Occidente otra, *y* nunca se encontrarían». Parecía cierto porque lo había comprobado en el mapa, pero me tomé la molestia de señalar circunstancias que trascendían los puntos cardinales. Cuarenta años después, puedo decir que me he pasado la mitad recibiendo cartas de gente distinguida y elevada de todos los países, a propósito de cualquier nuevo disparate universalista cometido en la India, en Egipto, en Ceilán. El comentario dei remitente era siempre el mismo: que Oriente y Occidente se habían encontrado, como supongo que de hecho ocurría en su confusa imaginación. Dado que soy calvinista en política, nunca he podido discutir con esos condenados. Pero las cartas había que abrirlas y archivarlas.

Otro ejemplo. Escribí una canción llamada «Mandalay», la cual, al ponérsele una música con *swing,* dio lugar a uno de los valses de aquella época remota. Un soldado raso recuerda sus amores y, en el ritornelo, su vivencia de la guerra contra Birmania. Una de las damas vive en Moulmein, que no es precisamente un poblacho perdido, y describe la

aventura amorosa con bastante detalle, pero siempre se entretiene en el estribillo «Por el camino de Mandalay», la senda de su idilio maravilloso. Los estadounidenses, a quienes he debido no pocas molestias, «panamizaron» la canción -era antes de que existieran los derechos de autor-, le pusieron sus propias músicas y la cantaron con sus voces típicas. No contentos con esto, se aficionaron a los cruceros de placer y descubrieron que, desde Moulmein, no había ninguna vista de ninguna salida de sol por la bahía de Bengala. Debieron de andar también por la flotilla de vapores Irrawaddy, porque uno de los capitanes me pidió en SOS una explicación que dar «a estos turistas que se creen alguien». No recuerdo qué explicación le di, pero ojalá le sirviera.

De haber iniciado el estribillo de la canción con un «Oh» en lugar de un «Por» el camino, etc., se habría comprendido mejor que la canción es una especie de mezcla general de los recuerdos orientales del personaje, que tienen como fondo la bahía de Bengala vista al amanecer desde el barco militar que lo llevó allí. Pero «Por» en este caso era más fácil de cantar que «Oh». Valga para aclararlo esta simple explicación.

Por último -y esto sí que me molestó porque afectaba a algo importante-, después de la Guerra de los Bóers, parecía haber una remota posibilidad de que se instituyera en Inglaterra el servicio militar obligatorio. Escribí un poema titulado «Los insulares» que, tras unos cuantos días de cartas al director del periódico, fue tachado de violento, inoportuno y de no decir la verdad. En el poema insinuaba yo que era una insensatez «regatear un año de servicio / a la vida más noble de este mundo». En los versos siguientes aclaraba qué vida era ésa a la que se regateaba el año de servicio.

> Una vida antigua, fácil, clara -un ciclo y otro-
> tan largamente en paz que quien la hereda olvida
> que no se hizo igual que el mar y las montañas.
> No la crearon dioses, sino hombres. Y hombres deben cuidarla.

Enseguida se me atribuyó haber dicho que «la prestación militar obligatoria» sería «fácil, clara» etc. etc, con el añadido de que yo no sabía de qué hablaba. Esta manipulación fue aún más manipulada por un hombre que tendría que haber estado mejor informado; y supongo que yo mismo tendría que haber sabido que era parte del camino «fácil, claro» hacia Armaggedon. Preguntaréis por qué os vengo con batallitas de mi Edad Media. Pues porque no hay edades ni en la vida ni en la literatura, su único reflejo perdurable. Los hombres y las cosas son siempre cíclicos, eternos como las estaciones.

Pero, hasta donde podais aguantar, lo mismo si atacáis que si os atacan, no deis explicaciones ante ninguna provocación. Lo que hayáis dicho podrá ser justificado por los hechos o por otra persona, pero nunca entréis en una «greña» de las que suelen empezar «Me sorprende el hecho de que», etc.

Sólo estuve a punto de violar esta ley con el *Punch,* institución que siempre he respetado por su continuidad y por su carácter profundamente inglés, de cuyos tomos saqué los datos para mi obra ambientada en la historia reciente. Durante la Guerra de los Bóers escribí un poema basado en críticas oficiosas hechas por unos cuantos oficiales tan jóvenes como serios. (Dicho sea de paso, ese poema contenía la perla de un verso que empezaba «Lo cual después podría transpirar», pequeña constelación de palabras que llevaba mucho tiempo deseando situar en el firmamento literario.) El poema no le gustó a

nadie y la verdad es que no era muy conciliador, pero el *Punch* se lo tomó demasiado a pecho. Una pena, ya que el *Punch* podía haber ayudado mucho en aquella coyuntura. No conocía a nadie de la redacción, pero me informé *y* supe que los del *Punch,* en este caso concreto, eran antibritánicos «y además judíos alemanes». Es verdad que los hijos de Israel son el «pueblo de la Biblia» y en el segundo sura del Corán se le hace decir a Alá: «Te he puesto muy por encima del resto de la humanidad». Pero también es cierto que, más adelante, en el quinto sura, se lee: «Cada vez que enciendan una almenara en son de guerra, Dios la apagará. Y su deseo es promover el desorden en la tierra, pero Dios no ama a los que promueven el desorden». Y lo que es más importante aún, mi porteador allá en Lahore nunca anunciaba al bueno de nuestro pequeño Tyler, que era judío, sino que se limitaba a escupir ostentosamente en el mirador. Yo, en cambio, mi saliva me la tragaba enseguida. La de Israel es una raza con la que no hay que meterse. Promueve el desorden.

Muchos años después, en plena guerra, al *Times -con* el que llevaba sin trato unos doce años- le «colaron» un poema supuestamente mío titulado «El viejo voluntario». Les había llegado por correo dominical, con matasellos falso y sin ninguna carta explicatoria. Llevaba el sello de caucho de la estafeta del pueblo, lo habían escrito con un margen perfecto en el papel, de lo cual yo soy absolutamente incapaz, y la caligrafía no era europea. (Nunca, desde que se inventaron las máquinas de escribir, he enviado un original a mano.) A mí me parece que aquella colaboración no tendría que haber engañado ni al botones. Para colmo el poema era absolutamente ininteligible.

La especie humana es como es *y* el *Times* se molestó mucho más conmigo que con nadie, aunque bien sabe Dios -era el año 1917- que no los molesté con esto más allá de apuntar que la causa del lío había sido la típica dejadez inglesa de fin de semana, cuando no hay nadie al cuidado. Llevaron el caso con la solemnidad de la institución pública que eran y sometieron el manuscrito a expertos. Éstos demostraron que debía ser obra de uno que había estado a punto de reírse del *Times* con unos fragmentos de Keats. Resultó ser un viejo amigo mío, al que cuando le hablé de su letra exagerada y «característica» y su inclinación delatora -le hablé en concreto de sus ces, úes *y* tes-, se puso hecho una furia *y* se pasó un rato jurando que si él no era capaz de hacer con los ojos cerrados una parodia mejor de mis «tonterías», dejaba la literatura. Lo creí, porque a raíz de mi modesta aclaración, no muy destacada por el *Times,* recibí una carta en tono de burla sobre «El viejo voluntario» de un antibritánico que nunca me quiso mucho; y la letra, unida al detalle de haber elegido el fin de semana -como los hunos habían elegido las vacaciones de agosto del 14-, más la frivolidad y la irresponsabilidad orientales de andarse con esos juegos en plena guerra a vida o muerte, me hizo sospechar bastante de él. Ya está en el seno de Abraham, así que nunca sabremos. Pero el *Times* pareció disfrutar mucho con aquella caligrafía exagerada y con la medición de cada letra, cuando lo cierto es que había una guerra de verdad que me ocupaba los días y las noches. El *Times* llegó a enviarme un detective a casa. No entendía yo la razón, pero naturalmente me pareció bien. Era un detective de novela hasta en cómo le chirriaban los botines. (En lo humano, durante el almuerzo, demostró saber mucho de muebles de segunda mano.) Oficialmente se comportaba como todos los detectives de la literatura de aquella época. Al final se sentó a contraluz frente a mi mesa y me contó un cuento muy largo sobre un hombre que molestaba a la policía con la denuncia de unas cartas anónimas que le enviaban desde

sitios desconocidos, cartas que, gracias a la astucia de la policía, resultaron escritas por él mismo para llamar la atención. Como en el caso del joven que conocí en el tren de Canadá, la historia parecía sacada de una revista ilustrada de los años sesenta, y me tenía tan atento a la complicada trama que casi hasta el final no caí en el mensaje. Entonces me puse a pensar en la psicología del detective y en la alegre vida de argumentos de novela que llevaría; *y* en la psicología del *Times* al verse en un aprieto, que es una situación en la que nadie sale con su mejor cara; y en cómo Moberly Bell, con quien tuve cierta amistad en los viejos tiempos, habría zanjado el asunto; y en lo que Buckle, a quien yo apreciaba por su sinceridad y caballerosidad, habría pensado de todo aquello. Total que se me olvidó defenderme de las «injurias a mi honor». La cosa había pasado de lo razonable al terreno de la mayor histeria. ¿Qué podía hacer sino ofrecerle al detective un poco más de jerez y darle las gracias por el amable interrogatorio?

Si me he extendido en esto es porque las instituciones de orientación idealista esperan a veces a que la persona haya muerto, para dar ellos su versión. Si esto ocurriera podéis creerme que en plena guerra no me iba a salir de filas para ponerme a jugar con el *Times,* Printing House Square, Londres, EC.

De vez en cuando, en las conversaciones en familia, se hablaba de si yo sería capaz de escribir «lo que se dice una novela». Mi padre opinaba que tanto por mi modo de vida como de trabajo me iba a resultar difícil. El tiempo le dio la razón.

Una curiosidad. En la Exposición de París de 1878 vi un cuadro que nunca he olvidado, de la muerte de Manon Lescaut, sobre el que le hice muchas preguntas a mi padre. A los dieciocho o así leí el impresionante libro único del Abate Prévost, lectura que alternaba con trozos del *Roman Comique de* Scarron, y entonces me acordé del cuadro. Mi teoría es que se me quedó en germen hasta que, al irme a Londres y cambiar de vida -aunque aquello no fuese París-, se me avivó el recuerdo y en *La luz que se apaga* hice una especie de recreación o fantasmagoría del *Manon,* sólo que al revés. Esta idea se me confirmó al ver que los franceses se entusiasmaban con aquel cuento que, de hecho, siempre he pensado que queda mejor en la traducción que en el original. Pero era eso, un cuento, no un libro.

Kim fue, desde luego, una cosa puramente picaresca y sin argumento, impuesta desde fuera.

Y a pesar de todo me pasé muchos años con ganas de hacer un verdadero barco de tres cubiertas, de la mejor madera puesta a secar mucho tiempo -teca, corazón verde de la India y roble de diez años-; un barco en cuyo cuerpo cada costilla de madera se fundiese suavemente con la otra para que el mar no encontrara en él ni resistencia ni debilidad; la idea misma del movimiento aun cuando tuviera el gran velamen aferrado momentáneamente, en el puerto que hiciera falta. Una nave grávida de lingotes de sabiduría e investigación; espaciosa, con cajoneras de taracea; bien pintada y con detalles de oro y con guirnaldas a lo largo de su magnífica eslora, desde el brillo de las barandas de popa con troncos de palmera de bronce a cada lado, hasta el audaz mascarón de proa: un indio oriental digno de *El claustro y el hogar.*

Al saber que esta ambición no estaba a mi alcance, la dejé, en un esfuerzo de lucidez. Igual que un ciego hubiera dejado la caza o el golf.

El caso es que tampoco viví para ver la novedad de esos barcos de tres cubiertas, el día en que destacaran en el horizonte, estremecidos de su propia potencia, llenos de bares,

salones de baile y tuberías cromadas enfáticamente; con un jaleo infernal desde la cubierta de los deportes hasta la barbería, pero sirviendo a su generación como los viejos barcos sirvieron a la suya. Los jóvenes ya estaban dibujando los planos, totalmente convencidos de que las viejas leyes del diseño y la construcción quedaban derogadas para ellos.

Y con qué herramientas trabajé en mi modesto taller. Fui siempre cuidadoso, por no decir coqueto, en este sentido. En Lahore, los *Cuentos de las colinas* los escribí con un portaplumas de ágata muy fino, de cuerpo octogonal, cuya punta era un plumín Waberley. Había sido un regalo y cuando en mala hora se rompió lo sentí mucho. Después vino un desfile de mercenarios impersonales, siempre con plumín Waverley, y después un portaplumas de plata, curvado en forma de pluma de ave, que prometía mucho, pero nada. En Villiers Street conseguí un gran tintero de oficina, de estaño, que iba marcando con los títulos de los cuentos y libros que sacaba de él. Pero las criadas de la vida de casado fueron frotando esas palabras hasta que se quedaron más desvaídas que las de un palimpsesto.

Dejé luego las Waverley de tintero -siempre usé esa marca- y durante unos años me dio por la pluma de punta de alfiler y su sucesora la estilográfica, llamada «de fuente» y que para mí era más bien de géiser. En los últimos años me aficioné a una maravilla fina, suave y negra, Jael de nombre artístico, que compré en Jerusalén. Traté de usar las de succión, de vidrio por dentro, pero eran de «pérfidas entrañas».

En cuanto a la tinta, encargué siempre la más negra y, si hubiera seguido en la casa de mi padre, habría tenido un muchacho tintador que me moliera tinta india. A mi Daimon siempre le pareció horrible la negra azulada y no encontré nunca un bermellón adecuado para poner encabezamientos mientras llegaba la inspiración.

Los cuadernos me los hacían de un modelo invariable de hojas grandes de color celeste, casi blanco, que derrochaba. Ninguna de estas manías de solterona me impidió que, en los viajes, comprase y usase los cuadernos y todo lo demás, en el país que fuese.

Dejé de expresarme a lápiz, seguramente porque tuve que escribir a lápiz en mis tiempos de periodista. He tomado muy pocas notas que no hayan sido de nombres, fechas y lugares. Lo que no se queda en la memoria, me justificaba, no merece la pena escribirlo. Pero cada cual tiene su método. Yo dibujaba toscamente lo que quería recordar.

Como la mayoría de la gente que se pasa tiempo trabajando en el mismo sitio, siempre tuve objetos en la mesa, que era de dos metros y medio de norte a sur y siempre estaba abarrotada. Uno era una escribanía de esmalte, grande y en forma de canoa, llena de pinceles y de estilográficas que ya no usaba; en una caja de madera tenía clips y cintas; en una de lata, alfileres; en un cubilete, todo tipo de útiles inútiles, desde papel de lija hasta pequeños destornilladores. Había también un pisapapeles, que decían que había sido de Warren Hastings. Otros papeles tenían encima un oso marino pequeño, pero que pesaba, y un cocodrilo de cuero. Tenía una regla manchada de tinta y un enorme trapo de secar plumas que una criada a la que queríamos mucho me regalaba todos los años. Ésta era la guardia principal de mis pequeños fetiches.

Mi manera de tratar los libros, a los que consideraba herramientas de trabajo, era popularmente tenida por bárbara. Pero me ahorraba mis muchos cortaplumas y el dedo índice no me dolía. Algunos libros los respeté porque estaban en estanterías con llave. El

resto, repartidos por toda la casa, se la jugaban.

A izquierda y a derecha de la mesa había dos globos terráqueos, en uno de los cuales un gran aviador había trazado una vez, con pintura blanca, las rutas aéreas al Oriente y a Australia, que ya eran más que normales antes de mi muerte.

ÍNDICE

CAPITULO 1
UNA INFANCIA 1865-1878

CAPITULO 2
EL COLEGIO ANTES DE TIEMPO 1878-1882

CAPITULO 3
SIETE AÑOS DIFÍCILES

CAPITULO 4
EL INTERREGNO

CAPITULO 5
LA COMISIÓN DE PRESUPUESTOS

CAPITULO 6
SUDÁFRICA

CAPITULO 7
LA CASA PROPIA DE VERDAD

CAPITULO 8
LAS HERRAMIENTAS DE TRABAJO